EL SARGENTO PIMIENTA



Carlos Quintana

Para Salvador, que un día me descubrió el mundo de los Beatles, y, desde entonces, no ha habido ni un solo día en mi vida sin música. Nunca le estaré lo suficientemente agradecido.

Para Ángeles y Tato.

CARA A

1 – El Sargento Pimienta

2 – Con una ayudita de mis amigos

3 – Luiso en el cielo con diamantes

4 – Mejorando

5 – Arreglando un agujero

6 – Ella se va de casa

7 – A beneficio del Señor Cometa

CARA B

1 – Dentro de ti, fuera de tí

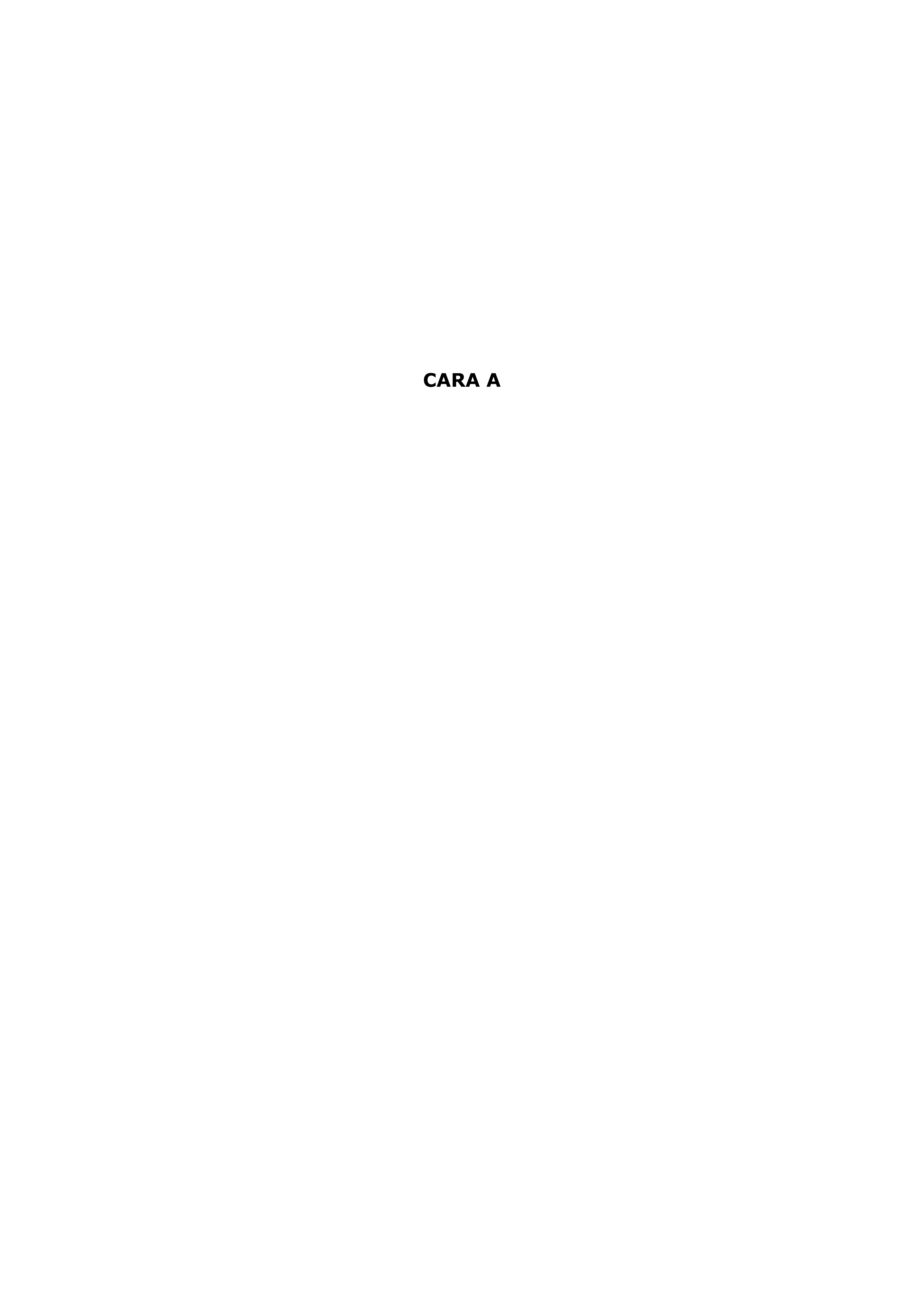
2 – Cuando tenga sesenta y cuatro años

3 – Rita la amorosa

4 – Buenos días, buenos días

5 – El Sargento Pimienta (bis)

6 – Un día en la vida



CARA A

1. - EL SARGENTO PIMIENTA

El edificio impresionaba. Tenía una solemnidad, una majestuosidad a la que él no estaba acostumbrado. Al principio, cuando entraron en tromba, todos en manada, gritando y disparando, como si de pronto hubieran dejado en libertad a una jauría de perros rabiosos, no se había dado cuenta. Pero ahora, que estaba solo en aquel pasillo, con todo en silencio, sin poder oír ni sus propios pasos amortiguados por una alfombra tan tupida que parecía que caminaba sobre un jardín al que no se le había cortado el césped desde hacía tiempo, con esas maderas nobles que olían como los bosques de los montes de las Vascongadas, con esos retratos de señores tan serios, que parecía que estaba visitando el Museo del Prado, ahora sí se daba cuenta de dónde estaba realmente. Y mira que él estaba acostumbrado a visitar, trabajar y hasta vivir en edificios oficiales.

Para empezar, en las casas cuartel, que algunas parecían más ventas de mala muerte en una carretera nacional que la sede local de una de las instituciones que más había velado por la seguridad del país en el último siglo y medio. También había estado en ministerios, en los dos a los que pertenecía la casa: el de Defensa y el de Interior. El primero, más moderno que el segundo, pero ninguno era nada especial más allá de la cantidad de funcionarios que se movían por allí como pez en el agua, mientras que uno, si no estaba atento, se perdía a las primeras de cambio. Por supuesto, a menudo había tenido que ir a la Dirección General en Guzmán el Bueno. Ahí sí, ahí el silencio se parecía a este, pero nada más. Y claro que, en algunas ocasiones, había estado en varios juzgados para declarar en muchos de los juicios de los casos en los que había participado en la investigación, sobre todo desde que había ascendido a sargento, porque de número eso era mucho más raro. Pero en los juzgados no había nada de solemnidad: prisas y desorden, todo muy atropellado. Durante las vistas y con el juez presente, el ambiente se volvía más serio, pero nada más.

Aburrido por la inactividad y la falta de noticias, se dedicó a pasear a lo largo del pasillo. Al principio, tan solo un par de metros hacia un lado y hacia otro, pero luego, al ir cogiendo confianza al ver que no pasaba nada, se atrevió a alejarse más y más de la puerta del despacho que le habían ordenado vigilar, hasta que terminó recorriendo el pasillo en toda su longitud. Total, ¿qué iba a hacer ese hombre, desarmado e incomunicado? Si tan solo se trataba de un civil, ni que fuera un terrorista o un delincuente peligroso como el Lute, capaz de fugarse de cualquier sitio y en cualquier circunstancia. Por eso, cuando de pronto se abrió la puerta de la habitación, se llevó una buena sorpresa, porque no esperaba que el retenido se atreviera a hacer algo así. Afortunadamente, la apertura de la puerta se produjo cuando él estaba

andando de cara a la misma; si le llega a pillar de espaldas, ni se habría enterado, y menudo papelón habría hecho después de veinte años de servicio.

En un principio, el otro apenas asomó medio cuerpo. Luego, cuando él se aproximó, salió de la habitación y, con un par de zancadas decididas, se acercó hasta él y le preguntó:

—Disculpe, ¿tiene usted un cigarrillo? Se me han acabado. Como podrán ustedes imaginar, no había previsto que surgiera esta contingencia.

En un principio, él no supo cómo reaccionar. Luego, impresionado por la seguridad que el personaje transmitía, y casi de forma refleja, se cuadró, se llevó la mano al tricornio saludando militarmente y, dando un taconazo que en el silencio de ese pasillo retumbó como un disparo, contestó:

—A sus órdenes, señor presidente.

La media sonrisa del aludido le hizo dudar de si había hecho bien o no en ejecutar el saludo. Pero enseguida se dio cuenta de que no había sido un gesto de menosprecio ni hiriente.

—Que si tiene usted tabaco. Se me han acabado y ahí dentro no puedo hacer otra cosa que fumar.

—Disculpe, señor presidente, cigarrillos no tengo. Tengo un paquete de puritos canarios que me mandan desde Fuerteventura. Es que estuve allí destinado unos años, me aficioné, y los compañeros aún me mandan unos paquetes de vez en cuando.

Sin esperar respuesta, sacó una cajetilla que llevaba en el bolsillo interior de la guerrera, abrió la pestaña superior y se la ofreció a su interlocutor. El otro cogió uno y se lo llevó a la nariz para olerlo.

—Hum, no tiene mala pinta. Al final he tenido suerte, por un momento he temido que se tratara de caliqueños.

—No se equivoque usted, señor presidente. Los guardias somos gente sufrida y humilde, pero nos gusta disfrutar de la vida como al que más. Y, al ir cambiando de destino cada cierto tiempo, acabamos conociendo los mejores productos de cada zona. Pero anímese, enciéndaselo.

—Me temo que me he dejado el mechero dentro —respondió mientras se palpaba los bolsillos—. Me parece que eso también va a tener que ponerlo usted.

—Sí, claro, por supuesto.

Y sacando un Zippo de uno de los bolsillos del pantalón de su uniforme, encendió el mechero, ofreciendo una potente llama azulada. El otro, dando una profunda calada, encendió el cigarro y, echando una buena bocanada de humo, comentó:

—Hum, realmente bueno. Se lo agradezco.

—A su disposición, señor presidente.

—Sí, pero, aunque tiene el paquete prácticamente lleno, mucho me temo que se nos va a quedar corto. ¿Por qué no me hace el favor de acercarse al bar y comprarme un paquete de Ducados?

Antes incluso de que terminara la frase, sacó un puñado de monedas y se las ofreció a Pimienta.

—Eso no va a ser posible, señor presidente. Se me ha ordenado que le custodie y, como comprenderá, no puedo dejarlo solo.

—Querrá decir que me vigile como a un prisionero, que es lo que soy en estos momentos. Se olvida de que yo soy el presidente del país y, por tanto, su superior. Así que le ordeno que vaya a comprarme un paquete de tabaco.

—Con todos los respetos, señor presidente, y sin menoscabo a su autoridad, yo estaría encantado de cumplir sus órdenes, pero, en teoría, usted sabe tan bien como yo que estas tienen que venir a través de la cadena de mando.

—Se trata de circunstancias especiales. Sus propios oficiales me han aislado y han cortado la comunicación telefónica de este despacho en el que me han encerrado. Si me la reparan o me lleva usted a otra habitación donde haya línea, estaré encantado de contactar con sus superiores.

—Señor presidente, no me ponga en un compromiso. No es que quiera desobedecerlo, pero estas circunstancias especiales también me afectan a mí. Verá, en cuanto pueda, mando a un compañero a por el tabaco y se lo traemos. Pero, como comprenderá, dejarlo solo no es una opción.

—En cualquier caso, muchas gracias por el cigarro.

Dándose la vuelta, el prisionero volvió a la habitación y cerró la puerta de manera firme, aunque sin dar un portazo.

Pimienta se quedó de nuevo solo en el pasillo, delante de esa puerta cerrada que llevaba vigilando un buen rato, aunque ahora hecho un pequeño lío. El hombre con el que acababa de hablar le había causado una buena impresión; no cabía duda de que era una persona que

infundía seguridad y confianza, y que sabía transmitir su autoridad sin imponerla, no como muchos mindundis en el cuerpo que, en cuanto les concedían una estrellita, se dedicaban a ir puteando a todo el personal que caía por debajo de su jerarquía. Si era una buena persona o no, eso él no lo sabía, pero, desde luego, no parecía ser el diablo con pintas que les habían dibujado en el autobús y del que había que salvar al país. Una persona que es la reencarnación del mal y el máximo responsable de un complot para acabar con la patria no se comporta como ese señor lo acababa de hacer.

E, inevitablemente, de ahí pasó a preguntarse cómo narices había dejado que lo metieran en semejante embolado, con las conchas que él tenía, que se las había tenido que ver de todos los colores y sabores. Claro que todo había sido muy rápido. Cuando en el cuartel pasaron reclutando a todo bicho viviente que anduviera por ahí, sin una orden clara y a grito pelado, como si estuvieran azuzando ganado, se tenía que haber dado cuenta de que algo raro pasaba.

Una vez en el autobús, ya no había marcha atrás, y entre los gritos en los pasillos, el bar de suboficiales y la salida de los vehículos, no habían pasado ni cinco minutos. Y él ya tenía experiencia para saber que las cosas así no se hacían. Luego, en el autobús, las explicaciones y los discursos de los oficiales, la verdad, fueron convincentes. La adrenalina empezó a subirles a todos, y el convencimiento de que lo que iban a hacer no solo era algo absolutamente necesario, sino que era su obligación —de la que no podían rehuir— y que, con el tiempo, la patria se lo agradecería.

Después, cuando entraron en el edificio dando berridos y con las armas desenfundadas, y ya en el hemiciclo, con los disparos al aire, eso fue la apoteosis. En todos los años que llevaba de servicio, nunca se le había ocurrido que podría vivir una situación así. Y bien pensado, era lo normal, si se tenía en cuenta la historia de los últimos dos siglos, en los que se había ido de asonada en asonada, y mirando lo que venía pasando en los últimos años, donde todo había ido degenerando.

Pero después de esos primeros instantes de tensión, llegó la calma. Y esa calma ya estaba durando demasiado. No era normal. Algo pasaba. Era la primera vez que él participaba en algo así, pero, en su interior, algo le decía que las cosas no iban bien.

¿Qué hacía él, un simple sargento, vigilando al prisionero? ¿Y por qué no había aparecido aún nadie por televisión haciéndose cargo de la situación? No sé, un general, un teniente general, alguien con más estrellas que la Vía Láctea. A estas horas, ya tendrían que haber trasladado a todos los detenidos a otra unidad para que se encargara de ellos, o haberlos llevado a un acuartelamiento y puesto a disposición

de la jurisdicción militar. De la civil no, claro, eso no serviría de nada, sería como echar agua al mar.

Y darles el paseíllo sin juicio previo tampoco, claro. A estas alturas, Pimienta entendía que esas cosas ya no se podían hacer. Pero nada. No pasaba nada.

Malorum causa.

Pimienta retornó a sus paseos y, para espantar los malos pensamientos que le rondaban ante tanta tranquilidad, se puso a medir cuántos pasos había entre cada uno de los elementos del pasillo. Primero midió el largo y el ancho, luego la distancia desde cada uno de los extremos hasta la puerta del despacho donde estaba el prisionero, después hasta un cuadro donde aparecía pintado un señor con cara muy importante. Estaba en esas cuando, a través de la puerta del fondo, vio pasar a Barriga.

Le llamó en voz baja:

—Barriga… Eh, Barriga.

Como el otro no se enteró, subió el volumen:

—¡Barriga, para!

Y como Barriga seguía sin darse cuenta de que le llamaban, Pimienta se vio obligado a correr hasta el final del pasillo e insistir:

—¡Coño, Barriga, que te estoy llamando!

—Disculpa, hombre, que estaba buscando al comandante Quesada de parte del Tecol.

—Oye, ¿tú sabes cómo están las cosas? Aquí solo no me entero de nada, y me da muy mala espina que todo esté tan calmado.

—No sé qué decirte… Han cogido a unos cuantos y los han encerrado en otro despacho. Poco más te puedo contar. El Tecol anda muy nervioso, de arriba para abajo. Al principio no hacía más que acariciar con la mano la culata de la pistola, como si tuviera ganas de sacarla, pero ahora ya ni eso.

—¿Y de lo que pasa fuera? ¿Sabemos algo?

—Alguna cosa. En Valencia han sacado los tanques a la calle, o sea, que nos apoyan. Aquí en Madrid, unas unidades han tomado Prado del Rey y poco más. Se rumorea que la Brunete también se va a echar, o se ha echado ya a la calle, pero ese tema no está nada claro.

—¿Sólo Valencia nos apoya? Poca cosa es esa…

—Bueno, parece que viene para acá un jefazo de los gordos. Imagino que el que está detrás de todo esto, porque ya está claro que esto no lo ha montado un simple Tecol, con todos mis respetos. Supongo que el resto de las regiones militares están a la espera de ver quién es ese jefazo y qué dice.

—¿Y no se sabe el nombre de ese jefazo? ¿Tiene prestigio dentro del ejército? Porque si no…

—No se sabe. Le llaman el "Elefante Blanco".

—¿El Rey, quizá?

—Bueno, algunos dicen que pudiera ser. El caso es que de ese tampoco se sabe nada y el tiempo sigue pasando. Para mí que también está esperando a ver si pintan copas o si pintan bastos.

—Joder, menuda movida, macho. Si esto sale mal, ¿tú qué crees que nos puede pasar?

—¿A nosotros? ¿Qué nos va a pasar a nosotros? Si solo obedecemos órdenes. ¿Desde cuándo un sargento le planta cara a un Tecol? Y encima, como venía… que parecía un Miura.

—No sé, no sé… Al final, los jefes siempre se van de rositas y somos los de abajo los que pringamos. Joder, y yo que cuando me han pillado iba para la cantina a ver si se montaba un mus.

—Veremos… Oye, ¿y tú qué tal?

—Pues un muermo. Me han puesto a vigilar al figurín este y no me entero de nada. Y estoy que me subo por las paredes.

—Bueno, joder, algún día les podrás contar a tus nietos que has tenido a todo un señor presidente a tu disposición. ¿Y qué tal es? ¿Habéis hablado?

—Poco, tan solo ha salido un momento a pedirme tabaco. Parece majo. Yo no he visto que sea el demonio ese que nos pintan. Y muy seguro de sí mismo. Que hay que estar muy bragado para conservar la calma en una situación así. Por cierto, ¿te puedes quedar un par de minutos vigilando? Me ha pedido que le compre un paquete de Ducados y tengo que acercarme al bar a ver si tienen.

—Coño, Pimienta, ya te he dicho que estoy haciendo un recado para el Tecol, que si no vuelvo rápido con el comandante capaz es de meterme un puro.

—Joder, Barriga, coño, pórtate. Que además quiero darme un garbeo a ver cómo van las cosas.

—Mira, enseguida te mando un par de números y los pongo a tu disposición, y luego tú te das todos los paseos que quieras. Pero vamos, ya te adelanto yo que en el bar poca cosa vas a encontrar.

—¿Y eso?

—Ya verás, ya.

Y Barriga se alejó con paso rápido sin dejar a Pimienta la opción de preguntar qué quería decir con eso.

Se volvió a colocar frente a la puerta del despacho que tenía que vigilar, mientras agradecía que al prisionero no le hubiera dado por salir mientras él hablaba con su colega. No habían pasado ni un par de minutos cuando se dirigieron hacia él un par de guardias jóvenes. Barriga siempre había sido un tipo legal que cumplía su palabra, y además, para eso se conocían desde la academia de suboficiales.

—¡A sus órdenes, mi sargento!

Los dos se cuadraron al unísono. De la Guardia Civil se podrían decir muchas cosas, pero la instrucción seguía siendo de primera; para eso eran un cuerpo militar.

—A ver, vosotros dos, os quedáis aquí vigilando este despacho mientras yo voy a hacer unas gestiones. Si el prisionero sale o se asoma, le decís que enseguida vuelvo, que haga el favor de esperar dentro. Pero con respeto y educación.

—¡A sus órdenes, mi sargento!

Y Pimienta se alejó con paso decidido, dispuesto a cumplir su recado, pero también a curiosear un poco, a ver qué ambiente había y cómo respiraban el resto de los compañeros.

Buscando la cafetería, al final de un pasillo vislumbró el acceso al hemiciclo. Hasta allá que se fue, para ver cómo iban las cosas. El ambiente estaba mucho más relajado que cuando salió de allí custodiando al presidente. Los diputados estaban sentados en sus escaños, algunos fumaban e incluso charlaban entre ellos, con gesto tenso, pero nada que ver con el momento en que ellos llegaron e hicieron que todos se echaran al suelo. Bueno, todos no. Todos menos el presidente, el general y Carrillo.

Lo del general era entendible: para eso era militar y, además, había hecho la guerra. Estaba más que acostumbrado a oír tiros y hasta cañonazos. Pero ¿los otros dos? Los otros dos los tenían bien puestos, porque si la cosa se ponía fea, tenían todas las papeletas para ser los primeros en servir de prácticas de tiro. Uno, por comunista y por lo de

Paracuellos —que tenía narices que el responsable de aquello ahora se sentara en las Cortes—, y el otro… El otro, aún peor. El otro, por traidor. Después de haber vestido la camisa azul, era el responsable de haber legalizado a los comunistas.

En la parte de arriba del hemiciclo le pareció ver a un civil que se paseaba vigilando y portando un arma. Ya le había parecido ver a alguno cuando los subieron a toda mecha en los autobuses, pero entonces, con las prisas y los nervios, no había prestado mucha atención. Ahora estaba claro: era un hombre vestido con cazadora y vaqueros. Sin duda, debía de ser alguien del cuerpo que andaba de civil por la casa cuartel cuando los cazaron al lazo. Con la iluminación y la distancia, no distinguía bien sus facciones y no tenía claro si le conocía o no.

Salió del hemiciclo y vio que uno de los pasillos era el más transitado. Dedujo que debía de ser el camino al bar, así que, siguiendo a la gente, efectivamente llegó a una sala donde se encontraba la barra y una zona con mesas.

El ambiente era desolador. En las mesas había gente jugando al mus y al tute, y en la barra se mezclaban números, suboficiales y hasta oficiales, todos juntos, tomando cerveza, vino y hasta bebidas en vasos de tubo que tenían toda la pinta de ser cubalibres.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Dónde estaba la disciplina militar? ¿Y el Tecol, estaría enterado? En ese momento lo tuvo clarísimo, si es que aún le quedaba alguna duda: de ahí no iba a salir nada bueno.

Se dirigió a la barra. Dentro, varios uniformados se servían los copazos directamente. Los camareros estaban en una esquina, contemplando aterrorizados la escena. A ellos se dirigió:

—Buenas tardes, ¿tienen tabaco?

El que parecía ser el responsable, ya que vestía chaqueta y corbata, fue quien le respondió:

—¿Tabaco? ¿Tabaco dice? ¡Si eso fue lo primero con lo que arramplaron! Los primeros en llegar cogieron las cajetillas y se llenaron los bolsillos de la guerrera. El tabaco no ha durado ni un par de minutos.

En la mesa más cercana vio que un número, que en esos momentos contaba los amarracos de la mano, tenía hasta tres cajetillas sin abrir encima de la mesa. Se acercó hasta allí y, de forma decidida, le espetó:

—Requejo, te cojo uno.

Y echó mano de un paquete antes de que el otro se diera cuenta.

—¡Coño, mi sargento! ¿Pero tú no fumas puritos de esos que te mandan de Canarias?

—Ni coño ni leches, yo fumo lo que me sale de los cojones. No te olvides de que soy tu sargento y ya hablaremos en el cuartel.

Se acercó a donde estaba el encargado con los camareros y le preguntó:

—¿Cuánto cuesta la cajetilla?

—Treinta pesetas, pero para los diputados está subvencionado y son solo quince.

—Pues como es un encargo para un diputado, son quince.

Se buscó en los bolsillos y le entregó los tres duros.

—Y disculpe a mis compañeros, es la adrenalina. Ellos no han pedido venir aquí.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida. A mitad de camino le pareció ver a otro par de civiles haciendo de pareja en una de las mesas de mus. Se paró, hizo como que abría el paquete y así pudo mirarlos detenidamente. Esos eran civiles, seguro. No era solo que no los conociera de nada, que eso podía ser —no iba a conocer él a todos los integrantes del cuerpo—, sino que, por los gestos, por cómo hablaban y se comportaban, esos eran civiles.

Si lo sabía él, que para eso llevaba toda su vida en el cuerpo. Prácticamente había venido al mundo con el tricornio puesto.

A punto estaba de salir de la cantina cuando, de pronto, alguien empezó a gritar:

—¡Súbelo, súbelo!

Al principio, Pimienta no sabía muy bien a qué se refería, pero de repente, la televisión comenzó a emitir música clásica. Se volvió para mirar la pantalla y vio, sobre un fondo verde, la frase: "MENSAJE DE SU MAJESTAD EL REY".

Enseguida apareció el susodicho, vestido con el uniforme del Ejército de Tierra y con más medallas en la pechera de las que habría podido ganar Napoleón en toda su carrera militar. El gesto era serio, de pocas bromas, y detrás tenía lo que parecía una alfombra colgada con un escudo que debía de ser de la época de los Tercios de Flandes.

En la sala, hasta hacía unos instantes llena de ruido y alboroto, se hizo un silencio sepulcral. Si el gesto del Rey era serio, su voz lo era aún más: decidida, sin dudas. El discurso lo llevaba escrito en un papel que sostenía con firmeza entre ambas manos, sin que le temblaran, sin demostrar el más mínimo nerviosismo. Iba alternando la vista entre el papel, para leer lo que tenía que decir, y la cámara, como si quisiera mirar a los ojos de cada espectador.

El discurso fue breve, pero lo suficientemente claro como para dejar a todos callados. Pimienta pensó: Ya está, ya estamos jodidos, y sin esperar a ver qué más pasaba, se dirigió a la salida. Mientras se alejaba, aún alcanzó a escuchar algunos exabruptos:

—Venga, vamos, nosotros a lo nuestro.

—Será cabronazo el tío.

—Anda y que le jodan al muy gilipollas.

Y otras lindezas por el estilo. Apresuró el paso para alejarse de allí lo antes posible.

Cuando llegó al pasillo donde estaba el despacho que debía vigilar, comprobó, para su alivio, que los dos números que Barriga le había mandado para suplirle durante esos pocos minutos seguían en su puesto. Según se acercaba, ambos se cuadraron y le saludaron militarmente. Ese gesto le devolvió algo de confianza en el cuerpo: menos mal que aún quedaban algunos que conservaban la disciplina y el sentido del honor. Claro que, al tenerlos justo enfrente, se dio cuenta de que eran apenas dos pipiolos, posiblemente recién incorporados. ¡A ver cuánto tardaban en corromperse!

—Esperad aquí, que aún os voy a necesitar un rato. No será mucho tiempo.

Llamó a la puerta con los nudillos. Enseguida escuchó una voz apagada por la madera que decía:

—Adelante.

—¿Da su permiso?

—Sí, claro, pase usted. ¿Qué? ¿Ya se han decidido a darme el paseíllo?

—Qué cosas dice, señor presidente. Le garantizo que eso no pasará mientras esté a mi cargo. No es nada de eso, solo le traigo su tabaco.

Se acercó a la mesa y dejó el paquete de Ducados.

—Menos mal. Sus puritos no están mal, pero no estoy acostumbrado, y el que me he fumado me ha revuelto el estómago. Si sigo con ellos toda la noche, acabaré echando hasta la primera papilla.

—Es que hay que fumarlos despacio, saboreándolos. No se pueden fumar con caladas continuas como un cigarrillo. Y si no quiere volver a los míos, procure estirar el paquete todo lo que pueda, porque era el último. Y me da que la noche va para largo.

El presidente, con la astucia de un jugador de mus, aprovechó la oportunidad para intentar sonsacarle información:

—¿Sí? ¿Y eso? ¿Qué novedades hay?

—No sé nada más, señor presidente. Y si lo supiera, dudo que pudiera contárselo.

—No se preocupe, lo comprendo. Tenga, aquí tiene las 15 pesetas que habrá costado. Como le hayan cobrado el precio normal, Marcelino me va a oír.

—Está usted invitado, señor presidente.

—No, de eso nada. En mi casa me enseñaron que cada uno paga sus vicios. Y aunque usted parece un buen hombre que solo cumple órdenes, no puedo aceptar ser invitado por un golpista, porque eso es lo que es, órdenes o no.

—Sí, fueron 15 pesetas. Marcelino parece honrado y no ha intentado engañarme.

El presidente buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó un elegante monedero negro. Lo abrió y comprobó que solo tenía unas pocas monedas.

—Vaya, lo siento. Solo tengo 7 pesetas. Tómelas y le dejo a deber el resto. Normalmente no tengo que ir yo mismo a comprar tabaco.

—No se preocupe, señor presidente. Ya me lo pagará cuando pueda.

—Ya le he explicado mis razones. Haga el favor de aceptar esta parte, aunque no sea el total.

Pimienta alargó la mano y el prisionero dejó caer sobre ella las tres monedas: el duro y las dos rubias. Solo la moneda grande llevaba grabada la efigie del rey; las dos más pequeñas aún mostraban el perfil del dictador y anterior jefe del Estado, y en la otra cara, el escudo de aquella dictadura que, aunque hasta hace unas horas parecía lejana, en ese momento daba la sensación de seguir presente.

Se encaminó hacia la puerta para abandonar la habitación. Cuando ya tenía la mano en el picaporte, escuchó al prisionero decirle:

—Muchas gracias, sargento. Los buenos modales y la educación no hay que perderlos bajo ninguna circunstancia.

Pimienta se volvió hacia su interlocutor y, cuadrándose, respondió como le habían enseñado:

—A sus órdenes, presidente.

Cuando estaba a punto de salir, se giró de nuevo y, con un tono de voz más calmado, añadió:

—Y no se preocupe. El Rey acaba de salir por la tele dando un discurso. Me da a mí que esto no va a ir mucho más lejos. Si yo fuera usted, estaría tranquilo.

—Muchas gracias, sargento. ¿Cómo se llama usted?

—Pimienta, señor. El sargento Pimienta.

—Muchas gracias, Pimienta. Y si yo fuera usted, tampoco me preocuparía demasiado. Tan solo está cumpliendo órdenes.

Al salir, se dirigió a los guardias para preguntarles por el paradero de Barriga.

—No lo sabemos con certeza. La última vez que le vimos estaba en una habitación grande, mucho más grande que esta, con una mesa de reuniones inmensa. Allí han retenido a los otros prisioneros.

—¿Otros prisioneros?

—Sí. Carrillo, Guerra y algún otro. Un puñado. A esos los tienen a todos juntos.

—¿Y dónde queda eso?

—No tiene pérdida. Al final del pasillo, pero en dirección contraria a la que tomó para ir al hemiciclo.

Cuando estaba a punto de marcharse, escuchó al otro guardia añadir:

—Y si no, búsquele por la zona de administración. Por allí anda el tecol haciendo llamadas de teléfono, y es posible que el sargento Barriga esté cerca.

—No, mejor id vosotros a buscarle. Yo me quedo aquí vigilando al prisionero. Decidle que quiero verle, que tengo que comentarle algo importante.

Cuando los dos números se hubieron ido Pimienta retomo sus paseos por el pasillo, pero, ahora, en cada paso que daba las piernas le pesaban como si estuvieran hechas de plomo. El tiempo iba pasando y Barriga no aparecía, mala señal. Jodidos y bien jodidos. Y ya pasó tanto tiempo que empezó a pensar que ya mejor que no apareciese nadie, no fuera a ser que ante la frustración del fracaso a alguien se le ocurriese hacer alguna tontería y le pusieran en la tesitura de tener que usar su arma reglamentaria contra sus propios compañeros. Por paradojas de la vida, él, que tan sólo pretendía pasar la tarde echando una partida de mus, la había terminado pasando junto a uno de los jugadores de mus más famosos del país. En el fondo, no hacían mala pareja, se habían pasado las señas justas sin que nadie les pillase.

2. - CON UNA AYUDITA DE MIS AMIGOS

No lo tenía pensado. La verdad es que ni me acordaba. Lo había oído en la radio hacía unos meses, pero, como siempre estaba sin blanca, ni me lo había planteado.

Pero esa mañana, en cuanto entré en los billares, enseguida se me acercó el Cigüeño con esa sonrisa tan grande que le llenaba toda la cara, como una luna llena en medio de una noche clara. Y, de saludo, me lo soltó a bocajarro:

—¿Qué pasa, Mafaldo? Te vienes esta tarde, ¿no?

No sabía ni de qué estaba hablando. Antes de que le diera tiempo a aclarar de qué iba la cosa, se nos unió Canito con una sonrisa que no tenía nada que envidiar a la de su hermano pequeño.

Era curioso lo de esos dos: hermanos inseparables, amigos del alma, clavaditos en los gestos, en la forma de hablar, en los rasgos... pero uno era largo como un poste de teléfono y el otro, bajito como una sombra. Lo más raro es que el bajito era el mayor de los dos. Yo no terminaba de acostumbrarme a eso. Yo también soy bastante bajito, aunque no tanto como Canito, pero mis hermanos mayores siempre han sido mucho más altos que yo. Joder, eso es lo natural: si tu hermano es mayor, pues es mayor. Punto.

Eso sí, los dos delgados como la muerte, con los huesos marcados a través de la camiseta. Las malas lenguas decían que era por su afición al jaco. No sé. Yo nunca los vi meterse, ni con mono, ni violentos, ni nada por el estilo. Una vez, el Cigüeño apareció por mi casa a pedirme cinco mil cucas. Creo que era para pillar, pero no lo sé. Lógicamente, no le pedí explicaciones. Si un colega te pide pasta y tú la tienes, se la das y ya está. A los amigos no se les pregunta esas cosas. Eso lo hacen los viejos, que siempre quieren saber para qué la quieres y tienen que estar controlándolo todo. Pero entre nosotros, claro que no.

Lo cierto es que estaba tranquilo, sin ansiedad ni nada raro, con esa sonrisa suya enorme en la cara. Como acababa de cobrar unas chapuzas que había hecho hacía unos días, ni lo dudé un instante y se las di. Inmediatamente las borré de "mi saldo" y nunca le reclamé la deuda ni volvimos a hablar del tema. Pero, al cabo de unos meses, cuando yo ya ni me acordaba, me las devolvió sin más. Asunto solucionado.

El caso es que el Cigüeño insistió:

—Joder, Mafaldo, ¿de qué voy a estar hablando? Del concierto de esta tarde. ¿Te vienes?

Y entonces me acordé. Porque otra cosa que tenían igualita los dos hermanos eran los gustos musicales: los Specials, The Police y, sobre todo y por encima de todo, los Rolling. Con una guitarra española porrillera que tenían entre los dos—rajada, pegada con celo y desgastada de tanto tocarla—, no se les daba nada mal tocar los clásicos: Jumpin' Jack Flash, Under My Thumb y hasta Start Me Up.

A mí que no me sacaran del riff de Satisfaction, que enseguida me perdía. Era una cosa sencillita el punteo ese: tres notas, un ritmo básico y listo. Pero joder, ahí estaba la genialidad de los Rolling: ser capaces de componer algo tan acojonante con algo tan primario.

Enseguida, Canito, con la sonrisa clonada a la de su hermano, pero medio metro más abajo, remachó:

—¿Qué? ¿Te vienes, no?

—Joder, ya me gustaría, pero primero, que estoy pelao como una mona, y segundo, ¿dónde vamos a encontrar entradas a estas alturas? Si creo que está todo vendido desde hace semanas.

Entonces se volvió hacia su hermano pequeño y, mirándole a las alturas, le preguntó:

—¿Aún no se lo has contado?

—Joder, si no me has dejado tiempo. Enseguida te has venido para acá a meter baza.

—Calla, coño, ya se lo cuento yo.

Y, girándose hacia mí, me suelta:

—No necesitamos pasta, eso es lo mejor. Tenemos que hacerle un trabajillo al Marcelo y, a cambio, él nos da una entrada a cada uno. Y si nos lo curramos bien, hasta ganamos pasta.

El Marcelo era un tío chungo. Muy chungo. Uno de los patriarcas de un poblado que había por la carretera de Valencia. Se decía que movía jaco, entre otras muchas cosas. También que era el responsable de la mitad de los muchos robos de loros a coches que se producían en Madrid cada día. O que, si eras tú el que tenía algo conseguido por medios ilegales, él no tenía ningún problema en comprártelo, tirado de precio, claro. Hasta se rumoreaba que había estado detrás de algún atraco a una joyería y de muchos alunizajes.

Yo no acababa de entender cómo alguien que estaba metido en el robo de joyerías luego podía pringarse con el robo de radiocasetes, pero en

fin, eso es lo que se decía. Y que era un tío con el que mejor no bromear, porque cualquier noche alguien te podía estar esperando en el camino de tu casa para darte un susto de cojones. O, si las cosas se torcían un poco, podías acabar con algún hueso roto.

Creo que sus chicos tenían instrucciones precisas de empezar con el fémur. Así, seguro que ya no podías darte el piro. Y una rotura de fémur no es ninguna tontería. Y si las cosas se torcían mucho… ni te cuento.

Debí de poner una cara rara, porque enseguida Canito empezó a dar argumentos para convencerme.

—¿No me digas que te preocupa el Marcelo? Anda ya. Mucha fama, pero luego na. Perro ladrador. Mira, nosotros le conocemos desde hace tiempo y nunca hemos tenido el más mínimo problema. Lo que pasa es que se tiene que hacer el duro porque el mundo en el que se mueve es así. Además, la mitad del poblao depende de él, y el tío se siente responsable y hace lo posible para que todo el mundo tenga lo suyo.

El Cigüeño metió baza:

—Además, tú no tienes que tratar nada con él, de eso nos encargamos este y yo. Ni le vas a ver el gepeto. Ni siquiera el Luiso va a tratar con él.

A lo que yo respondí:

—¡Nos ha jodido! Porque, por lo que cuentan, al Luiso no le quiere ver ni en pintura. Que, por lo visto, una vez le vomitó encima de unas rayas. Que la gente del Marcelo casi lo mata. Que, porque no sé de dónde sacó la pasta y le pagó la nieve, que si no…

En ese momento se acercó el Luiso, que estaba al lado de la primera mesa de billar con el taco en la mano.

—Eh, que eso no fue así exactamente. Que yo no era el único que iba pedo. Y que más de una vez le he hecho ganar una buena pasta al Marcelo ese de los cojones. Y si te crees que me acojona, no te has enterao de na'.

En decir eso, el Luiso tardó como media hora, y le entendimos porque ya estábamos acostumbrados a su forma pastosa de hablar. Parecía como si estuviera siempre colgao. Bueno, es que estaba siempre colgao. Pero no necesitaba meterse nada para estarlo. Con la cantidad y variedad de cosas que se había metido en esta vida, ya iba colgao por inercia desde que abría los ojos al despertarse. Para alcanzar un estado medianamente normal, necesitaría estar al menos tres años en el dique seco.

Pero los dos hermanos, nunca entendí muy bien por qué, le querían un montón. Cuidaban de él, siempre procuraban que comiera algo caliente y que tuviera un lugar donde dormir. Y lo más complicado: siempre estaban pendientes de que no se metiera en ningún problema y, si lo hacía, de buscar la manera de sacarle de él sin que le hostiaran.

El Cigüeño se empezó a partir y dijo:

—Ya está este con sus tonterías. Que no tiene miedo al Marcelo, no te jode. Ahora va a resultar que el Marcelo es el que está acojonadito del pringao este. ¡Me descojono!

Canito, que era el único un poco más serio de los tres y el único que tenía algo de sustancia en la sesera, volvió al tema principal.

—Venga, coño, no nos dejes tiraos. Que el Marcelo nos ha pedido que seamos cuatro y, además, de ti se fía. Así compensamos por llevar al notas este.

—Nos ha jodido que se fía… Porque sabe que no me meto.

—Y te respeta porque sabe que estás estudiando.

—Eso es lo que no me termina de convencer. A ver si luego va a querer que le pase su mercancía por el instituto, y a eso sí que no estoy dispuesto.

Entonces fue el Luiso el que metió baza:

—¡Que no, coño! Que no se trata de eso, joer.

Canito tuvo que retomar la conversación:

—Cállate, Luiso, coño, deja hablar a los mayores. Mira, no se trata de pasar nada. En la entrada los maderos lo van a controlar mucho, y la gente lo sabe. Por eso no va a haber ningún trapicheo por los alrededores del estadio.

—¿Entonces?

—Se trata de vender entradas para el Marcelo.

—¿Reventa? ¡Amos, no me jodas! ¿Cómo va a tener el Marcelo entradas para la reventa si se acabaron nada más salir?

—Reventa o lo que sea, eso a nosotros nos da igual. Nosotros a vender y listo. Pero vamos, que no se trata de vender perico, farlopa ni nada de eso. O sea, que no le hacemos mal a nadie. Total, los organizadores ya se han forrao, y porque haya un poco más de gente entre la cantidad de personal que va a haber en el estadio, no pasa nada.

—¿Y cuál es el trato?

—Por la venta de las primeras cuarenta entradas nos da una para cada uno, para que podamos entrar al concierto. Y luego, el 10 % de lo que saquemos a partir de ahí.

—¿Cuánto cuestan las entradas? Dos mil pelas, ¿no?

—Eso es. O sea, que las podemos vender fácil a cinco. Es decir, que si vendemos cien entre los cuatro, nos salen quinientas mil. El diez por ciento son cincuenta mil. Doce mil quinientas para cada uno.

—No, eso no es así —le respondí.

Entonces, el Luiso no pudo evitar volver a meter baza.

—Joder, ¿cómo qué no? Claro que sí. Que tú serás muy listo, pero esas cuentas tampoco son tan difíciles.

—Mira, Luiso, que no te enteras. No, porque por las primeras cuarenta no nos paga na.

—¿Cómo que no nos paga na?

—No. Nos da una entrada para el concierto. Una entrada que a él no le ha costado nada. Es decir, que por las primeras cuarenta no cobramos. O sea, que si vendemos cien, solo cobramos por sesenta. Es decir, trescientas mil. Un diez por ciento, treinta mil. Entre cuatro, a siete quini cada uno.

El Cigüeño se volvió a partir la caja y remató:

—¿Ves, tronco? Por eso te necesitamos. Ninguno de los tres nos habíamos dado cuenta de eso. De todas formas, vemos el concierto, nos lo pasamos de puta madre y encima nos sacamos unas pelas. Ni tan mal, ¿no?

—Bueno, venga, pero yo al Marcelo no le quiero ver ni en pintura. Ni de lejos. Que no sepa ni que existo.

Una vez que estaba claro que podían contar conmigo, nos fuimos a casa de los dos hermanos. De junio a septiembre, sus padres se iban a un apartamento que tenían en San Juan, y el Punto y la I disponían de todo el piso para ellos solos. Compramos unas litronas en la panadería del barrio y nos acoplamos en el salón a tocar la guitarra y a privar birra. Enseguida, los porros empezaron a rular que daba gusto. Solo porros, ¿eh? Que ya digo que delante de mí nunca se metían cosas más fuertes.

Como a las dos de la tarde, sacaron una pizza del congelador y la metieron en el horno. Eso sí, antes el Luiso la condimentó bien con unos cuantos puñados de maría, como si fuese orégano, y como si a él

le saliese gratis. El olor que salía de esa cocina mientras la masa se terminaba de hacer era espectacular, imposible que no llegara a los vecinos.

De postre, un melón bien rico de Villaconejos que tenían en la nevera. Con el calorazo que hacía, fresquito entraba que daba gloria. Nada más terminar de comer, nos quedamos todos fritos. A las cuatro nos despertó Canito.

—Venga, coño, que hemos quedado allí en media hora.

El Luiso fue el único que se quejó:

—¿Para qué tan pronto? Si el concierto no empieza hasta las nueve.

—Coño, Luiso, que pareces lelo. Que hay que explicártelo todo. El concierto empieza a las nueve, pero tenemos que ponernos a vender antes. Además, primero tendremos que pillar zona, que si no llegan otros reventas y nos ocupan los sitios buenos. Y luego, para que nos dé tiempo a colocar todo el papel del Marcelo.

Cogimos el coche del padre de los hermanos, un Supermirafiori bien guapo. Canito al volante. Por supuesto, sin carné, pero vamos, eso era lo de menos y nunca nos había preocupado demasiado. El Cigüeño en el asiento del copiloto, y el Luiso y yo en la parte de atrás.

Después del calor tremendo de la mañana, había en el ambiente un aire de tormenta que no presagiaba nada bueno. Se me ocurrió comentar:

—Parece que va a caer una buena. Anda que, como cancelen, nos joden.

A lo que respondió el Cigüeño:

—Qué va, qué va. Por lo visto, en la entrada pone que el concierto se va a celebrar haga el tiempo que haga.

—Joder, ¿van a tocar con lluvia? ¿Y no hay riesgo de que alguno de ellos se electrocute? Creo que ya ha pasado alguna vez en algún concierto.

El Luiso se apresuró a aclarar… Bueno, lo de apresurarse es un decir, que tardó sus buenos diez minutos en soltarlo:

—Dicen que les ha diseñado todo el equipo la NASA: los amplis, los altavoces, el cableado… Todo. Joder, tío, ¿te imaginas tocar con un equipo que ha diseñado la NASA?

—Eso solo lo pueden conseguir los Rolling. Ni por los putos Police se pone la NASA a su disposición.

—Ya te digo. Y eso que el hermano del batera de los Police trabaja para la CIA.

—Coño, Luiso, ¿y eso qué tendrá que ver? La NASA es la NASA y la CIA es la CIA.

—Joder, que sí, que todas esas cosas están conectadas por arriba. Que, en el fondo, son como la mafia, pero en legal. Se ayudan unos a otros y todo acaba siendo lo mismo.

—Bueno, el caso es que, a las nueve en punto, pase lo que pase, empieza la caña.

—¿Con qué canción empezarán?

—Joder, con la de siempre, con el "Under My Thumb".

—¿Tendrán cojones para empezar con esa?

—Claro, ¿por qué no?

—Coño, dicen que, en la última gira, cuando empezaban con los primeros acordes del Under, una flipada intentó saltarse la barrera de seguridad y un segurata le dio tal puñetazo en toda la napia que se la cargó.

—Es que, en Estados Unidos, de seguridad usan a los Ángeles del Infierno. Hay que ser gilipollas, la tía, para intentar saltarse la barrera de seguridad con esos malas burras delante. Que cada uno de ellos es como un armario empotrado.

—Es que dicen que la letra es un pedazo de machista y que eso tiene a las feministas yankis muy cabreadas. La tipa se quería subir al escenario para protestar. Mafaldo, ¿qué dice la letra?

—Hombre, pues algo sí que se pasa… Es un tipo que presume de tener a su piba machacadita perdida bajo el dedo gordo del pie.

—Ni machismo ni pollas, es solo rock and roll y ya está. Y el que no lo entienda, que se joda.

Y, como cuatro gilipollas, nos pusimos a cantar… Bueno, a berrear a voz en grito el I know, it's only Rock and Roll but I like it. Ahí se acabó la discusión con la conclusión indiscutible de que el concierto empezaría a las nueve en punto con el Under My Thumb, gracias a que los mejores ingenieros de la NASA habían perdido el culo para hacerles a los Rolling el equipo de sonido de esta gira.

Sobre si las feministas españolas se atreverían a protestar por una canción tan machista, ni nos lo planteamos. Sabíamos de sobra que no, que aquí esas no eran más que unas panolis, feas como un perro

negro y con los sobacos sin depilar. Que si se metían a feministas era porque no había dios que las mirara a la cara, así que no tendríamos la suerte de ver cómo un segurata le abría la cabeza a nadie.

Para aparcar no tuvimos problemas, porque el Canito se conocía un descampado al otro lado de la M-30, que a esa hora aún estaba medio vacío. Nos fuimos andando hacia el estadio y, cuando llegamos, los hermanísimos se fueron adonde coño hubieran quedado con el Marcelo y su gente. El Luiso y yo nos quedamos en la parte del estadio que estaba construida sobre la autopista, porque ahí había sombra y se estaba fresquito.

Y, por cierto, había que tener huevos para construir las gradas de un campo de fútbol encima de una autopista de circunvalación. Todos los domingos, a la salida del partido, se montaba la de Dios, pero bueno…

Aunque aún era pronto, ya se veía a algunos merodeando por allí. Algo de cante debíamos de dar, porque una peña se nos acercó a preguntarnos si teníamos entradas.

El Luiso, que, aunque siempre estaba en las nubes, algo debía saber, les indicó:

—Luego, como en una media hora, por el párking que hay ahí, detrás de la grada sur.

—¿Y a cuánto?

—Pues aún no sé de fijo, pero calcula unas cinco mil.

—Joder, tío, enrollaos, que os vamos a pillar cuatro.

—¿Qué te crees? ¿Que esto es el Cutre Inglés? Además, nosotros a lo que nos dicen.

—Vale, vale, tío, solo era una pregunta. ¿Y son buenas? Que si luego no podemos entrar, os buscamos.

—Son de puta madre, nosotros también vamos a entrar con esas, así que fíjate si son buenas. Además, qué coño, si las quieres, bien, y si no, no des el coñazo.

—Pero tron, no te pongas así… Venga, hasta luego.

Hay que reconocer que el Luiso, aunque diera la impresión de estar siempre flotando y de no tener ni media hostia, cuando tenía que aparentar ser un chungo, no se cortaba ni medio pelo.

El Cigüeño y el Canito llegaron al poco tiempo. Traían un taco con 100 entradas; si las vendíamos todas, ya nos pasarían más. Nos contaron que por los reventas del fútbol no nos preocupáramos, que esos no

querían saber nada de este negocio. Una cosa era aguantar a cuarentones barrigudos que iban a ver su partidito semanal por no aguantar a la parienta, y otra, a roqueros medio colocaos.

Y con los reventas del mundillo de los conciertos, entre los que manejaban el cotarro ya se habían repartido las distintas zonas del estadio. Efectivamente, nosotros nos íbamos a encargar de la parte sur, donde había una especie de aparcamiento.

El Cigüeño se encargaría de la gente que llegara desde la parte este, del centro de la ciudad, y se quedó un taco más bien gordo, casi la mitad de las entradas. El resto nos las dieron casi mitad y mitad al Luiso y a mí. El colgado se iba a ocupar de los que llegaran por el sur, y yo, de los que vinieran del otro lado de la autopista, cruzando el puente.

Canito haría labores de supervisión: nos avisaría si veía a la pasma o si había algún movimiento chungo y, cuando se fueran acabando las entradas, él iría hasta donde estaba el Marcelo a recargar. También, cuando fuéramos acumulando pasta, se la teníamos que pasar a él. No fuera a ser que, en una de esas, los maderos nos detuvieran a alguno y nos quitaran las pelas. Además, un buen manojo de pasta serviría para inculparnos y demostrar que estábamos vendiendo y que las entradas no eran para nosotros y unos colegas.

Al poco, a lo lejos, vi a los cuatro que nos habían preguntado antes. Andaban por la zona del Luiso, pero no terminaban de acercársele. Cuando me vieron, vinieron hacia mí sin dudarlo.

—¿Qué pasa, tío? ¿Tienes entradas?

—Sí, sí, sin problema.

—¿Al final, a cuánto?

—A cinco, lo que os dijimos antes.

—Venga, tío, enróllate, que te vamos a pillar cuatro.

—Ya, ya, si ya me lo habéis contado antes… Pero, de verdad, que yo no puedo hacer nada. Le he preguntado al jefe y no me ha mandado a tomar por culo de milagro.

—¿Seguro que son buenas?

—Segurísimo —mentí con todo el aplomo del mundo—. Si yo también voy a entrar con estas, es mi pago por el curro.

Lo mejor para que una trola cuele siempre ha sido envolverla en algo que sea, al menos en parte, verdad.

—Vale, venga, va… Que no todos los días vienen los Rolling y a saber si vuelven.

—Joder, no seas cenizo, que ahora que somos una democracia, parece que esto se anima.

—Y que siga, y que siga.

La verdad es que fue uno de los curros más fáciles de mi vida. Un no parar. La gente, literalmente, hacía cola para comprarnos; no había ni que molestarse en buscar clientes. Cada dos por tres teníamos que ir con Canito a darle toda la pasta que íbamos haciendo y a pedirle más entradas.

En un momento dado hubo una falsa alarma. Canito lanzó uno de esos silbidos de cabrero que solo él sabía hacer y, con las manos, nos hizo un gesto para que paráramos. La peña se dispersó enseguida y empezó a disimular, como si anduvieran a otro rollo. Pero al final resultó que eran unos maderos que debían de andar despistaos. Iban hacia el estadio para labores de seguridad y estaban cruzando por el parking para atajar, pero, en cuanto se dieron cuenta de la que habían liado, se fueron por otro lado.

El Cigüeño se descojonaba. Luego el Luiso vino con la teoría de que el Marcelo les soltaba algo para que hicieran la vista gorda. No sé, no me extrañaría. El caso es que toda esa movida quedó un poco rara.

Cuando a las siete empezaron los teloneros, aquello comenzó a aflojar y la cantidad de peña a disminuir. Pero, como aún había clientela, nosotros seguimos. En esos momentos el cielo estaba encapotado perdido, así que, al no tener el sol golpeándonos en la cabeza, todo se hacía mucho más llevadero. Además, el musicote del grupo que iba primero no estaba nada mal. Yo no los conocía, pero hacían una especie de blues sureño muy pegadizo.

El cantante también le daba a la armónica, y ese sonido iba de puta madre para abrir boca antes de los Rolling.

Cuando terminaron, apenas quedaba media hora para el inicio del plato fuerte y, aunque todavía se seguía acercando gente a comprarnos, la demanda había bajado muchísimo. El cielo tenía un color cárdeno tremendo. Nos acercamos a hablar con Canito, a ver si lo dejábamos y pasábamos ya al estadio.

—Nada, nada, a seguir, que esto es pasta gansa. Mientras haya alguien queriendo comprar, nosotros a vender, coño, que a saber cuándo nos va a caer otro momio como este. Además, así le demostramos al

Marcelo que somos gente seria y que puede contar con nosotros. Seguro que tiene vasca vigilándonos.

La cosa ya se había quedado en algún que otro despistado buscando entrada a última hora, pero ahí seguíamos. Como a menos diez, se oyó un trueno tremendo, de esos que realmente acojonan hasta al más bragado. Fue seguido por un relámpago que, por unos instantes, convirtió aquel atardecer oscuro en un mediodía cegador.

Y enseguida empezaron a caer unos goterones como de medio litro cada uno, que con uno solo ya te empapabas. El repicar sobre el techo de los bugas era atronador. Salimos corriendo hacia la parte cubierta y allí nos esperaba Canito. En cuanto llegamos, nos dio una entrada a cada uno, cosa que no entendí, porque cada uno de nosotros tenía su propio taco para vender. Luego nos gritó por encima del ruido de la lluvia:

—¡Vamos, rápido, que ya va a empezar!

Fuimos a toda hostia hasta la primera entrada. Los porteros nos picaron la entrada sin apenas mirarla y una pareja de maderos que había detrás, encargados de la seguridad, no nos hizo ni puto caso. Se ve que ya estaban hasta los huevos de estar allí controlando a la gente y, a estas horas, lo mismo les daba ocho que ochenta.

Subimos las escaleras de dos en dos hasta llegar al segundo anfiteatro, que las gradas más bajas estaban todas petadas. Al llegar a lo más alto, nos dirigimos al vomitorio más cercano. Los otros tres salieron sin dudarlo, pero yo, viendo cómo caía, decidí quedarme un rato a cubierto. Pensé que, por mucho que el equipo lo hubiese hecho la NASA, seguro que esperarían un poco a ver si escampaba. Lo que estaba cayendo no era normal y nadie les iba a echar en cara un pequeño retraso. Además, tal y como estaban las cosas, era lo prudente.

Pero no.

A las nueve en punto, tal y como estaba previsto, sonaron los primeros acordes. Y sí, eran los del Under My Thumb.

Hay que joderse. Para una vez que venían los Rolling… Y yo, sabiendo que iban a empezar puntuales, me lo había perdido. Todo por acojonarme con un poco de agua de nada.

Salí enseguida y, como estábamos en lo más alto, allí la cosa estaba algo más despejada. Enseguida localicé a mis colegas. Los tres estaban

exultantes, brincando como locos. Me coloqué al lado de Canito y me puse a dar botes con él.

No sé si aquel equipo lo había hecho la NASA o no, pero aquel sonido se te metía hasta el alma y hacía que te vibrara hasta la última célula del cuerpo.

En el escenario, Jagger daba vueltas como una peonza, envuelto en una bandera española. Keith y Ronnie no paraban de dar saltos mientras tocaban sus guitarras sin equivocarse en una sola nota. Nunca entendí cómo eran capaces de hacer eso. Yo, en cuanto me movía mientras tocaba, era incapaz de atinar ni a las cuerdas.

Al fondo, Bill quieto como una estatua. Y Charlie, sentado detrás de su batería, como si fuera un diputado en su escaño: dirigiendo el cotarro, empujando a los otros con su ritmo.

Entonces miré al césped y aquello me impresionó aún más. Eso no era gente, eran olas que se movían al compás de la música. Mira que el campo era grande, pero se quedaba pequeño ante tanta peña. No sé cómo podían caber tantos, ni cómo era posible que se mantuvieran todos en pie. Cantaban, gritaban, saltaban, bailaban, brincaban. Era la locura colectiva. Pero una especie de magia conseguía que lo hicieran de forma coordinada. Y esa magia era la música.

La música que esos cinco cabrones estaban sacando de sus instrumentos a mazazo limpio. Nunca había visto nada igual y nunca lo volví a ver. En esos momentos me olvidé de Marcelo, de toda una tarde de trapicheos y del resto del mundo, tan sólo existían aquella música y la compañía de mis amigos, que eran los que me habían llevado hasta allí.

Al rato, tal y como había empezado, de pronto dejó de llover. Canito sacó un paquete duro de Marlboro y me lo ofreció.

—Toma, anda.

Al paquete le faltaba la cubierta de celofán, pero al abrir la pestaña de cartón vi que estaba lleno. Lleno, sí, pero no de cigarrillos: estaba repleto de porros. Veinte porros bien colocaditos, como si hubieran venido así de fábrica. Cogí uno y me giré para pasarle el paquete al Cigüeño, que estaba a mi otro lado, y cuando lo hice vi que él tenía un paquete idéntico, igual de bien preparado, como si los vendieran así en el estanco. Un poco más allá, el Luiso iba provisto de la misma mercancía, de la que también se estaba sacando un peta. Aquellos tres hijos de puta se habían preparado para el concierto a conciencia.

Le devolví a Canito su paquete. Mi cara debía de ser tal que soltó una carcajada de la que aún me acuerdo, y creo que me acordaré siempre. Aquella era la carcajada de la dicha absoluta.

Bailamos, brincamos, berreamos. Disfrutamos como locos. Con el calorazo de julio en Madrid nos secamos enseguida, pero también enseguida volvimos a estar empapados de nuestro propio sudor. Era imposible estar quieto. Y no éramos solo nosotros, era todo el estadio, que se movía y vibraba al unísono, como si un ser superior fuera capaz de mover a la vez a cien mil marionetas.

No sé cuánto duró el concierto, pero debió de ser una eternidad, porque, aunque es cierto que fumamos como descosidos, los tres paquetes de canutos estaban ya bastante tocados cuando aquello acabó. Cuando se retiraron tras el último bis y estuvo claro que ya no iban a salir más, nos encaminamos al vomitorio más próximo y bajamos las escaleras de tres en tres. Íbamos acelerados, todo el mundo iba acelerado.

Dando zancadas todo lo que podíamos, nos encaminamos al puente para ir al descampado donde habíamos dejado el buga. Cuando estábamos a medio cruzar, al Luiso se le ocurrió preguntar:

—¿Y el Marcelo?

A lo que respondió Canito:

—Tranqui, coño, que eso es tema mío. Tú no te preocupes por eso, que está todo controlado.

—¿Y nuestra guita?

—Joder, coño, ya te he dicho que está todo controlado. Anda, tira pa'lante.

—Vale, vale, joder, cómo te pones, solo preguntaba.

Cuando llegamos al coche, el Luiso se dirigió a la puerta del conductor y, con la mano en el picaporte, le dijo a Canito:

—Venga, tron, enróllate, ¿no?

A lo que el otro le lanzó las llaves del buga. Lo más sorprendente del caso es que no me sorprendió en absoluto que dejara conducir a aquel cuelgue humano. ¡Cómo iríamos!

No tengo muy claro si el Luiso se hizo un kamikaze o no, porque no recuerdo mucho de lo que pasaba en aquellos momentos. Sí recuerdo ir a toda hostia, luces pasando muy cerca del carro y cláxones que no paraban de sonar. Y también recuerdo que, cuando llegamos al barrio,

el Luiso, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, nos llevó hasta un descampado donde, de niños, hasta no hacía mucho, jugábamos al fútbol usando unas latas oxidadas como porterías.

Allí, sobre la tierra de ese solar, empezó a derrapar y a hacer trompos como un loco. Ni el Canito ni el Cigüeño no solo no le dijeron nada, sino que no paraban de descojonarse. Yo, con ellos, muerto de risa, pero acojonadito perdido por dentro, que se conoce que el instinto de supervivencia es aún más fuerte que el mayor de los cuelgues.

Al cabo de un buen rato, de pronto paró y dijo:

—Joder, tío, siempre he deseado hacer esto.

Con lo que se volvió, le dio las llaves del coche a Canito, se bajó y se piró andando hasta su casa.

Canito condujo hasta mi casa y allí me dejó, delante del portal, justo en el momento en que estaba empezando el bajonazo. No recuerdo ni qué hora era.

Al día siguiente no me desperté demasiado tarde, sería como el mediodía o así. Me tomé un café, me di un duchazo, me puse ropa limpia y enseguida me fui para los billares, a ver cómo estaban los otros.

A pesar de que era pronto, el Cigüeño y el Luiso ya estaban jugando una partida en una de las mesas. Parecía como si les hubiera pasado una apisonadora por encima. Me extrañó que Canito no anduviera por ahí con ellos, así que le pregunté al Cigüeño:

—¿Y tu hermano?

—No sé, tronco.

—¿Cómo que no sabes?

—Que no sé, joder. Cuando me he despertado ya no estaba.

—¿Cómo que no estaba?

—Que no estaba, joder. Tendría cosas que hacer y se habrá levantado pronto.

—¿Cómo que cosas que hacer? ¿Qué cosas va a tener que hacer tan temprano?

—¡Y yo qué coño sé! Joder, Mafaldo, me cago en tus muertos. Habrá quedado con el Marcelo para liquidar lo de ayer, o tendría alguna otra movida. ¿Qué pasa, que no te fías?

—Que sí, joder, que solo era curiosidad. Me ha extrañado no verle aquí con vosotros y que tan temprano tuviera fuerzas para levantarse. ¿Cómo no me voy a fiar, coño?

Y ahí quedó la cosa.

El caso es que nunca más en mi vida volví a ver a Canito, cosa que lamento, porque realmente era un buen tipo. Un colgao hijo de puta capaz de dejar tirado hasta a su hermano, pero un buen tipo.

3. - LUISO EN EL CIELO CON DIAMANTES

Iba vagando sin rumbo fijo por las callejuelas del centro de la ciudad. Bueno, lo de "sin rumbo fijo" es un decir, porque, aunque él aún no quisiera admitirlo, su destino final lo tenía claro. Si no, ¿para qué coño había ido al centro esa noche? Por tanto, se dedicaba a dar vueltas alrededor de donde inevitablemente acabaría yendo, pero diciéndose a sí mismo, por lo bajinis, que ni de coña iba a terminar allí.

Así que su deambular podía parecer errático o aleatorio a un observador cualquiera, pero, en el fondo, el Luiso tan solo estaba retrasando aquello que él sabía que iba a suceder. Solo sus dudas y sus miedos impedían que hubiera sucedido ya. Mientras divagaba por esas callejuelas oscuras y sucias, hacía como que intentaba sopesar los pros y los contras, como si realmente estuviera analizando la situación en profundidad. Pero, en realidad, sabía que cuando las garras del mono empezaran a arañarle las entrañas, ahí que se iba a ir de cabeza.

Las cosas comenzaron a torcerse al día siguiente del concierto. Joder, con lo bien que había salido todo, ¿por qué coño tenía que haberla cagado Canito de esa forma? Qué hijoputa, qué bien que se lo había montado el cabronazo ese. Y qué calladito se lo había tenido, que ni a su propio hermano le había comentado nada.

Por la mañana ya estaba claro que algo raro había pasado, aunque el Cigüeño no quisiera reconocerlo. Pero joder, que el Canito no era de los que madrugaban para irse a hacer deporte, y menos el día después de un concierto, y mucho menos después del cuelgue que se habían pillado. Ni entendía cómo el Canito había sido capaz de levantarse temprano. Él había amanecido a media mañana, y porque el Cigüeño le había despertado. Cuando abrió el ojo, todavía estaba pedo. Pero absolutamente pedo.

La certeza de lo que había pasado llegó a primera hora de la tarde, cuando aparecieron un par de tíos del Marcelo por el barrio. Al principio se presentaron en los billares, se colocaron en una esquina y empezaron a observarles todo el tiempo, sin quitarles los ojos de encima ni un solo momento, sin ningún tipo de disimulo y con una cara de mala hostia que acojonaba. Luego, por la noche, cuando tiraron para el bar de Yoli a pillar unos bocatas y unos botijos, los tíos se fueron detrás de ellos, siempre guardando una distancia de unos diez metros. Y, una vez en el bar, se acodaron en una esquina de la barra, mirándolos fijamente con ese careto de gorilas que tenían.

Así estuvieron cinco o seis días. En eso no sabría precisar exactamente, porque en ese periodo de tiempo tenía que reconocer que tenía alguna laguna que otra. Pero vamos, que fue incómodo de cojones. Allá donde

fueran, allá que iban los matones detrás de ellos. Cuando afanaban en el súper, reventaban alguna cabina o le daban un palo a una vieja en el barrio porque ya no tenían ni un chavo, sabían que los otros estaban detrás, mirando. Y era incómodo de cojones.

No porque esos cabrones fueran a ir con el cuento a los guripas, que eso ni de coña, antes llovían ranas. Sino porque esas cosas se hacen sin público, joder, como el follar. Que sí, que él sabía que había gente muy rara que hasta llegaba a pagar por ver cómo se lo montaban otros. Y lo más raro todavía: que esos aceptaban las pelas para dejar que los otros estuvieran de mirandas. Pero él, eso nada, no se le levantaría ni de coña. Pues esto igual. Ciertas cosas se hacían sin espectadores y punto.

Así estuvieron unos días. Solo les dejaban en paz cuando estaban en el piso metiéndose. Bueno, ya al final casi ni salían del piso, porque sabían que en cuanto pusieran un pie en la calle se iban a encontrar con el jepeto de esos dos gorilas, y se les quitaban las ganas de salir.

La cosa cambió al día siguiente de dar el palo a la vieja. Se conoce que los otros habían llegado a la conclusión de que, si ellos se habían decidido a atracar a una señora que conocían en el mismo barrio en el que vivían, es que la cosa estaba chunga y no iban a conseguir nada con ese marcaje férreo al que los tenían sometidos.

El caso es que a él le dio palo hacerlo. Pobre señora, qué mal lo pasó. Puso una expresión que ni te cuento y empezó a temblar toda entera; él llegó a pensar que la diñaba ahí mismito, delante de ellos, y menudo panorama. Menos mal que la vieja cooperó sin necesidad de darle ninguna colleja o de tirar de barbeo, y así la cosa fue rápida.

La tipa era la abuela de la Merceditas. Pobre, ¡qué pena! Pobre la Merceditas, que siempre se había portado bien con ellos y nunca les había puesto cara de asco ni nada por el estilo, como muchos otros. Todo lo contrario, siempre había sido maja con ellos. Y qué pena, porque así seguro que no se la iba a enrollar ni de coña ya nunca en la vida.

Bueno, que la cosa de por sí ya estaba complicada, porque la verdad es que la tipa estaba buenísima, de toma pan y moja, y, claro, no se iba a enrollar con un pringao como él. Pero eso en condiciones normales. Luego, nunca se sabe. Nunca se sabe si en una fiesta, de pedo, o si un día de necesidad la muchacha pudiera necesitar recurrir a él para pillar o para cualquier cosa… Pero claro, después de lo de la abuela, ni de coña.

Así que, ¡qué pena! Pero joder, en tiempos desesperados se hacen cosas desesperadas, y ellos, esos días, estaban realmente jodidos.

El caso es que, al día siguiente, cuando estaban pasando por el callejón que llevaba a casa de los padres del Cigüeño y del Canito, los dos matones aparecieron de pronto de detrás de unas sombras y les pararon. Joder, que se lo tenían que haber imaginado. Si el callejón ese ya era oscuro de por sí, ese día lo estaba aún más porque la única luz que había estaba apagada.

Pero claro, como los chavales del barrio se pasaban la vida reventando las farolas con las escopetas de perdigones, pues no les había llamado la atención. Además, como los otros llevaban días detrás de ellos, pues se habían terminado por acostumbrar y habían bajado la guardia.

Menuda manta de hostias les dieron. Y esa vez, por ser la primera, aún fue suave, que no les rompieron nada. Bueno, a él sí, a él le partieron la napia, pero nada más. Solo hostias, a puñetazo limpio, sin tirar de ningún palo o cadena, ni mucho menos pincharles.

"¿Dónde está Canito? ¿Dónde está la pasta?" Eso lo estuvieron repitiendo todo el rato mientras les hostiaban. Joder, ya les gustaría saberlo a ellos. Si no, ¿de qué coño iban a estar dando tumbos por el barrio como dos pringaos? Pero eso a los otros no se lo dijeron. De hecho, los otros ya lo sabían. Lo mejor mientras te apalean es estar calladito, no vaya a ser que el otro se piense que te estás haciendo el listillo y la cosa sea peor.

Cuando se fueron, se despidieron con la advertencia: "Id haciendo memoria o enterándoos de por dónde anda el Canito, que esto es solo un aviso. La próxima vez irá en serio". Ya les podían amenazar, que para ellos lo que podían hacer y nada era lo mismo.

Y así siguieron los días, y continuaron las palizas. Ya casi ni pisaban la calle, porque hacerlo era salir con el acojone metido en el cuerpo, y la mayor parte de las veces los otros les estaban esperando para darles una tunda de palos.

El Marcelo debía de tener claro que ellos no sabían nada y que la había liado el Canito solito, porque de otra forma la cosa ya habría pasado a mayores. Pero también debía de pensar que, tarde o temprano, se iba a poner en contacto con ellos, y por eso los matones no relajaban la presión. Y es que cualquiera que conociese a los dos hermanos sabía que era imposible que Canito dejase tirado al Cigüeño, y viceversa.

La cosa se iba complicando, por lo menos para él. Ya andaban a mediados de septiembre y, para finales de mes, o como muy tarde a principios del siguiente, los padres de los dos hermanos volverían de

su retiro veraniego en San Juan. Él tendría que ahuecar el ala y buscarse algún sitio donde cobijarse, pero claro, yendo como sombra perpetua de esos dos gorilas, nadie le iba a querer dar cobijo.

Al Cigüeño, en cambio, se le simplificaba la vida. Él no tendría que pisar la calle para nada, que de las compras se encargaría la madre. Bueno, a pillar sí, a eso tendría que salir, claro, que solo faltaría que de eso también se encargara mamá Canito. Pero cuando salían a esos menesteres, los gorilas apenas les molestaban. Una cosa era tenerles acojonaitos perdidos y otra muy distinta, perjudicar el propio negocio.

El caso es que, como a mitad de mes, recibieron una llamada de teléfono y resultó que era el fugado. El hijoputa estaba en Querétaro, donde el Buitre logró una de las pocas tardes gloriosas que tuvo con la selección, por no decir la única. Hay que joderse con el cabronazo.

Resulta que, en una noche de farra en la que había salido solo —porque el Cigüeño y él tenían tal globo que eran incapaces de tenerse en pie—, había conocido a una mexicana y se habían enrollado. Desde entonces, habían mantenido el contacto. Por lo visto, la tipa vivía en una especie de comuna allá en México y, desde que se enrollaron, los dos tortolitos habían estado hablando de que Canito se fuera para allá a vivir con ella y sus colegas, a los que, por lo visto, no les faltaba el business.

Pero claro, pasta para el avión no tenía. Y ahí fue, con lo de las entradas del concierto de los Rolling, donde el mayor y más bajito de los dos hermanos vio el cielo abierto y se le ocurrió la treta. A ellos no les contó nada para que, así, el Marcelo no pudiera pasarse demasiado más allá de las somantas de palos habituales, que si no, a estas alturas, a saber qué les podría haber pasado.

Les contó que estaba ahorrando dinero para comprarles los billetes. Que la cosa iba bien, pero que todavía le faltaba. Tenía ya para uno y estaba comenzando con el segundo, con el de él, el Luiso. Ellos dijeron que separarse ni de coña, que si iban, iban los dos juntos, porque al que se quedara, el Marcelo se lo cargaba sin duda. Solo había una oportunidad.

Les preguntó si tenían el pasaporte en regla. Evidentemente, ninguno de los dos lo tenía. Ese sí que era un problema, porque, a ver cómo coño se iban a acercar hasta la comisaría a hacerse uno sin que los dos perros de presa se dieran cuenta. Que, aunque eran bastante retrasados, la cosa iba a cantar mucho. Y si ellos no se daban cuenta, el Marcelo seguro que sí sabría sumar dos y dos.

El caso es que la llamada les llenó de esperanza, pero también de temor, no fuera a ser que los dos orangutanes se olieran algo y se lo

quisieran sacar a base de hostias. Y el tiempo fue pasando y a ninguno de los dos se le ocurría cómo conseguir hacerse el pasaporte sin que los matones se dieran cuenta.

Canito no volvió a llamar, con lo que se suponía que seguía ahorrando dinero para mandarles los billetes. Pero los que sí llamaron un día fueron los padres para anunciar que volvían de la playa, así que a él le tocaba ahuecar el ala.

No tenía ni donde caerse muerto. Cuando tenía pasta de sus trapicheos, dormía en una pensión de mala muerte del centro, donde no pedían papeles ni nada. Alguna noche le tocó pasarla al aire libre. Gracias a Dios, el frío aún no había llegado y, debajo de algún soportal, no se estaba tan mal.

Pero al final terminó cogiéndole el truco de ir a pillar a un poblado a medianoche. Allí había una chabola abandonada donde la gente iba a ponerse, así que, si se metía a esa hora y enlazaba el viaje con el sueño, llegaba hasta primera hora de la mañana. Eso sí, tenía que compartir lecho con otros yonquis, con montones de basura y con cantidades ingentes de ratas.

El caso es que, al separarse el Canito y él, la vigilancia también se dividió. Se conoce que el Marcelo no podía permitirse el lujo de dedicar a cuatro matones para dos pardillos, así que lo que hizo fue repartir la pareja inicial, asignándoles uno a cada uno. Pero, aparentemente, los dos gorilas en solitario se aburrían y no eran tan constantes en su marcaje. Eso, o que con el paso del tiempo empezaban a darse por vencidos.

Que el cerco se fuera aflojando le hizo concebir esperanzas, hasta el punto de pensar que una mañana, si iban muy temprano, posiblemente conseguirían acercarse a las oficinas de tramitación del pasaporte antes de que los orangutanes comenzasen su jornada laboral. Con esa idea en mente, se acercó un día hasta el barrio para hablar con el Cigüeño y ver cómo lo hacían.

Le vio de lejos, pero cuando iba a acercarse, el otro le hizo señas para que se mantuviera alejado. Joder, ¿no estaría el Cigüeño pensando en dejarle tirado? Al fin y al cabo, Canito les había dicho que pasta para uno sí tenía. Pero ni de coña, si eran colegas de toda la vida. Además, cuando le vio, el otro lucía su enorme sonrisa de siempre. Sus razones tendría el Cigüeño para querer mantener las distancias. Cuando lo considerase oportuno, ya le buscaría, que el Cigüeño sabía de sobra cómo encontrarle.

Mientras tanto, él siguió planeando cómo acercarse a comisaría a hacer los trámites sin que los otros se percataran, y cada vez parecía más fácil, ya que el matón casi ni aparecía.

Y así estaba, con la esperanza bien arriba a pesar de las circunstancias, pensando que iban a salir de esta. Que, una vez más, los dos hermanos se las iban a arreglar para salir del atolladero llevándole con ellos. Hasta se empezó a imaginar su vida en México, en la comuna de la piba del Canito. Joder, lo ideal: buen tiempo y buena peña. Y quién sabe, a lo mejor la tipa tenía alguna amiga con la que él encajara. Ya sería la polla.

Y en esas estaba, con el optimismo subido a pesar de vivir entre ratas—de las de los dos tipos, de las de dos y de las de cuatro patas—, cuando le cayó el mazazo. Como dice el dicho, qué poco dura la alegría en la casa del pobre.

Al principio no le prestó mayor atención, pero el caso es que, cuando entró en la chabola aquella a la que iba de noche a pincharse, había un par de tipos preparándose el chute que estaban comentando que la noche anterior alguien la había palmado en el centro por sobredosis.

Por lo visto, lo habían encontrado frito a primera hora de la mañana bajo las escaleras de un portal. Que si una vecina que salía a por pan lo había visto. Se hablaba de que había una partida demasiado pura y que, por eso, había peña cayendo como moscas. Los dos que estaban con él dudaban si rebajar un poco la dosis para así correr menos riesgos.

El caso es que él iba a su bola cuando uno de los otros le preguntó:

—Oye, el que la palmó anoche, ¿no era tu colega?

—¿Cómo que mi colega? ¿De qué hablas, tío?

—Sí, joder, uno muy alto y muy delgado, uno que se descojonaba por todo. Sí, coño, sí, ese era tu colega, que yo os he visto juntos. El Cigüeño creo que se llamaba. Joder, seguro que era tu colega.

Aquello fue como si un mazazo de quinientos kilos le cayera con toda la fuerza del mundo en la cabeza y le rompiera todos los huesos del cráneo. Lo que sí se le rompió—y él notó cómo se hacía añicos—fue el alma.

El caso es que no quiso saber nada más. Se preparó el chute a toda prisa y a volar, que de viaje no se piensa.

Por eso llevaba ya un buen rato dando vueltas por el centro, hasta que consiguió reunir el valor que necesitaba. Entonces dejó su andar titubeante y se dirigió con paso firme a un portal determinado.

La puerta estaba apenas encajada, por lo que un ligero empujón fue suficiente para abrirla. Nada más hacerlo, un olor desagradable a basura y vómito le golpeó la cara. Por supuesto, no había ni ascensor ni espacio para el mismo.

Cerró la puerta tras de él y pulsó el interruptor de la luz. Nada. Todo continuó a oscuras. Las escaleras, de madera y destartaladas, crujían como el demonio con cada escalón que subía.

Intentó apoyarse en la barandilla para ver si, cargando su peso sobre ella, conseguía disminuir el ruido. Pero en cuanto la asió, le dio la impresión de que iba a desmoronarse y venirse abajo. Prefirió continuar la ascensión sin volcarse sobre ella, pasando solo la mano por encima para orientarse en el trayecto.

Así ascendió hasta el cuarto piso, el último, con paso lento y precavido. Mitad por la oscuridad que le envolvía, mitad por el miedo que llevaba encima.

Al llegar a su destino, golpeó con el puño la madera de la puerta maciza y vieja que apenas intuía frente a él. Enseguida escuchó unos pasos fuertes, como de bota, que se acercaban a abrirle. Cuando lo hicieron, se encontró cara a cara con uno de los dos gorilas que hasta hacía poco habían sido su sombra.

—Anda, mira quién está aquí, si el pajarito ha venido a vernos.

Y, alzando la voz, gritó hacia el interior de la vivienda:

—¡Marcelo, aquí hay un payaso que ha venido a verte!

Al final de "la reunión", media hora más tarde, cuando salió del piso y sintió que el portón se cerraba detrás de él, notó cómo toda la adrenalina que le había mantenido en pie y le había dado el valor suficiente abandonaba su cuerpo de repente. Como si le bajara desde la cabeza hasta los pies y escapara por los dedos gordos.

Aún no podía creer que siguiera vivo. Es más, salía con lo que quería y sin que le hubieran dado ni una sola colleja.

Bajó las escaleras de dos en dos. Con la falta de luz y el estado de los escalones, que más desgastados no podían estar, fue un milagro que llegara a la planta baja sin partirse la crisma.

En el portal, justo cuando ya iba a abrir la puerta para marcharse de aquel sitio, una maldad le cruzó la cabeza. Se dio la vuelta y se dirigió

al fondo. Debajo del primer tramo de escaleras, se sentó y sacó de los diversos bolsillos que tenía entre los pantalones y la cazadora todos los aparejos que necesitaba, colocándolos en el suelo a su lado. Cogió la bolsita de plástico donde estaba la mercancía y la agitó un par de veces para que todo el polvo blanco se depositara en el fondo y no se desperdiciara ni una sola mota al abrirla.

Justo cuando iba a hacerlo, oyó el chirrido de las bisagras de la puerta pesada del último piso al abrirse, seguido de un par de pasos decididos y la voz profunda del gorila que ya conocía:

—Ni se te ocurra, o bajo y te juro que todas las hostias que te he dado hasta ahora no van a ser nada comparadas con las que te van a caer.

El orangután debió pensar que una amenaza así, con ese vozarrón, era más que suficiente, porque inmediatamente se volvieron a oír las pisadas, esta vez de regreso al interior de la vivienda. Las bisagras volvieron a quejarse y el cerrojo de principios de siglo se cerró con un golpe seco.

Si hubiera habido luz y alguien observando, habría visto al Luiso sonreírse con una mueca irónica. ¿Amenazas a él? ¿Qué le importaban? Ya podían intentarlo, total, para lo que le quedaba en el convento…

Él siguió a lo suyo. Con la pericia y la práctica ya adquirida, apenas tardó unos instantes. Cogió la gruesa goma verde, se la enrolló alrededor del brazo izquierdo y, ayudándose de los dientes, tiró de los extremos para cortar el paso de la sangre. No necesitaba luz. Ahí estaba la vena palpitante que tan bien conocía, su vieja amiga, lista para que le dieran lo suyo.

Se pinchó con decisión. Una vez más. Una de tantas. Pero esta vez, convencido como nunca de lo que estaba haciendo. Sujetó la jeringa entre los dedos índice y corazón y, con el pulgar, presionó sobre el émbolo.

Hala, todo para adentro.

¿Que el jaco era de primera calidad? Mejor. Así llegaría al cielo mucho antes.

Lógicamente, el cadáver del Luiso no apareció en aquel portal. Que el orangután tuviera el cerebro propio de su especie era una cosa, pero el Marcelo no. Para algo era el jefe.

A la mañana siguiente, lo encontró un operario del vertedero municipal. Las ratas aún no habían tenido tiempo de empezar a darse un banquete a su costa.

El matón no cumplió su amenaza y no le dio ni una hostia más. Total, ¿para qué? Eso sí, antes de tirar el cadáver entre la basura, se dio el lujo de orinarse sobre el cuerpo del Luiso.

Hay gente que necesita muy poco para quedarse conforme.

Y al Luiso eso ya le daba igual.

Su muerte no mereció ni una sola línea en las páginas de sucesos de los periódicos. Bueno, al menos no de forma explícita. Sin embargo, en uno de los dominicales de esa semana sí apareció un reportaje sobre el aumento de muertes por sobredosis en la ciudad. El periodista lo atribuía a una partida de droga de una pureza superior a la habitual que había comenzado a circular.

Ese mismo periódico, ese mismo día, publicaba además una pequeña nota de agencia en la que se informaba del fallecimiento de un ciudadano español en un accidente de tráfico en Querétaro. Mira tú que casualidades tiene la vida. El Marcelo, cuando ese día leyó esta segunda noticia, se sonrió de medio lado, como hacen los malos en el cine.

4. - MEJORANDO

El alboroto era tremendo y nadie le prestaba atención. Desde hacía unas semanas, ella había empezado a aplicar el método que le había recomendado Lucio, el profesor de Matemáticas, pero nada, no daba ningún resultado. Se ve que las matemáticas eran mucho más interesantes que la química —cosa que dudaba— o que las capacidades pedagógicas de Lucio eran muy superiores a las suyas, cosa de la que estaba casi segura.

Por mucho que bajaba la voz hasta convertirla en apenas un susurro, nadie le prestaba la menor atención y todos continuaban con su cháchara. Algunos tenían hasta la desvergüenza de girar los pupitres y, dándole la espalda, formar auténticos corrillos. Tan solo algún alumno de la primera fila seguía lo que ella decía. Luego, esos mismos alumnos, durante los exámenes, pasaban las respuestas correctas al resto de la clase. Cuando corregía, ella ponía las notas que consideraba oportunas, fueran cuales fuesen las respuestas, y asunto arreglado. Era descorazonador.

Cuando decidió estudiar Ciencias Químicas, todo el mundo le decía que si estaba segura, que la única opción laboral que iba a tener era la docencia. Ella respondía que no le importaba, que justo eso era lo que quería, que esa era su vocación. Ahora entendía por qué siempre terminaban mirándola con cara rara.

Al llegar la hora, se empezó a oír cómo los alumnos de las clases de al lado empezaban a salir de sus aulas. Era la última del día, y se notaba que esos adolescentes, en pleno derroche hormonal, estaban deseosos de terminar la jornada e irse a casa, o a hacer el gamberro por las calles, o a los billares, o a cualquier otra cosa a la que se dedicaran, que, desde luego, no era a estudiar.

Ante los primeros ruidos, sus alumnos dieron la clase por concluida sin esperar ni siquiera a que ella terminase la frase que estaba pronunciando. Empezaron a cerrar sus carpetas y libros, guardaron sus cosas, se levantaron con el consiguiente ruido de arrastrar sillas y se encaminaron hacia la puerta, continuando con las conversaciones que habían estado manteniendo durante toda la hora.

Ella escribió en la pizarra las páginas del libro que había que revisar para la próxima clase y los ejercicios que debían hacer. Después, con el tono calmado de voz que procuraba mantener todo el tiempo, les deseó buenas tardes —que la educación no debía perderse en ningún momento.

Porque, aunque cada uno de ellos fuera profesor de una materia determinada, no dejaban de ser responsables de la formación de unos

adolescentes que, a esa edad, eran sumamente moldeables. Tenían que aprender que un comportamiento cívico debía estar siempre presente en las relaciones. Y aunque ese ejemplo pareciera estar lejos de cuajar, había que seguir insistiendo incansablemente.

Tan solo dos o tres de los alumnos de la primera fila respondieron a sus buenos deseos.

Esperó pacientemente a que el aula se vaciara. Bien sabía ella que, al llegar a la puerta, nadie le iba a ceder el paso, e intentar salir al mismo tiempo que ese tropel en desbandada era poco más o menos que imposible. Cuando ya quedaban pocos —apenas los empollones—, cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

En el vestíbulo se encontró con Luis Palacios, quien la saludó con una sonrisa, preguntándole cómo estaba, deseándole buenas tardes y tratándola de usted. A veces sí que daba gusto ser profesora. Entonces recordó que los demás llamaban al chaval "el Mafaldo", por su claro parecido con el personaje de Quino. No pudo evitar sonreír. La verdad era que, aunque cruel, tenía gracia, porque el mote le venía que ni pintado. Enseguida se censuró por ponerse al nivel de esa pandilla de energúmenos y, sobre todo, porque inmediatamente recordó que a ella la llamaban "la Botijo", y claro, eso no le hacía tanta gracia, más aun teniendo en cuenta lo acertados que solían estar los energúmenos al poner motes.

Al llegar al aparcamiento de profesores, ya desde lejos vio que a su coche le pasaba algo: estaba escorado. Al acercarse para abrir la puerta del conductor, comprendió por qué. La rueda delantera izquierda estaba completamente deshinchada. Cuando se acercó, pudo comprobar que no es que hubiera pinchado, sino que alguien la había rajado. Al incorporarse, vio que los gemelos Vega la observaban de forma ostentosa desde la cancha de balonmano. Estaba claro que querían hacerse notar. Se rumoreaba que, en una ocasión, ya habían amenazado con una navaja a Martínez Vallejo —otro de los profesores de Matemáticas— para que los aprobara. Y, al parecer, él había accedido a su petición sin mayor problema. Claro, con esos antecedentes...

No estaba muy segura de si sabría cambiar la rueda: era algo que nunca había hecho y que nadie le había enseñado. Sabía que necesitaba una herramienta llamada gato, e imaginaba que tanto esta como la rueda de repuesto estarían en el maletero.

Hablando del rey de Roma, en ese momento apareció el propio Martínez Vallejo. Ella lo llamó en voz alta:

—José Manuel...

Pero él la ignoró olímpicamente.

Al poco pasó Requejo, el de latín. Este sí tuvo la decencia de acercarse y, por lo menos, poner una excusa aceptable:

—Vaya, Rosa, cuánto lo siento, pero me es imposible ayudarte; tengo que pasar por la guardería a recoger a los niños y ya voy tarde.

Todo un personaje, Requejo. Estaba casado con Cristina, la de Griego. Habían tenido gemelos y los habían llamado Rómulo y Remo. Así, sin importarles las bromas que los pobres niños tendrían que soportar el resto de sus días.

Poco después apareció Concha, la de Literatura:

—Joder, Rosa, qué putada. No entiendo por qué no ponen de una vez por todas una verja que separe el aparcamiento del resto del patio. Espera un momento, que voy a buscar al séptimo de caballería.

Se marchó, pero enseguida volvió con Arturo, el de Deportes, que afortunadamente estaba en el gimnasio entrenando al equipo de baloncesto. Nada más llegar, le pidió las llaves del coche e inmediatamente se hizo cargo de la situación. Abrió el maletero, y a Rosa se le volvió a caer el alma a los pies: no había ni rueda de repuesto ni gato ni nada.

Pero fue un susto pasajero: Arturo levantó lo que parecía ser el fondo del habitáculo y, debajo, sí que había una rueda y unas herramientas. Sin embargo, la alegría duró poco: enseguida comprobaron que la rueda de repuesto también estaba deshinchada.

—Pero, Rosa, ¿cómo llevas esto así? No se puede circular sin rueda de repuesto.

—Ah, es verdad. Ahora recuerdo que mi marido me comentó hace ya tiempo que había pinchado y que tenía que llevarla al taller para arreglar el pinchazo. Pero ha estado muy ocupado...

—Si estuviera por aquí Martínez Vallejo, te podría prestar la suya, que tiene un Corsa como el tuyo —comentó Concha, tan animosa como siempre. Me voy a acercar a la sala de profesores para ver sí aun no se ha ido.

—No te molestes, Concha, muchas gracias. Acabo de verlo marchar.

—Bueno, entonces voy a llamar al taller de Juanito; ya verás cómo él te lo arregla.

Esta vez Concha tardó algo más en volver. Mala señal. Por fin la vio aparecer a lo lejos y, aunque su andar tenía el vigor de siempre, algo en su interior le dijo que no traía buenas noticias.

—Verás, Rosa, resulta que en el taller no estaba Juanito, había salido con su hijo a una emergencia. Estaba solo Víctor y, claro, no podía marcharse y dejar el taller solo. Pero en cuanto vuelva Juanito, manda a alguien para acá. A él o al hijo. Pero no te preocupes, estando enterado Víctor, él se encarga.

—¿Víctor? ¿Quién es Víctor?

—Ah, es verdad, que tú llevas aquí tan solo un par de años. Es un antiguo alumno, ahora está de aprendiz en el taller de Juanito. Lumbreras no era, pero responsable, un rato largo. Así que seguro que manda a alguien en cuanto pueda.

—Muchas gracias, Concha, pero ya se me está haciendo tarde y no puedo quedarme a esperar sin saber a qué hora vendrán. Tengo que pasar por casa de mi madre a recoger a la niña. Ya mañana, si eso, que vengan.

—Espera, mujer, ¿cómo te vas a ir en autobús a estas horas? Te van a dar las tantas. Mira, vuelvo a llamar. Víctor me tenía cariño, seguro que si le insisto puede cerrar el taller un momento y venir a por la rueda.

—Deja, deja, no vayamos a meter al chaval en un problema.

Y, dando las gracias a Concha por enésima vez, se dirigió con paso derrotado hasta la parada del autobús. Este tardó una eternidad en llegar y, cuando lo hizo, estaba abarrotado, sobre todo de empleadas domésticas que trabajaban como externas y a esa hora volvían a sus casas, por lo que le tocó ir de pie, en medio del pasillo, con el codo de un tipo con pinta de empleado de banca clavándosele en las costillas.

En cada parada había gente esperando, así que el autobús avanzaba a paso de tortuga. Encima, a mitad de camino y sin venir a cuento, el empleado bancario se dio media vuelta, así como quien no quiere la cosa, y por fin dejó de clavarle el codo para empezar a arrimarle cebolleta. Ella intentó separarse todo lo que pudo, pero realmente no tenía el más mínimo espacio para moverse. En un momento dado se dio por vencida. Mejor en las nalgas que en las costillas y, al fin y al cabo, lo que ahora le clavaban era mucho menos duro que un codo.

Por fin llegaron a la última parada y pudo coger el metro. Lo bueno es que, como ya se hacía tarde, empezaba a estar despejado. Qué cara no llevaría que su madre apenas le preguntó nada y no le dio ningún palique. Cargando con la niña en brazos —como por la mañana habían

ido en coche, no se había molestado en coger la sillita—, se fue andando hasta la parada del autobús que la llevaba a casa. Se notaba que la chiquilla estaba creciendo, porque pensaba un quintal.

Al llegar, nada más abrir la puerta de la calle, escuchó —como ya era habitual— el ruido del fútbol en la televisión. Ni un "¿Cómo estás?" o un "¿Qué tal tu día?", ni tan siquiera un "¿Qué te ha pasado?". Tan solo un:

—Menos mal que ya has llegado, porque tengo una gusa.

Fue hasta el cuarto de la niña, la cambió y la acostó. Su madre le había dado algo de comer, y le dio penita despertarla. Se acercó a la cocina y el aspecto de la nevera era desolador: tan solo había dos huevos y un yogur caducado. Primero le entraron unas ganas tremendas de llorar. Luego pensó en ir a la sala y montarle un circo a su marido. Después pensó en bajar al súper a comprar algo; incluso se acercó a la entrada y se puso el abrigo. Pero se lo pensó mejor y enseguida volvió a colgarlo.

Volvió a la cocina y se hizo una tortilla francesa. De dos huevos. Aun sin pan, le supo a gloria. Sin decirle nada a su marido, se puso el camisón, se cepilló los dientes y se acostó.

El otro llegó pasado un buen rato, cuando ya llevaba un rato dormida y se debía de haber acabado el interminable carrusel de "partidos del siglo" de esa tarde. Sin necesidad alguna —porque había claridad suficiente; había dejado un par de dedos abiertos en la persiana—, encendió la luz. Seguro que lo hacía solo por joder. Por si no fuera bastante, se puso a hablarle.

—No ha tenido ninguna gracia. Encima que te he estado esperando para cenar. La próxima vez me como yo los huevos. O mejor: en vez de estar aquí esperándote a que te dé la gana de aparecer, me bajo al bar a ver los partidos.

Ella siguió haciéndose la dormida, preguntándose cómo pensaba su marido hacerse los huevos, si no sabía hacer ni la "o" con un canuto. Y sabía muy bien que ese era el único motivo por el que la había esperado. Tan solo deseó que, al día siguiente, las cosas no siguieran mejorando, porque en una de esas iba a perder la paciencia y a mandar a tomar por culo al primero que se le cruzara por delante.

5. - ARREGLANDO UN AGUJERO

No entendía nada. No sabía por qué ni para qué estaba ahí; solo sabía que su amiga la había llamado el día anterior, medio llorando y, en un tono apremiante, le había pedido que se vieran en aquella cafetería del centro. Por mucho que lo había intentado, no había conseguido que le adelantara la razón de la cita. ¡Con todo lo que ella tenía que hacer desde que su madre había fallecido y su hermana mayor se había marchado! De la noche a la mañana, y con tan sólo diecisiete años tenía que ocuparse ella sola de toda la casa.

Y, encima, la otra llegaba tarde. Además, tampoco eran tan amigas. Sí, del mismo grupo del barrio, pero no tenían una relación tan estrecha como la que ella tenía con Blanca o con Esperanza, por ejemplo. Pero claro, la otra se lo había pedido en un tono tan lastimero que no se había podido negar. Lo que no entendía era por qué tenían que quedar en el centro y no en el barrio. Vale que no quisiese ir a los billares, donde siempre había gente, pero en el bar de Yoli, y a esas horas, seguro que iban a estar solas.

Pero bueno, Lola sabría. Ella, de momento, se había pedido un cubata, y en esa zona no eran nada baratos. Pero que la dolorosa la iba a pagar Lola, eso estaba más claro que el agua.

A los tres cuartos de hora de retraso, llegó la otra. Desde que apareció por la puerta, Lucía se dio cuenta de la cara de funeral que traía. ¡Menudo panorama! ¡Eso iba a ser la juerga padre!

—Perdona por el retraso, pero al principio no sabía qué ponerme y, cuando ya estaba vestida, mi madre ha empezado a bombardearme con preguntas: que adónde iba a estas horas, que con quién había quedado, que qué se me había perdido por el centro… No sabía cómo quitármela de encima.

—Nada, no te preocupes. Me he estado tomando un cubata mientras esperaba. Pero que sepas que muchas de las preguntas que te ha hecho tu madre me las llevo haciendo yo desde ayer, así que espero que te expliques.

En ese momento, se acercó la camarera y les preguntó directamente:

—¿Queréis algo?

—Sí, por favor, tráeme un Kas de naranja.

—A mí me traes otro cubata, que este se me ha acabado. Y ponme unos panchitos o unas patatas fritas, anda, que antes no me has traído nada y, como siga bebiendo a palo seco, me voy a embolillar.

La camarera se dio la vuelta sin decir nada más y, en cuanto se hubo alejado unos metros, Lucía fue al grano:

—¿No bebes nada? ¡Qué raro! Bueno, pues tú dirás qué hacemos aquí y no en el bar de Yoli, y por qué me has llamado a mí y no a Merceditas o a la Patri.

—No, no, prefiero no beber.

Y, al terminar la frase, rompió a llorar como una Magdalena. Era incapaz de hacer otra cosa, porque, cuando intentaba hablar, el llanto iba a peor. La voz se le rompía en un hipo agudo y el conjunto resultaba cada vez más insoportable.

Sin necesidad de mirar alrededor, Lucía se dio cuenta de que todo el bar estaba atento a ellas. El ambiente se había vuelto incómodo y, por un momento, todo el mundo se quedó callado. Solo se escuchaban los sollozos de su amiga. Luego, poco a poco, las otras mesas retomaron sus conversaciones, como si allí no pasara nada.

Pero pasaba. Claro que pasaba. Y la mayor parte de la gente estaba atenta a lo que ocurría con Lola.

La camarera volvió con las bebidas y, mientras las colocaba en la mesa, miraba sin disimulo alternativamente a una y a otra, como si estuviera siguiendo un partido de ping-pong. Lo bueno fue que, esta vez, se mostró generosa y les trajo un plato de patatas fritas, unos panchitos y unas aceitunas. Algo bueno tenía que tener la llantina desconsolada de la otra, que, por lo menos, había servido para ablandar el tacaño corazón de la camarera.

Lucía se dio cuenta de que no podían seguir así, porque se les iba a hacer eterno. Así que, en cuanto la camarera se fue y, aunque ella era bastante acelga, alargó el brazo, cogió la mano de su amiga y empezó a dirigirle palabras de consuelo.

Al cabo de unos diez minutos, la otra consiguió serenarse lo suficiente para, entre hipo e hipo, medio elaborar una frase coherente:

—Verás, si no he pedido nada de beber, es porque, en mi estado, no es lo más recomendable…

Lucía se quedó de piedra. De las muchas conjeturas que se había hecho sobre por qué su amiga quería verla tan lejos del barrio, había considerado casi cualquier cosa, prácticamente todas, menos esa.

¿Lola embarazada? ¿De verdad? Se lo podría haber imaginado de casi cualquiera del barrio, pero… ¿Lola? Con lo poco echada pa'lante que era, que a veces hasta daban ganas de darle un empujón para que se

animara. Y, físicamente, no era nada del otro mundo: ni alta ni baja, con un tipo un poco raro, más bien grandota, una forma de andar y de gesticular más bien bastorra, sin gracia al vestir. Lo único especial era que era pelirroja y llena de pecas, pero por lo demás… Claro que los tíos, con tal de echar un polvo, lo mismo les daba ocho que ochenta.

Pero ¿Lola? Si no se le conocía novio y, desde luego, no era de las que se liaban con cualquiera en un rollete ocasional. Bueno, para morrearse y darse el lote, sí, claro, pero ¿pasar a mayores? ¿Lola? Ni de coña.

—Bueno, tranquila, ya verás cómo todo se arregla. Lo primero de todo, ¿has hablado ya con el padre?

—Eso es lo peor, que con el padre ni he hablado ni voy a poder hablar.

—Pero, Lola, eso es lo primero. Aunque haya sido un aquí te pillo, aquí te mato… A no ser que sea un capullo y tengas claro que no quieres saber nada de él. O que estés totalmente segura de que no vas a tenerlo y entonces, ¿para qué? Pero ten en cuenta que, en el barrio, todo se sabe. Si es alguien de allí, se va a acabar enterando, así que mejor que lo sepa por ti que por los chismorreos. Porque, si no, se va a coger un cabreo que no veas… ¡y con razón!

—No se lo he dicho porque no puedo.

—¿Cómo que no puedes? Claro que puedes, todo es ponerse.

—No puedo porque el padre es el Luiso…

—¿El Luiso? Joder, Lola, ya te vale. ¡El Luiso!

—¿Pues qué quieres que te diga? Conmigo era muy cariñoso.

—Anda que… Lo que me extraña es que lo pillaras en algún momento sereno para poder enrollaros. Pues no tenía ni idea. Vamos, ni yo, ni creo que nadie en el barrio.

—Ya… Es que me había dicho que lo iba a dejar, y yo no quería que se supiera hasta que lo hiciera. No quería que me vieran en público con él hasta que se desenganchara. Me había prometido que, cuando se arreglara lo del Marcelo, se iba a apuntar a lo del Proyecto Hombre.

—Pues ya ves cómo ha acabado lo del Marcelo… Bueno, dime, ¿y cómo te puedo ayudar?

—Verás, creo que hay un sitio en Barcelona donde se encargan de chicas en este estado.

—¿Estás hablando de abortar? ¿Estás segura?

—Sí, eso.

Lucía se calló, aunque estuvo a punto de soltar que, en ese caso, su amiga ya podía tomarse todos los cubatas que se le antojaran. Pero ¿para qué? En cambio, le dijo, en un tono medio cabreada:

—¿Y por qué recurres a mí? No sé qué te habrán contado, pero yo nunca he estado preñada y mucho menos he abortado.

—No, no, si no es por eso. Ya sé que tú no… Pero yo ni tengo fuerzas ni sé por dónde empezar, y tú, de todo el barrio, eres la que tiene más iniciativa y sentido común. En el fondo, eres la única de la que me fío.

En vez de responder, Lucía emitió un suspiro de resignación bastante explícito. ¿Cómo negarse a ayudar a alguien a quien conocía desde la infancia? Aunque no le hiciera la menor gracia, entre las del barrio tenían que ayudarse siempre que pudieran.

—Bueno, voy a ver de qué me entero y en unos días te llamo. Pero desde ya te digo que va a hacer falta pasta, mucha pasta. ¿De dónde piensas sacarla? ¿Se la vas a pedir a tus padres?

—No, eso ni de coña. De hecho, no quiero ni que se enteren. No quiero ni imaginar cómo se lo podrían tomar. Tía, que no es solo haberme quedado preñada… tía, que es que es con el Luiso.

—¿Entonces?

—Pues yo tengo algo ahorrado de lo que gano en la pescadería, y el resto… había pensado que, si cada una aportase lo que buenamente pudiera, creo que lo podríamos juntar. Luego os lo iría devolviendo poco a poco.

—¿Cómo que lo podríamos juntar? A mí no me metas en eso.

—Joder, tía, por favor. Que a ti todo el mundo te hace caso. Y a mí me da un corte que me muero de la vergüenza.

—Ya… mucha vergüenza y mucha polla, pero al Luiso bien que te lo tiraste. Eso no te dio vergüenza.

Fue acabar la frase y darse cuenta inmediatamente de que estaba hablando como una madre, y eso era lo último que su amiga necesitaba en esos momentos. El sentimiento de culpa que la invadió hizo que aceptara sin más ayudarla.

—Va, tía, perdona. No quería decir eso. Venga, tranquila, yo me encargo de enterarme de qué posibilidades hay por Barcelona o por aquí, así te ahorras el viaje. Pregunto precios y hablo con las otras. En cuanto lo tenga todo más o menos claro, te aviso.

—Vale, pero no tardes mucho, que no quiero que esto se empiece a notar. Además, creo que cuanto más tiempo pase, peor… que hay más riesgo.

—Joder, Lola, eso ya lo sé. Encima no me metas prisa. Haré todo lo que pueda. ¿Y de cuánto tiempo estás?

—Perdona, tía, es que estoy de los nervios… Pues de poco más de dos meses. Unos pocos días antes del concierto de los Rolling. El Luiso estaba tan ilusionado… Estaba hasta gracioso. Me contó que, aprovechando el concierto, iban a hacer un trabajito para el Marcelo y pensaba que de ahí iba a sacar pasta.

—Bueno, mira, vamos a dejarlo antes de que me arrepienta. Tira para casa y ya te llamo yo.

Lucía le hizo un gesto a la camarera para que les trajera la cuenta. La otra se aproximó enseguida con la dolorosa y le puso el platito con el recibo enfrente. Sin pensárselo mucho, sacó la cartera, contó un par de billetes y añadió unas monedas que faltaban. Total, bastante tenía Lola con lo que tenía encima, que iba a necesitar toda la pasta que pudiera. Hay que joderse… Encima de puta, poniendo la cama.

Al cabo de un par de días, Lucía llamó a Lola. Cogió el teléfono la madre, que, con un grito, llamó a su hija para que se pusiera, pero cuando esta lo hizo, se quedó por la salita haciendo como que limpiaba. Su hija llevaba una época muy rara, y que la llamara Lucía tampoco era lo normal, así que lo más probable era que ambas cosas tuvieran algo que ver.

—Hola, Lucía, ¿qué tal?

—Bien, ya tengo la información que me pediste.

—Espera un poco, por favor.

Tapando el micrófono con la mano, se dirigió a su madre.

—Mamá, ¿te importa?

—Pues no sé qué te molesta. Además, tendré que limpiar la sala, ¿no? ¿O lo vas a hacer tú?

—Venga, mamá, no seas cotilla.

La madre salió del cuarto refunfuñando, pero dejó la puerta entreabierta, como quien no quiere la cosa.

—Espera un momento, por favor.

Lola dejó el teléfono sobre el asiento del sillón y, dirigiéndose a la puerta, la cerró de forma ostensible. No dio un portazo, pero lo hizo con firmeza, dejando claro que así era como quería que quedara.

—Ya está. Pero con cuidado, que esta está con la mosca detrás de la oreja y anda con la antena puesta.

—Ya sé lo que me pediste.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Has sido discreta?

—Joder, si no te fías de mí, búscate la vida tú solita.

—Sí, sí, perdona, tía.

—Le he preguntado a mi prima de Sangenjo, que el año pasado tuvo una movida parecida con una colega suya.

—¿Y?

—Hay un poco de todo. Lo mejor, por lo visto, es una clínica de Barcelona. Es privada. Nada del otro mundo, pero creo que es un sitio muy limpio y bastante seguro.

—Eso no me preocupa mucho. Creo que la policía ya mira para otro lado.

—No me refería a eso. Me refería a que se preocupan por la salud de la madre.

—Ah, vale. ¿Y cuánto?

—Pues sale por unas treinta mil.

—Más el tren y el hostal.

—Bueno, creo que es algo rápido. Te lo hacen, descansas un rato y luego te piras. Así que, si viajas en el tren nocturno, podrías ahorrarte el hostal.

—No es mal plan, pero tendrían que ser dos billetes de tren, porque vendrás conmigo, ¿no? No me vas a dejar tirada en algo así.

Lucía no contestó, pero, en su interior, empezó a pensar en cómo conseguir un día libre en el curro y qué contar en su casa para justificar dos noches fuera.

—¿Y qué más?

—Pues mi prima me cuenta que su amiga no tuvo ningún problema. Que fue para allá, la trataron muy bien, se deshizo del paquete y, cuando volvió, era como si nunca hubiera pasado nada.

—Así, en principio, suena bien, pero el precio se sale un poco de lo que tenía pensado. ¿Qué más opciones hay? Me has dicho que había varias.

—Ah, sí, perdona. Verás, por lo visto hay un piso aquí en Madrid, en Vallecas. Lo lleva una antigua monja que trabajaba como matrona en un hospital.

—¿Y eso? ¿De cuánto estamos hablando?

—De diez.

—La diferencia es grande.

—Sí, pero es un piso. No tiene la limpieza ni las garantías de una clínica. Aunque no sea una clínica oficial.

—Ya, pero aun así…

—Lola, piénsatelo bien. Que por ahorrarte unas pelas no te vayas a meter en un lío.

—Vale, me lo pienso y te llamo. ¿Hablaste con las otras para ver si podían aportar algo?

—No, tranquila, aún no hablé con ninguna. Hasta que tú no me digas, yo no hago nada.

— Vale, me lo pienso y te digo. Muchas gracias, Lucía.

Cuando colgaron, Lucía se quedó con remordimientos. Tal vez no tendría que haberle contado a su amiga lo del piso de Vallecas y haber mencionado solo lo de la clínica de Barcelona. Pero la decisión le correspondía a su amiga. Y si ese piso seguía funcionando, por algo sería. Aunque la policía ahora estuviera mirando para otro lado, no creía que permitieran que se estuvieran cargando a embarazadas un día sí y otro también.

Cuando Lola salió de la sala, allí estaba su madre, haciendo como que limpiaba el polvo del pasillo. No tardó en intentar aplicarle un tercer grado.

—¿Y esa? ¿Qué quería?

—Nada, mamá, cosas nuestras.

—¿Y eso de un tren y un hostal? ¿Os vais de viaje?

—Nada, uno del barrio está currando en Barcelona y algunos estamos hablando de ir un par de días a verle.

—¿Uno del barrio? ¿Quién del barrio? Qué raro, ¿no? ¿Y qué hace allí?

—Víctor. Ya sabes que es mecánico. Un tío le ha colocado en la SEAT en Barcelona.

—¿Pero aquí no estaba en el taller de Juanito?

—Sí, pero no tenía contrato y le pagaban una mierda, así que se ha ido para probar. Pero creo que se volverá rápido, que a los polacos no hay quien los aguante.

—Pero tú con ese no vas mucho, ¿no?

—No, mamá, pero siempre está guay visitar una ciudad con alguien que vive allí. Te lleva a los sitios chulos. De todas formas, es solo una idea, ya veremos, así que no te comas el tarro.

La madre se quedó en el pasillo refunfuñando y Lola se encerró en su cuarto. Se acostó en la cama e intentó recordar qué podía haber pillado su madre. Además de lo del tren y el hostal, creía que no se le había escapado nada, así que no iba a poder sacar nada en claro. Menos mal que había estado rápida y se le había ocurrido la excusa de Víctor. Así, de paso, también servía para justificar lo de pasar unas noches fuera. Bueno, ahora tocaba pensar en las posibilidades, sobre todo en cómo conseguir la pasta.

Esa misma tarde quedó con el Mafaldo. Lola no era la persona con más iniciativa del mundo, pero el asunto no podía esperar. Quedaron en uno de los pubs del barrio. Uno al que no iban mucho, pero donde no solía haber ni el tato, por lo que tendrían intimidad. Un sitio con un aspecto anticuado que tiraba de espaldas, lleno de asientos tapizados en terciopelo rojo, con las paredes de madera y repletas de espejos.

Esta vez fue ella la que llegó primero, y eso fue una cagada. Sentarse en un sofá en vez de en una silla, otra. Porque el otro debió de pensar que había quedado con él para enrollarse y se sentó a su lado. La verdad es que, en otras circunstancias, no le hubiera importado, pero tal y como estaba el patio, mejor no andarse con tonterías. Así que fue directa al grano.

El otro alucinó, se quedó a colores. Lola pensó que lo que más le jodía era que se hubiera liado con el Luiso en vez de con él. Hasta llegó a dudar de la posible paternidad del pobre colgado. Pero el argumento de que para qué iba ella a intentar colgarle el niño a un muerto fue irrefutable.

Al principio se resistió, que si llevaba tiempo sin hacer ninguna chapuza, que si estaba seco. Pero ella sabía que algo tenía. Ese siempre tenía, bien que lo sabía ella. Era uno de los pocos del barrio que era medianamente responsable y que no se metía nada. Así que insistió,

apeló a la amistad entre él y el Luiso, y a que, si no se podía dejar a un amigo en la estacada, mucho menos a un amigo ya fallecido.

Al final, algo le sacó. No mucho, pero algo. Lo suficiente como para que, entre eso y lo poco que ella tenía ahorrado, no tuviera que recurrir a más gente. Cuantos menos lo supieran, mejor. Y tanto el Mafaldo como Lucía eran de fiar; no le iban a ir con el cuento a nadie.

Así que, en unos días, podría volver a su vida como si nada de esto hubiera sucedido.

Al final, les dieron cita a media mañana de un día laborable, así que las dos tuvieron que pedir el día libre en sus respectivos trabajos. Pero bueno, al ser en Madrid, al menos no tenían que pasar la noche fuera de casa y así se ahorraban inventar excusas para el viaje a Barcelona. Porque, siendo realistas, iba a cantar demasiado que dos chavalas hicieran un viaje relámpago a Barcelona sin un motivo claro, que lo del que el Victor le iba a hacer de anfitrión en Barcelona, y más trabajando en Martorell, no iba a colar ni de coña.

El piso estaba en una callejuela del casco viejo de Villa de Vallecas. Fueron hasta Portazgo en metro y, desde allí, pillaron un taxi. A la vuelta ya decidirían según las fuerzas y los ánimos con los que saliera Lola de la operación.

El portal era cutre, sucio, viejo, destartalado, y con el suelo lleno de publicidad que la gente tiraba directamente nada más sacarla de los buzones. Sin ascensor, la escalera era estrecha y oscura. Antes de empezar a subir, Lucía la agarró del hombro y le preguntó:

—Lola, ¿estás segura?

—Totalmente. Venga, vamos p´arriba, que cuanto antes lleguemos, antes se habrá acabado esto.

Menudo cambio había dado esa chica desde el día en que habían hablado por primera vez en aquella cafetería del centro.

Subieron los dos pisos con decisión y, al llegar, vieron que la luz del descansillo no funcionaba. Pero bueno, la penumbra permitía identificar sin ninguna duda qué puerta correspondía al piso de la izquierda, al que ellas iban, y cuál al de la derecha. Por si quedaba alguna duda, el timbre de la puerta de la izquierda tenía pintada una cruz roja. De lejos y con tan poca luz apenas se notaba, pero al estar ahí, la cosa quedaba clara: la señal de que habían llegado a su destino era inconfundible.

Por lo demás, el aspecto exterior era el de una casa de barrio normal. Una puerta barata de contrachapado, un felpudo viejo, tan desgastado que ya poca labor podía hacer, un olor a coliflor recién cocida y una

pared que llevaba años pidiendo a gritos una mano de pintura. Si ya estaba sucia de por sí, alrededor del timbre era más negra que blanca. Y, aunque estuviera oscuro, tampoco era tan difícil acertar con el pulsador. Total, para lo que servía: no funcionaba.

Lucía fue la encargada de dar golpes sordos en la puerta, como si fuera ella la responsable. Enseguida oyeron unos pasos acercarse y la puerta se abrió. Dentro, la entrada también estaba a oscuras y no podían ver a nadie. Entraron y, nada más hacerlo, la puerta se cerró tras ellas.

Se dieron la vuelta y se encontraron con una mujer más bien vieja, sin llegar a ser anciana, vestida con ropas desgastadas y anodinas. Se protegía con un delantal descolorido y unas zapatillas de paño. Nada en ella indicaba que hubiera sido monja, salvo por un pequeño crucifijo de oro que le colgaba del cuello.

Pero oler a monja, olía. Llevaba impregnado en la ropa y, más que en la ropa, probablemente en la piel, ese aroma inconfundible: una mezcla de vela e incienso, de claustro cerrado y de Biblia polvorienta, de patatas medio podridas y de guiso recalentado.

Una voz metálica y desagradable, como si la mujer hablara a través de un trozo de chapa doblada y rota, salió de aquella garganta.

—Llegáis a la hora.

Lucía se quedó perpleja, ya que no consiguió entender el significado de la frase. No sabía si debían haber llegado antes o si, quizá, iban con retraso.

—¿Disculpe?

—¡Que llegáis a la hora! ¿Traéis el dinero?

Lola sacó un sobre del bolso y se lo alargó sin decir palabra. La señora, con unas manos que parecían más garras que dedos humanos, lo rasgó de inmediato, sacó el fajo de billetes y se puso a contarlos allí mismo. A Lucía le dio la impresión de que aquellas garras temblaban ligeramente.

Cuando terminó de contar los billetes, los dobló y, abriéndose la bata, colocó el fajo dentro del sujetador, entre la copa y el seno izquierdo. Luego, mirando a Lucía, le espetó:

—Tú ya te puedes ir y vuelves en media hora. No antes.

Lucía se quedó dudando. No quería dejar a su amiga en aquel piso cochambroso con esa mujer tan desagradable. Aquello no podía salir bien.

Ante su falta de reacción, la mujer insistió:

—Que te vayas, te he dicho. ¿Qué te crees que es esto? ¿El Ruber? Aquí no hay ni cafetería ni sala de espera, y no vas a hacer más que molestar. Te marchas y vuelves en treinta minutos, ni antes ni después. ¡Ala, desfilando!

Lucía seguía indecisa y miró a Lola para ver qué decía su amiga.

—Anda, vete. Aquí no puedes hacer nada. Bastante has hecho ya.

Se dio la vuelta y se marchó sin pensarlo más. Si se quedaba allí un segundo más, si volvía a mirar a su amiga o a la arpía, haría algo para detener aquel disparate.

Bajó las escaleras desgastadas y mugrientas de dos en dos y, al salir del portal, se dirigió a la primera calle ancha que recordaba: la calle Congostos, o algo así. No recordaba bien por dónde anduvo, porque durante todo el trayecto no dejó de mirar su reloj, caminando como una loca o como una sonámbula. No se fijó en ninguna de las caras con las que se cruzó, en ninguna tienda, en ningún portal. Se limitó a caminar todo el tiempo en la misma dirección intentando no pensar en bada, hasta que, cuando habían pasado unos doce minutos, dio media vuelta y regresó.

Al igual que cuando llegó con Lola, la puerta del portal estaba abierta, así que no tuvo ningún problema en subir hasta el segundo piso y plantarse delante de la puerta, mirando la esfera del reloj. Como las manecillas y los números eran fluorescentes, la oscuridad reinante no le impedía llevar el control del tiempo.

Allí se quedó, plantada como un pasmarote, sin importarle lo que pudiera pensar la vecina de enfrente o cualquier otro inquilino del edificio que acertara a pasar por allí.

Cuando habían pasado treinta minutos exactos, golpeó aquella maldita puerta.

Nada.

Al cabo de un par de minutos, golpeó más fuerte.

Nada.

Esperó otro par de minutos y golpeó mucho más fuerte, hasta tal punto que la puerta retumbó.

Nada.

Se quedó desconcertada. No sabía qué hacer. No había imaginado aquella situación. No sabía si llamar a la puerta de la vecina, si bajar

corriendo, meterse en una cabina y pedir una ambulancia o si pedir ayuda a algún transeúnte que pasara.

Cuando iba a volver a golpear aquella plancha de contrachapado, a tirarla abajo si hacía falta, escuchó aproximarse el ruido del roce de aquellas zapatillas viejas con el suelo pegajoso.

La puerta se abrió, y aquel ser asqueroso se le quedó mirando sin ninguna expresión y dijo:

—Si me rompes la puerta, me la pagas. Anda, ahí la tienes.

Al final del pasillo había una puerta entreabierta por la que salía algo de luz. Se dirigió hacia allí con paso apresurado, escuchando a sus espaldas, a un ritmo mucho más lento, el arrastrar de aquellas zapatillas de paño.

Al llegar, lo que vio la dejó helada.

Lola yacía, dándole la espalda, en posición fetal sobre un mantel de plástico mugriento que cubría una mesa de formica barata. Estaba desnuda de cintura para abajo, y sus pantalones y bragas estaban colocados sobre el respaldo de una silla de comedor, una de las cuatro apoyadas contra la pared.

Había sangre. Mucha sangre.

En un rincón había una bolsa de basura algo abultada y una percha barata a la que le habían quitado su forma original y le habían dado aspecto de gancho.

La voz que le salió fue apenas un susurro.

—Lola, ¿estás bien?

Y, en ese instante, su amiga rompió a llorar desconsoladamente, con la misma angustia e impotencia con la que lo había hecho un par de semanas atrás en aquella cafetería del centro. Y aunque el llanto era desgarrador, a Lucía, en aquel momento, le pareció el sonido más tranquilizador del mundo.

Antes de que pudiera hacer o decir nada, la voz metálica habló a su espalda:

—Toma, límpiala.

Al volverse, vio que la vieja le tendía un cubo de plástico azul lleno de agua y una esponja que en su día debió de haber sido amarilla.

Mientras las dos lloraban como magdalenas, Lucía limpió a su amiga, la secó con una toalla medianamente aceptable que encontró en el

baño de al lado, la ayudó a incorporarse y a vestirse. Con Lola apoyándose en ella, comprobaron que, aunque con dificultad, podía caminar, así que se encaminaron hacia la salida.

Pero antes de que llegaran siquiera a la puerta del cuarto, la gárgola volvió a interponerse en su camino.

Iba fumando un pitillo que olía a pestes, posiblemente un Celtas. Y con ese mismo cigarro, señaló la bolsa de basura que Lucía había visto al entrar y les dijo:

—¿No os iréis sin eso? Que es vuestro. Yo no me quedo con nada que no sea mío.

Y se quedó parada en mitad de la puerta, como diciendo: "O os lo lleváis, o por aquí no pasáis".

Lola tuvo que apoyarse en el respaldo de una de las sillas mientras Lucía se acercaba y se agachaba para coger aquello. Con la bolsa de basura en la mano izquierda y Lola medio derrumbada sobre su brazo derecho, retomaron el paso.

Entonces sí, la vieja grulla las dejó pasar.

Antes de alcanzar la salida, cuando iban por la mitad del pasillo, aún la oyeron graznar una última vez:

—Ya sabéis dónde estoy. Aquí os espero la próxima vez.

6. - ELLA SE VA DE CASA

El tren con destino a Barcelona salía del andén 8. Finalmente, sí que iba a terminar cogiendo un tren hacia Barcelona, pero sola. Y, para bien, para comenzar una nueva vida lejos de casa, lejos de los suyos, lejos de todo lo que había conocido hasta ese momento. Pero necesitaba cambiar, irse lejos, muy lejos, a algún sitio donde nadie la conociera, donde pudiera empezar de cero.

Las últimas semanas, después de que abortó, habían sido un auténtico infierno para ella. No sabía cómo, pero en el barrio terminaron por enterarse. Lo previsible. Lucía no había sido, eso seguro. Hay que ver lo mucho que le debía a esa chica, y eso que no eran íntimas ni nada, pero tenía que reconocer que se había portado genial con ella. Ni una hermana, ni la amiga más cercana, ni la Patri ni la Merche se habrían portado así.

Y el Mafaldo… De ese estaba casi segura de que tampoco había sido. Raro era un rato largo, pero no era de los que iban con chismes. E introvertido era aún más. Desde lo del Cigüeño y el Canito andaba más solo que nunca, caminando por las calles como un alma en pena.

Pero el barrio era peor que un pueblo, todo lleno de cotilleos y chismes. En el pueblo de su madre, donde iban en verano, sus colegas de allí siempre le decían que qué envidia vivir en la capital. Pero una mierda la capital: rodeada de desgraciados, envidiosos y correveidiles. Y, claro, un caso como el suyo había sido la comidilla durante días. Se habían ensañado con ella. Habían ido a hacer daño.

Y, por supuesto, una de las primeras en enterarse fue su madre.

Y esta, en vez de ayudarla o, al menos, intentar comprenderla, la crucificó. Que el día que se enteró entró por la puerta de casa como un vitorino saliendo de chiqueros. La que se montó fue de época, parecía que la casa se venía abajo. Al principio, su padre intentó comprender, luego intentó calmar la cosa, hasta que su madre le puso en su sitio y no le quedó más remedio que callarse y desistir en sus tímidos intentos de apaciguar.

Después de aquella gran bronca, la cosa no mejoró mucho. Su madre no paraba de mirarla con cara de… No sabía exactamente con qué cara la miraba. ¿De asco? ¿De reproche? ¿De cabreo infinito? Fuera lo que fuese, no dejaba de atacarla a la menor ocasión.

Lo que en realidad le jodía a su madre no era lo que ella hubiese hecho o dejado de hacer. Lo que de verdad le jodía era haberse convertido en la comidilla del barrio.

Y en el mercado. Sobre todo en el mercado.

Y, claro, si se le ocurría bajar a la calle, la gente no dejaba de señalarla con el dedo y cuchichear a sus espaldas. Que eran de todo menos discretos. Es más, estaba convencida de que eran tan descarados a propósito, para que ella lo notara.

Total que, entre una cosa y otra, había decidido cambiar de aires y dejar toda aquella mierda atrás. Así que, cuando vio aquel anuncio solicitando camareras para un restaurante de lujo en la Costa Brava, ni se lo pensó.

Y allá que iba.

Cuando llegó a la estación de Barcelona ya era de día. Cogió la bolsa de viaje con las pocas cosas que llevaba del portaequipajes y descendió del vagón hecha un manojo de nervios. Le habían dicho que la esperarían en la estación y que, desde allí, la llevarían al restaurante.

Por lo visto, en la parte de atrás del propio establecimiento había una serie de habitaciones para los empleados, así que no tendría que gastar nada en alojamiento ni perder los primeros días buscando dónde quedarse.

El que iba a recogerla era el encargado. Esperaba causarle buena impresión, aunque, después de toda una noche viajando en tercera, no estaba en su mejor momento. Poco antes de llegar, se había metido en el baño e intentó arreglarse un poco. Hizo lo que pudo, pero entre lo diminuto que era el baño, el olor nauseabundo que había en el habitáculo después de tantas horas de viaje y el traqueteo del tren, mucho no pudo hacer.

Esperaba que su nuevo jefe lo comprendiera.

El andén era largo, muy largo, y la gente que esperaba lo hacía al final, detrás de unas vallas amarillas como las que se ponen en las obras.

A cada paso que daba, los nervios le aumentaban. Las piernas le temblaban tanto que no entendía ni cómo podía andar. Temía que, de un momento a otro, no pudieran sostenerla y se fuera al suelo.

Eso sí que sería espantoso.

Por fin llegó hasta el final. Había un hueco entre las vallas, y por ahí pasó, mirando las caras de la gente a ambos lados, esperando que alguien le hiciera algún gesto.

Pero nada, ni rastro de su supuesto jefe.

¿Y qué iba a hacer ella ahora, si no conocía a nadie en esa ciudad?

Podía acercarse hasta un teléfono y llamar al número con el que había estado en contacto durante el corto proceso de selección, pero qué mal iba a quedar si ni siquiera era capaz de encontrar a quien tenía que recogerla.

¿No habría dado mal el día?

No, no. Estaba casi segura de que lo había dado bien. Había tenido en cuenta que pasaba la noche en el tren y que, saliendo el martes cuatro, llegaba el miércoles cinco.

Y la hora también la había comprobado mil veces.

Además, no había confusión posible. Trenes nocturnos entre Madrid y Barcelona, que ella supiera, solo había uno.

Y, cuando la desesperación estaba a punto de volverla loca, sintió unos golpes en la espalda.

Antes de que le diera tiempo a volverse, oyó una voz cazallosa y desagradable que preguntaba:

—¿Lola?

El subidón fue tan grande y tan instantáneo que no reparó en el tono desagradable de aquella voz, como tampoco en el aspecto un poco patibulario del individuo que la poseía: tez cetrina, pelo más bien largo, de color de ala de cuervo, peinado hacia atrás con un exceso de brillantina. Una fea cicatriz le recorría el lado izquierdo de la cara. Una boca con un par de piezas de oro y otro par de huecos esperando ser rellenados. De una delgadez que delataba haber pasado mucha hambre.

Vestía ropa astrosa: una camisa que no podía tener más arrugas y lamparones, una chaqueta que bien podía haber sido beige o de otro color, más sucia que limpia, una corbata barata con un estampado que hería la vista, unos pantalones marrones que llevaban años siendo viejos, sujetos a la cintura por un cinturón que parecía darle varias vueltas. Y unos zapatos baratos que ni siquiera intentaban simular ser de piel, a los que nadie les había dado una capa de crema en su ya larga existencia.

Pero a ella, en aquellos momentos, aquel hombre le pareció el colmo de la elegancia, el mejor representante de los encargados de restaurantes de lujo de la Costa Brava. Y, claro, respondió con la única respuesta que podía dar en esos momentos, con un tono lleno de alivio, alegría y esperanza. Con un tono lleno de inocencia:

—Sí, soy yo.

Al llegar al parking de la estación, el coche que les esperaba iba en sintonía con la indumentaria del personaje que la había recogido: un 127 con más años que ella, de un color que en algún momento había sido rojo, pero que ahora solo podía describirse como desvaído. La chapa tenía más bollos que cráteres la luna, y el parachoques trasero, en el lado izquierdo, iba atado con una cuerda.

Pero a Lola le pareció uno de los coches de empresa más distinguidos en los que jamás se había montado.

El interior estaba a juego con el exterior: sucio, lleno de trastos y con la tapicería plagada de manchas y quemaduras de cigarrillos. Lola tuvo que apartar varias cintas de casete que había sobre el asiento del copiloto y, cuando intentó guardarlas en la guantera, se encontró con que estaba abarrotada y, después de abrirla, fue incapaz de cerrarla. El individuo, que supuestamente era su jefe, solucionó el problema de un manotazo.

Mientras recorrían las calles de Barcelona en dirección a la autopista hacia Gerona, al principio Lola preguntaba cada vez que veía un edificio o un rincón que le llamaba la atención, interesándose y queriendo saber algún dato sobre el lugar. En realidad, lo hacía por educación, por mostrar interés y empezar a aclimatarse a su nueva vida, pero su compañero no respondía o, como mucho, emitía un sonido gutural que podía significar cualquier cosa.

La única vez que abrió la boca fue para colocarse un palillo entre los dientes y comenzar a mordisquearlo.

Cuando por fin salieron a la autopista, el hombre empujó la cinta que estaba en el radio casete del coche y una canción de Los Chichos empezó a sonar a la mitad, con lo que Lola comprendió que cualquier otro intento de entablar conversación no tenía futuro, así que optó por quedarse callada. Hasta se arrepintió un poco de haber hablado tanto antes.

Tal vez en el restaurante no estaba bien visto que los camareros intimaran con los jefes. Era lógico, en un sitio de lujo… En ese caso, menuda impresión debía de haber causado.

Pero cuando, en lo alto de un repecho, pudo distinguir el mar a lo lejos, no pudo evitar exclamar:

—¡El mar!, ¡qué bonito!

Lo único que consiguió fue que el conductor la mirara como si fuera retrasada mental.

Pasado un rato, que a Lola se le hizo corto, la autopista empezó a llenarse de señales que indicaban la cercanía de la frontera.

Lola empezó a intranquilizarse.

Nadie le había dicho que el trabajo era en Francia y, además, ella no llevaba el pasaporte. No, no. El trabajo era en Gerona y eso, aunque su ignorancia en geografía era supina, hasta donde ella sabía, seguía siendo parte de Cataluña y, por tanto, de España.

Pero, en ese momento, el conductor tomó un cambio de sentido y empezaron a circular en dirección de vuelta a Barcelona.

A los pocos kilómetros tomaron una salida y se dirigieron hacia una gasolinera. En un principio, Lola pensó que iban a repostar, pero la sobrepasaron y se dirigieron a un edificio que estaba más allá de la estación de servicio, justo antes de reincorporarse a la carretera.

Era una construcción grande, de dos plantas y, en ese momento, con todas las contraventanas cerradas.

En una inmensa explanada de cemento que ocupaba todo el frontal del edificio había aparcados dos camiones.

"El Conejo Feliz".

Ni el edificio tenía aspecto de restaurante de lujo ni ese nombre lo sugería. De un asador o de un merendero, tal vez.

El conductor apagó el motor, puso el freno de mano, bajó del coche y, rodeándolo por la parte delantera, abrió su puerta. Con su voz cazallosa le dijo, escueto:

—Vamos.

Ella no estaba segura de si quería seguir con aquello, de si quería entrar en aquel sitio con un aspecto entre cutre y asqueroso. Empezó a balbucear:

—Pero… yo, es que…

Un bofetón de antología, que no vio venir, la hizo callar al instante y romper a llorar.

El individuo, sin volverse, berreó:

—¡Bruno!

Como no pasó nada, volvió a gritar aún más fuerte:

—¡BRUNO!

Del lateral del edificio salió un tipo inmenso, con aspecto de orangután, que se dirigió hacia ellos.

En el silencio de la mañana de aquel paraje apartado, los pasos del simio resonaban sobre el cemento del aparcamiento como si una tribu de la selva africana estuviera golpeando sus tambores durante una ceremonia para invocar al dios de la lluvia.

Al llegar al coche, abrió la puerta todo lo que pudo, la agarró sin miramientos y se la cargó sobre los hombros. Después, se dirigió hacia la puerta lateral del edificio por la que había salido, con el mismo andar mastodóntico con el que había llegado.

El conductor del coche los siguió a unos pasos de distancia, encendiéndose un cigarrillo.

Al llegar al edificio, recorrieron un pasillo bastante lúgubre y, al final de este, la arrojaron en un cubículo estrecho y húmedo que no tenía ninguna ventana. Cerraron una puerta metálica, y Lola oyó cómo echaban la llave y cómo los pasos se alejaban.

A continuación, la oscuridad y el silencio.

Bueno, el silencio no, porque este quedaba roto por el llanto de Lola.

No sabía cuánto tiempo había pasado, solo que seguía llorando cuando escuchó unos pasos acercándose por el pasillo. Eran pasos más normales; no sabía si serían del hombre que la había ido a buscar a la estación, pero, desde luego, no eran los del homínido que la había cargado como si fuera un fardo.

Cuando llegaron a la puerta, escuchó el sonido de la cerradura y el chirrido de la puerta al abrirse.

Al principio, entró algo de claridad por la abertura, pero enseguida un estallido de luz la cegó de repente, después de haberse acostumbrado a la oscuridad absoluta que la envolvía.

Y entonces, una voz la sacó de su estupor:

—Desde luego, qué mal saben tratar a las mujeres estos cenutrios. No sé qué voy a hacer con ellos. Mira que dejarte con la luz apagada y tirada en el suelo como si fueras una colilla.

A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la luz, pudo distinguir que, frente a ella, había un hombre trajeado y de buen aspecto. También pudo ver que el cuarto era un cubil con suelo de cemento y paredes blancas, donde, en un rincón, había un colchón cochambroso tirado en el suelo y cubierto por una manta del ejército.

La luz provenía de una bombilla enroscada en un casquillo metálico que colgaba del techo. El interruptor estaba junto al marco de una puerta metálica pintada de gris.

Eso era todo.

El aspecto medianamente elegante del hombre la hizo creer que tal vez se trataba del propietario del restaurante de lujo y que todo había sido un malentendido que, inmediatamente, se iba a aclarar. Gracias a Dios.

Por eso no terminó de entender cuando el hombre le dijo:

—Anda, desnúdate y túmbate en el jergón.

Empezó a balbucear, queriendo presentarse, explicar su situación y aclarar todo aquello. No se dio cuenta de que, mientras intentaba hablar y conseguir que las palabras le salieran mínimamente coherentes, el otro se había desabrochado el cinturón, lo había sacado de las trabillas del pantalón y se lo había enrollado en la mano derecha, dejando la hebilla balanceándose en el extremo libre.

Cuando recibió el golpe en plena cara, enmudeció de repente.

Perpleja, sin comprender todavía que la pesadilla, lejos de terminar, no había hecho más que comenzar.

Cuando el hombre trajeado salió por la puerta, inmediatamente entró el tipo que la había ido a buscar a la estación y también la usó a su antojo, como si no fuera más que un objeto para emplear y desechar.

Después, el orangután que la había cargado sobre sus espaldas.

Y así estuvieron… no sé cuántos días, pasando uno y otro, usando su cuerpo como si fuera un trozo de papel higiénico o una bolsa de basura.

Había días, raros, en los que solo venía uno. Otros días, los más, en que los tres se pasaban. Y algunos en los que había más de una ronda.

Una vez, el conductor y el simio la usaron a la vez.

A ella le dio igual.

Estaba ya en un estado tal que era como si su cuerpo y su alma estuvieran hechos de corcho.

El simio era brutal: una fuerza y un peso que la reventaban.

El chófer era asqueroso: su aliento y su olor corporal le provocaban arcadas, pero pobre de ella si lo demostraba.

Pero el peor de todos era el encorbatado.

Su refinamiento en el sadismo y la crueldad conseguía que dejara de sentirse persona, ni siquiera animal.

Lograba que se sintiera solo como una cosa.

Cuando ya hacía mucho tiempo que prefería estar muerta… No, ni siquiera eso.

Cuando ya hacía mucho tiempo que prefería no haber nacido, un día la puerta se abrió despacio.

Unos pasos silenciosos entraron en la habitación, sin prisas ni violencia.

Sin encender la luz.

Con tan solo una ligera claridad que entraba desde el pasillo, una voz de mujer con acento andaluz le dijo:

—Hola, Lola. Yo soy Charo. Esto ya se ha acabado. Ahora te voy a contar lo que tienes que hacer si no quieres volver por aquí.

Charo la llevó a la zona común, donde hacían su vida el resto de las chicas. Bueno, mejor dicho, donde comían, porque el resto del tiempo prácticamente lo pasaban entero "trabajando", y dormiendo, dormían en los mismos cuartos en los que trabajaban.

Le explicó en qué consistían sus funciones y, sobre todo, las posibles consecuencias si no las cumplía de la manera en que esperaban sus jefes. La presentó a sus compañeras, la mayoría españolas. Había alguna morita, cosa que le sorprendió, alguna latinoamericana, pero, sobre todo, andaluzas, extremeñas y gallegas.

La recibieron con amabilidad. Algunas habían acabado en aquel lugar por decisión propia, huyendo de la miseria, de un maltratador o por falta de otras opciones, pero la mayoría había pasado por una experiencia similar a la suya.

Charo, como madame, o como "jefa", que era como todas la llamaban, sabía hacer bien su trabajo y le dio el tiempo que necesitaba para aclimatarse.

Los primeros días se quedó en la sala donde comían y veían la tele, acostumbrándose al ir y venir de las chicas, a sus comentarios y sus historias, a concienciarse de que esa era la vida que le esperaba. De paso, se le fueron curando las heridas que los tres desalmados le habían causado. Las del cuerpo, claro, porque las del alma… esas, esas era imposible que sanaran jamás.

Después, cuando consideró que ya le había dado tiempo suficiente para prepararse, la llevó a la “sala de fiestas” para que viera con sus propios ojos cómo las otras se desenvolvían.

Los primeros días no tuvo que trabajar. De hecho, la vistió de manera discreta y la hizo sentarse en un rincón oscuro y apartado. Pero, un miércoles de fútbol, el día con menos movimiento, le ordenó ponerse un traje de lycra espantoso, dos tallas más pequeño de lo que necesitaba, y capas ingentes de maquillaje que ella no habría usado ni en carnaval.

Ese día nadie solicitó sus servicios, ni ella hizo demasiado para que así fuera. Por eso, esa noche, Charo le dio un toque:

—Espabila, bonita, que aquí no se puede estar a la sopa boba.

La noche siguiente se esforzó un poco más. Lo hizo, más que nada, por Charo, que se había portado genial con ella y ahora no quería meterla en problemas.

Bueno, por Charo y por ella misma, porque de ninguna manera quería volver a pasar por la experiencia del trastero/celda/cámara de tortura.

Vio a un joven que no tenía una pinta demasiado repulsiva y fue a por él.

Las compañeras se lo pusieron fácil. Sabían que era su primer cliente y ninguna se lo disputó, y eso que el tipo, para lo que solía pasar por el local, era de lo mejorcito: estatura media, vestido decentemente y con aspecto limpio y delgado.

Que el cliente tipo solía ser un camionero con una barriga que no tenía nada que envidiar a una embarazada de nueve meses.

Consiguió que, antes de pasar a la habitación, la invitara a un par de copas, cosa que ya le habían contado que era una de las principales fuentes de ingresos. A ellas les ponían refrescos como si fueran bebidas alcohólicas, y a ellos garrafón, todo ello a precio de primeras marcas en un local de lujo.

El chico se llamaba Vicente y era de un pueblo de Castellón.

Efectivamente, era camionero. Acababa de empezar en el oficio y se dirigía a Alemania a llevar un cargamento de baldosines.

Aunque no llevaba anillo, acabó confesándole que se había casado hacía tan solo dos meses.

Al entrar en el local se lo había quitado y guardado en el bolsillo del pantalón y, cada dos por tres, comprobaba que seguía allí. Tenía terror a que se le perdiera.

La cosa no estuvo mal, pero tampoco bien. Fue más bien insulsa.

Así que Lola terminó la jornada pensando que, si siempre era así, no iba a ser tan terrible como ella se había temido.

Antes de quedarse dormida en el cuarto que compartía con una chica de Mondoñedo, y que por el día, como todos los demás cuartos, se usaba para encuentros con los clientes, Charo abrió la puerta y dijo:

—Bien, Lola, sigue así.

Y se fue sin añadir nada más.

Pero Maruja, su compañera, sí añadió:

—Mira, tu primer día y ya te ha felicitado la jefa. ¿Ves como no era tan terrible?

Pero sí lo era. Sí.

El segundo día, Charo le dijo que tenía que hacerse, como poco, a tres. Y las compañeras ya no le dieron cuartelillo.

Cuando una estaba con un cliente, las demás no interferían, más que por compañerismo, por no espantar al interfecto.

Pero cuando entraba alguno con buen aspecto o con pinta de posibles, la competencia para ver quién era la primera en echar las redes era terrible.

Se quedó en dos, y porque en hora punta casi todas estaban ocupadas y era más fácil destacar.

El primero, un calvo bajito de Murcia, pero que la trató con buenas maneras.

El segundo, un gordo inmenso, con un aliento a huevo podrido, sin afeitar y que la trató como si fuera un objeto.

La obligó a hacer cosas asquerosas que solo pudo soportar gracias al entrenamiento de la fase de tortura. Pero ella no debió de estar a la altura de sus expectativas, y el energúmeno debió quejarse porque, cuando iba a acostarse después de lavarse los dientes, al cruzarse con Charo, esta vez lo que le dijo fue:

—Por ahí no, Lola, por ahí no. Como ayer, no. No vaya a ser que necesites un cursillo de recuperación.

Así que se puso las pilas, se olvidó de los melindres, sacó las uñas y empezó a usar los codos.

Y pronto empezó a obtener resultados que no estaban mal.

Entre los clientes empezó a correrse la voz de que había una nueva, y pronto estuvo muy solicitada.

Y claro, cuantos más servicios hacía, más callo cogía y más aprendía.

Aprendió de todo y por su orden, pero, sobre todo, aprendió que, en el cuarto, ella era la que mandaba.

Ellos entraban cegados por el deseo y la lujuria, así que pronto supo cómo lidiar con esos berracos y llevarlos por donde ella quería.

Y, lo más importante, enseguida aprendió cómo hacer para que ellos terminasen rápido, haciendo ella el mínimo esfuerzo.

También adquirió la habilidad de identificar a los tímidos, a los generosos, a los cariñosos.

A los groseros y maleducados se los quitaba de encima rápido.

Lo más interesante es que ellos acababan tan avergonzados de su velocidad que, en sus siguientes visitas, la evitaban como a la peste.

A los generosos les hacía creer que eran especiales y que realmente le gustaban.

Así conseguía que se tomaran más copas con ella antes de pasar al cuarto y, alguna vez, hasta después, que eso era de verdaderas maestras.

Y hasta alguno le dejaba una propina.

Cuando ya llevaba un par de años en aquella sucursal del infierno y se había convertido en una de las "trabajadoras" que más ingresos aportaba al local, una noche, a lo lejos, le pareció ver a alguien conocido. Se acercó disimuladamente y, sí, aquel tipo era del barrio. Del barrio y del cuerpo.

Si no recordaba mal, debía ser de la promoción de Barriga y Pimienta. Por lo menos, era del grupillo. Había pasado por el País Vasco, y eso hacía que todo el mundo le tuviera cierto respeto; siempre ocurría con los que habían servido allá, arriesgándolo todo y aguantando que les hicieran la vida imposible: en cuanto ponían un pie fuera de la casa cuartel, empezaban los problemas, los desprecios y las amenazas veladas.

Y, si no se equivocaba, algo comentaba su padre de que, el día del lío del congreso, le tenía que haber tocado turno, pero que, precisamente debido a su hoja de servicios, alguien le había dado el cante y se había pedido permiso; por eso, le había tocado a Pimienta o a Barriga, no recordaba bien a cuál de los dos, pero uno de ellos era seguro.

Vamos, eso se comentaba en el barrio. Se decía que se llamaba Sanz, si acaso. Recordaba muy bien que la mujer era una estirada, que iba por ahí con aires de marquesa, tan solo porque, mientras su marido había estado por el norte, habían podido ahorrar algo con el complemento por peligrosidad y, por lo visto, el padre de ella había sido oficial. Pues, si se enterase de lo que hacía su marido a sus espaldas, ¡menuda se iba a poner!

Al principio intentó pasar desapercibida, para que el otro no supiera que andaba por allí, pero siempre estuvo atenta a sus visitas. Cuando estaba en la sala, procuraba situarse en algún lugar cercano, a sus espaldas, para que no la viera, pero intentando enterarse de lo que hablaba. Luego preguntaba a la chica con la que había subido para tratar de averiguar de qué había hablado. Por lo visto, le habían asignado la zona e iba a pasar un buen tiempo allí. Se las daba de duro por haber sido destinado por el norte y presumía mucho de ello con las compañeras. Acabó convirtiéndose en asiduo.

Poco a poco, ella se fue acercando, y una noche se cruzó por delante para ver si la reconocía. Nada. Otro día se unió al grupo en el que Sanz y otros tres guardias estaban charlando con algunas de las chicas antes de subir a las habitaciones. Tampoco dio señales de ningún tipo.

El caso es que, con el tiempo, le empezaron a entrar ganas de que, un día, la escogiera a ella, a ver si, en la intimidad del cuarto, daba alguna muestra de saber con quién estaba.

Y un día, por casualidad, ella estaba cerca de la puerta cuando el otro entró en el local. Bueno, no fue gran casualidad, ya que casi se había aprendido sus horarios. Lo saludó con dos besos y él fue directo al grano:

—¿Tú y yo, por qué nunca hemos estado juntos?

—Tú sabrás; yo a tu disposición, ya tengo ganas de conocerte de cerca.

—Pues es que no lo entiendo, porque todo el mundo habla maravillas de ti.

—Pues decídete, hombre.

Se fueron al cuarto sin ni siquiera tomar las copas previas. Una desilusión tras haber presumiendo de duro, de un misionero ramplón y

rapidito, y sin ningún signo de reconocimiento. Mientras estaban juntos, ella solo disfrutó de imaginarse la cara que pondrían su madre o la "Marquesa de Sanz" si se enterasen.

Cuando bajaron a la sala, él se quedó tomando algo con Charo, haciendo tiempo, pues sus compañeros aún no habían terminado. Cabe reconocer que estuvo elegante y la invitó a pedir una copa, pero ella no quiso, ya que se le había pasado el morbo.

Pero, cuando el otro iba a abandonar el local, no pudo evitarlo y, colocándose cerca de la puerta, justo cuando ya iba a salir, le dijo:

—Ah, da recuerdos.

A lo que el otro, confuso, respondió:

—Claro, claro.

Pero con una cara que indicaba claramente que estaba en la inopia.

7. - A BENEFICIO DEL SEÑOR COMETA

No había cosa en el mundo que más le gustase a Serafín Cometa que el aplauso del público; era algo que lo volvía tarumba. Pero esos últimos días, aunque estuviera bajo la carpa, en medio de la pista central, sonriendo como el tonto del pueblo mientras daba de comer a las palomas, cogido de la mano de su mujer, que estaba tan resplandeciente como él, lo carcomían los demonios. Y era así porque sabía que, en cuanto se cambiaran, su mujer iba a salir disparada a encontrarse con "el otro".

Su mujer no era otra que "la Tremendita", quien en su día se había convertido en la vedete principal de "El Molino", el cabaré más famoso de Barcelona, para luego transformarse en una de las musas del destape. Y claro, nadie entendió que se hiciera, primero novia y luego esposa, de un trapecista de circo. Por muy bueno que fuera —uno de los mejores a nivel mundial— y además el principal empresario del mundo circense del país. Fue empezar a salir con "la Tremendita" e, ipso facto, convertirse en la envidia de todos los machos carpetovetónicos de Celtiberia. Y los dos, en una de las parejas con más glamur y más buscadas por la prensa del corazón.

Desde que empezó a salir con una mujer que tenía ese cuerpo, esa fama y ese pasado, tuvo claro que siempre habría alrededor un montón de moscones. Eso lo había tenido presente desde el principio, y más aún cuando le propuso que se casaran. Pero lo que no esperaba de ninguna manera era que se interesara por ella el hombre más poderoso del Estado. Y menos aún que ella le siguiera el juego. Al principio tragó, para no parecer un celoso retrógrado —que uno no puede ir con los celos a flor de piel cuando está con una mujer que ha salido desnuda en las principales revistas eróticas que brotaron como setas durante el proceso de apertura y democratización—. Pero cuando la cosa empezó a ponerse seria y los encuentros eran más asiduos, cuando la relación entre la cabaretera y "el estadista" ya estaba en boca de todos —aunque evidentemente las revistas del colorín no se atrevieran a decir nada, que por mucho que hubiera llegado la democracia, en este país el que manda, manda, y los demás a sus órdenes—, entonces sí que empezó a lanzar a su mujer más de una indirecta y alguna que otra directa, hasta que ella, un día, le respondió:

—Confía en mí, Serafín. Ya verás cómo, arrimándonos a este, nos va a ir bien. ¿Tú no has oído eso de que "a quien buen árbol se arrima, buena sombra le cobija"? Pues ahora este es el árbol al que hay que arrimarse. Tú hazme caso. ¿O qué quieres? ¿Vivir toda tu vida en una caravana? No, no, de eso nada. Con esto pasamos de la caravana a un chalé en Somosaguas. Ya verás.

Y él callaba, callaba y aceptaba porque, en el fondo, sabía que su mujer —por muy artista y muy sofisticada que fuera— no dejaba de tener la sabiduría del pueblo del que había salido. Y que tenía razón. Que mucha democracia, mucha democracia, pero en este país, el que está en el machito es quien tiene la sartén por el mango. Así había sido siempre, y así iba a seguir siendo, por los reyes de los reyes, amén.

Pero esa noche, ya de madrugada, cuando "la Tremendita" volvió de su encuentro con "el poderoso" —que a esas horas estaba claro que no venía precisamente de jugar al ajedrez—, él ya no pudo aguantarse más y le preguntó directamente cuándo iba a llegar el momento de empezar a rentabilizar la relación. Que él, aunque fuera trapecista, no dejaba de ser empresario —de circo, sí, pero empresario al fin y al cabo—, y esa palabra, rentabilizar, se la sabía; que se la había oído muchas veces a su contable.

Josefa —que así se llamaba en realidad la artista del despelote— sonrió de forma ladina y le dijo:

—Sí, tienes razón. Ya ha llegado el momento. Disculpa, te lo tenía que haber contado.

Se acercó hasta la cómoda y abrió el cajón donde guardaba su ropa interior.

—Mira —dijo, mientras le tendía una bolsa de terciopelo que contenía algo no mayor que un paquete de cigarrillos.

Él abrió la bolsa y sacó de dentro un objeto como de plástico gris.

—¿Y esto? ¿Esto qué es?

—Una cámara de fotos. Último grito en tecnología, de las mejores del mercado.

—¿Y...? ¿Para qué es?

—Coño, Serafín, ¿te voy a tener que explicar todo? Pues si es una cámara de fotos, será para hacer fotos, digo yo.

Al trapecista debió de encendérsele alguna bombilla en el cerebro, porque, inmediatamente, también se le iluminó una gran sonrisa.

—No me jodas... ¿de verdad que vas a hacerle chantaje?

—En primer lugar, nada de "vas"; vamos, que para eso somos marido y mujer. Que de ti no me olvido ni un solo instante cuando estoy con ese zángano. Que, si le aguanto, es por los dos y por el futuro nuestro y de nuestros hijos. Y, en segundo lugar, nada de chantaje. Es solo un

seguro, un plan B. De momento, vamos a grabar los encuentros y luego ya veremos qué pasa.

A Serafín se le quedó cara de desconcierto, indicando claramente que alguna explicación más sí que iba a necesitar.

—¿Y entonces?

—Mira, ahora quedamos siempre en un chalé que le ha dejado uno de los lameculos que tiene permanentemente alrededor. Un marqués, o un conde, qué sé yo. Uno de esos cretinos que se creen alguien por tener un título nobiliario, pero que están más secos que la mojama y se dedican a hacerle la pelota, siempre bailando a su alrededor y complaciéndole en todos sus caprichos, a ver si así pillan algún pelotazo. La casa está en Boadilla. Como ya hemos ido varias veces, los del Servicio Secreto se han confiado, y cuando llegamos hacen solo las comprobaciones mínimas. Vamos a empezar a hacer fotos de los encuentros, por si acaso. Yo lo que voy a hacer es pedirle que me coloque en la tele, de presentadora en algún programa, que ahí es donde se gana pasta. Luego es como un círculo vicioso: al salir en la tele te haces famosa, entonces te empiezan a llamar para hacer publicidad, te contratan para eventos, los buitres de la prensa del corazón te empiezan a pagar por salir en exclusivas en sus revistas —en lugar de acosarte y sacarte gratis, como hasta ahora—. Ya verás, ya. De aquí a unos años: forrados.

—Coño, sí que lo tienes todo pensado. ¿Y yo qué pinto en todo eso?

—Coño, Serafín, alguien tendrá que hacer las fotos, ¿no? ¿O quieres que lo haga yo todo? Tú, como eres chiquitín, estás en buena forma y tienes mucha flexibilidad, te metes en el armario del cuarto, le habremos hecho un pequeño agujero a la puerta... y listo.

—Pero para eso vamos a necesitar las llaves de la casa.

—Ains... qué paciencia tengo. Ya es hora de que empieces a confiar un poquito más en mí.

Y mientras hablaba, se acercó al bolso que había dejado sobre un sillón calzador, y de dentro sacó un manojo de llaves.

—¿Tú qué te crees que es esto?

—Joder, joder... que esto va en serio. Oye, ¿y los del Servicio de Seguridad no revisan antes la casa a fondo, para comprobar que no haya nadie?

—Eso lo hicieron los primeros días. Comprobaban todos los rincones: dentro de los armarios, debajo de la cama, detrás de los muebles, los

baños... Pero ya se han relajado, y ahora se limitan a dar una vuelta rápida y listo.

—De puta madre. Pero lo de las fotos... solo si no sale lo de la tele, ¿no?

—Eso es. Tú tranquilo.

—¿Y tú crees que te va a colocar ahí? ¡Si habrá tortas para eso!

—Yo creo que me coloca seguro. Cada día está más coladito por mí. Si supieras las tonterías que me dice y las que tengo que aguantar... ¡Está de un baboso! Y el país entero cada día está más colado por él, así que, sin problemas. Además, los políticos —los de un lado y los del otro— se dan tortas por hacer lo que les pide. No veas cómo se arrastran.

—De puta madre. —Y, con una expresión de felicidad, se frotó las manos como si estuviera junto a una hoguera en una noche heladora.

—Otra pregunta, Pepa... ¿Y tú crees que vamos a sacar mucha tajada?

—Más de lo que te puedas imaginar. No tienes ni idea. Tú no sabes lo que maneja ese tipo. Claro que se lo van poniendo a huevo.

—Pepita... ¿y qué vamos a hacer con tanto? ¿Has pensado también en eso?

—Pues claro. Está el circo, que tú sabes bien los gastos que tiene. La casa de Somosaguas, que quiero que nos compremos. Y si voy a ser famosa a niveles estratosféricos, pues tendremos que tener otra en Marbella, para el verano y para las fiestas de la jet. Y eso no va a ser más que el principio. Vamos a sacar muchísimo más.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos con el resto?

—Tú tranquilo, que en eso también nos va a ayudar el inútil ese. Que, por lo que sé, tiene un ejército de gente que va y viene de Andorra y de Suiza colocando lo que saca de sus tejemanejes. Pues ya que hacen el viaje, que se lleven también nuestra parte y asunto resuelto. Que es lo mínimo que puede hacer por mí, después de todo lo que tengo que aguantarle.

—¡Qué lista eres, Pepa! —Y se quedó dormido, feliz y relajado como un angelito.

A los dos días de aquella charla, la actriz y el mandamás tenían agendado un encuentro. Serafín llegó con un par de horas de antelación a la dirección de Boadilla. Él se esperaba una urbanización de clase alta, con unos casoplones de caerte de espaldas, rodeados de jardines

en los que perderse, pero nada de eso: no era más que un conjunto de chalés adosados, a los que se accedía directamente desde la calle.

"Qué poca discreción", pensó. "Aquí los vecinos se van a dar cuenta enseguida del tomate... A ver si algún listillo se nos adelanta".

Pero enseguida le invadió la duda de si se habría equivocado de dirección. Con todas las urbanizaciones que estaban surgiendo como setas en los pueblos de alrededor de Madrid —todas prácticamente iguales—, perderse era lo más fácil del mundo.

Aparcó el coche al final de la calle, para que no llamara demasiado la atención. Subió los cuatro escalones que daban acceso a la puerta y comprobó, aliviado, que la copia de las llaves encajaba sin problemas en la cerradura. Abrió y, sin detenerse a curiosear cómo era la casa ni cómo estaba decorada, subió directamente a la primera planta y enseguida localizó el dormitorio principal.

Un armario empotrado de varias puertas ocupaba toda la pared del fondo. Uno de los compartimentos, destinado a los abrigos o trajes de noche, iba desde el suelo hasta el techo, sin baldas ni cajones, así que ahí podría quedarse sin demasiadas incomodidades. Sacó un berbiquí que llevaba consigo y practicó un agujero en la puerta de contrachapado. Si uno se fijaba, se notaba, claro, pero si no se sabía que estaba ahí, pasaba perfectamente desapercibido.

Se metió en el interior y comprobó que, desde dentro, podía abrir y cerrar la puerta sin problemas y que tenía espacio suficiente para manipular la cámara. Podría fotografiar prácticamente todo lo que ocurriera en el dormitorio: los únicos puntos ciegos eran las dos esquinas de la pared donde estaba el armario, pero la cama y la puerta del baño se veían perfectamente. Iba a sacar unos primeros planos que ya quisiera Interviú.

Salió y se puso a esperar. Estuvo a punto de echarse un cigarrito, pero justo cuando iba a encenderlo se dio cuenta de que el olor podía delatarle. Entonces pensó en darse una vuelta por la casa para curiosear un poco, pero tuvo miedo de que llegaran los escoltas y lo pillaran. Sabía la hora de la cita, pero no con cuánta antelación vendrían los de seguridad para comprobar que todo estuviera en orden, así que prefirió no arriesgarse. Lo único que hizo fue lo que le pareció menos peligroso en ese momento.

Sacó una bolsita de plástico transparente que llevaba en el bolsillo, con unos polvos blancos. Echó un montoncito sobre la mesilla de noche, y con la tarjeta de crédito formó un par de rayas. Se metió unos tiritos. Eso lo tranquilizaría y nadie lo notaría. Se chupó el dedo índice y, con la yema humedecida, recogió los restos de los pocos granos que habían

quedado sobre la superficie de la mesilla. Se volvió a lamer el dedo y listo: ni rastro. Luego se puso a esperar, dando vueltas por el dormitorio como hacían los osos de su circo en la jaula.

Cuando faltaban apenas cinco minutos para la hora fijada, oyó cómo se abría la puerta de entrada. Corriendo, se metió dentro del armario. Podía oír cómo los pasos de dos hombres recorrían las habitaciones por separado. Cuando uno comprobaba una estancia, gritaba para que el otro le oyera: "Cocina limpia", "Salón limpio", "Despensa limpia"... y así una tras otra.

Oyó pasos subiendo la escalera y acercándose a donde él se encontraba. La puerta se abrió y alguien entró. Se moría de miedo, pero la curiosidad pudo más, y recordó el agujero que había hecho en la puerta. Acercó el ojo para ver qué podía observar. Un tipo enorme, vestido con un traje elegante que parecía a punto de reventar por las costuras, estaba en el umbral de la habitación.

—Dormitorio principal limpio —gritó con un vozarrón acorde con su corpulencia y, sin hacer más comprobaciones, se dio la vuelta y se marchó.

Sintió cómo el alivio le recorría todo el cuerpo.

Poco después, pudo escuchar risas, grititos y pasos que volvían a subir por la escalera. La voz aguda era la de su mujer, la que le salía cuando se ponía en plan calentorro. La otra voz era de un varón, profunda y, hasta en esos momentos, arrastrada, lenta, como si le costara hablar; como si, desde el momento en que se le ocurría una frase hasta que esta llegaba a su boca, pasara una eternidad.

Enseguida llegaron al cuarto. Él, mirando por el agujerito, pudo ver, en vivo y en directo, cómo se desnudaban mutuamente. Bueno, lo de desnudarse era un decir, porque en realidad se estaban arrancando la ropa el uno al otro mientras se metían mano de forma salvaje y se besaban de una manera que hasta a él le resultaba obscena.

Su primera reacción fue salir del armario y liarse a hostias con aquel garañón, pero se contuvo. No lo hizo pensando en el negocio que se traía entre manos con la Tremendita, ni porque el otro fuera la persona más poderosa del país, ni porque en la planta baja hubiera dos guardaespaldas que, si se le ocurría atacar al señorito, le iban a dar más que una estera. Lo hizo porque, siendo realistas, el otro abultaba cinco veces lo que él. Y Finito Cometa había aprendido bien en el patio del colegio que uno no se mete con los que son más grandes que uno. Mejor estarse quietecito.

Así que ahí se quedó, dentro del armario, mirando por el agujerito y con la sangre hirviéndole. No reconocía a su mujer. Estaba desatada, haciendo cosas que a él le tenía prohibidas. "Eso una señora no lo hace", le decía cada vez que se las pedía. ¡Joder con la señora! Menuda marrana. Ni en los burdeles más cutres de Murcia había visto él algo así. Aquello era tan fuerte que hasta se olvidó de que estaba observando a su propia esposa y se puso cachondo. En un momento dado, notó que tenía una erección, y claro, no la iba a desaprovechar. Se desabotonó el pantalón y empezó a masturbarse como si fuera un macaco olisqueando a la hembra en la distancia. Incluso llegó a gemir, pero ni se le pasó por la cabeza que los otros dos pudieran oírle. Tampoco era probable, porque en gemidos, la parejita iba bien servida.

Cuando terminó con lo suyo, siguió ensimismado mirando el espectáculo. Y no fue hasta bastante rato después que recordó para qué estaba allí: para captar cómo su mujer le era infiel con aquel espécimen de mandril de Sumatra en celo. Fue solo entonces cuando se puso a fotografiar y, aunque los otros llevaban ya un buen rato con el “dale que te pego”, aún le dio tiempo a obtener un buen y amplio reportaje. Era tan explícito que habría sido rechazado por impúdico hasta en una de esas revistas eróticas que, por aquel entonces, se vendían en todos los quioscos del país.

Cuando llegó al circo y entró en la caravana, su mujer ya estaba maquillada y vestida con el traje de lentejuelas para la función de esa tarde.

—¿Qué? ¿Lo tienes?

—Sí, sí, aquí está todo —respondió, señalando la microcámara, sin aclarar que el "todo" era solo la parte final. Pero bueno, eso era lo de menos, porque había material suficiente y lo bastante explícito.

—Genial. Ya te dije que estaba chupao. Anda, vístete, que ya queda poco para que empiece la función.

A los pocos días, todas las revistas del cotilleo del país llevaban en portada que a la Tremendita le habían ofrecido un pedazo de contrato para un programa en directo en televisión. Los viernes, y en horario de máxima audiencia. Y por un pastón, claro. Serafín, Finito, quiso saber más detalles, pero Pepa no fue demasiado explícita.

—¿Así, sin más?

—Sin más. Ya te dije que iba a ser coser y cantar. Que por mucho que ahora a todo el mundo se le llene la boca con la democracia, éste silba y todos se ponen firmes a cumplir sus deseos.

—Pero… ¿cómo fue?

—Nada especial. Le dije que quería salir en la tele y él me respondió que no era tan fácil, que estar delante de una cámara tenía su intríngulis. Eso dijo el muy tontaina: intríngulis. ¡Anda que la palabrita…!

—¿Y?

—Pues nada, le dije que yo sabía de sobra que delante de una cámara quedaba divina. Que ya lo había demostrado con creces.

—¿Y?

—Pues que, al igual que tú ahora, el muy imbécil ni se coscaba de por dónde iba la cosa. Que yo no sé si todos los hombres sois tontos o si todos los tontainas me tocan a mí. Así que le tuve que enseñar la copia de las imágenes.

—¿Y se cabreó mucho? Imagino que te amenazaría. ¿Tú qué hiciste?

—¡Qué va, qué va! Primero se descojonó. Me dijo algo así como: "¡Hay que ver cómo eres, Tremendita! Si es que te mereces el mote." Así, con el vozarrón ese que tiene. Y luego, no te lo vas a creer: se puso cachondo. Sí será memo, que se masturbó allí mismo. Prefirió hacerse una paja que follarme, ¡teniéndome delante! Y se llevó las copias. Para los días en que no pudiera verme en persona, dijo.

El primer programa fue todo un éxito, con una audiencia tremenda, haciendo honor al sobrenombre de la presentadora. Después, aunque el programa era bastante zafio, las cifras se mantuvieron considerablemente altas. Claro que hay que tener en cuenta que en esa época en el país solo existía una televisión: la de siempre.

El dinero empezó a entrar a raudales, de forma constante y fluida. Todos los meses, *tacatá*, sin falta. Y, tal y como Pepa había previsto muy bien, empezaron a llover los contratos de publicidad, las exclusivas para revistas y hasta propuestas para rodar unas cuantas películas, en teoría muy intelectuales —que para eso el país también se estaba modernizando—, pero en las que, a cada momento y por motivos puramente artísticos, claro está, la Tremendita aparecía en ropa interior, en bikini, o enseñando los pechos o el culo. Un desnudo integral no, que eso una señora no lo hacía, y porque la Tremenda daba largas para que subiera el caché.

Pero, al igual que los ingresos se incrementaron exponencialmente, los gastos también lo hicieron, y en mucha mayor proporción. Lo primero

fue la casa en una urbanización de lujo a las afueras de Madrid, donde vivía toda la gente importante: artistas, empresarios y exministros de Franco. Luego vino el chalé en Marbella, que eso no podía faltar si uno quería ser alguien en las revistas del corazón. Los gastos en cocaína, partidas de póker y casino también crecieron de forma escandalosa: en las tres cosas gastaban sin medida ni freno.

Pero nada de eso fue lo más grave. La Tremenda convenció a Finito para construir un circo estable en un descampado cercano a la M-30. Que eso de ir recorriendo España durante meses en caravana, como que no; que eso ya no encajaba con su nuevo estatus. Compraron un terreno a un precio que a ellos les pareció una ganga, pero que en realidad era tres veces más caro que su valor de mercado. Y el valor era aparentemente tan bajo porque el solar, a pesar de estar cerca de la capital, aún estaba clasificado como suelo rústico. Tuvieron que gastarse una fortuna en "engrasar" a un montón de políticos para que la recalificación fuera posible. En eso, los viejos hábitos de la dictadura, con la llegada de la democracia, no solo no habían desaparecido, sino que se habían consolidado y sufrido una inflación descomunal. O, como decían los propios políticos beneficiarios, "los procedimientos se han modernizado, que buena falta hacía".

Pero eso fue solo el comienzo. Lo peor vino después, al tratar con arquitectos y constructores. La obra parecía no avanzar nunca, mientras que los costes de materiales y mano de obra sí que lo hacían… y bien rápido. Encima, había huelgas un día sí y otro también. Que esos malditos rojos —según la Tremenda, eso eran todos los obreros de la construcción— no sentían la más mínima consideración por una artista que tanto se sacrificaba por la patria.

La Tremendita se había convertido en una mina de oro, pero por cada pepita que ganaba, surgía una nueva deuda. Eso sí, ahora veraneaban en Marbella, se codeaban con la jet-set, y cada dos por tres salía fotografiada en fiestas de mucho postín, rodeada de marquesas, duquesas y lechuguinas a gogó.

Un día, después de hablar con su contable, a Serafín Cometa le quedó claro que necesitaban aumentar los ingresos de forma considerable. Y, acordándose de lo fácil que había sido hacer que funcionara el Plan A, se le ocurrió la brillante idea de poner en marcha el Plan B. Eso sí, sin contárselo a su mujer, porque si ella se enteraba, seguro que encontraba una nueva forma de fundirse los nuevos ingresos.

Así que, ni corto ni perezoso, escribió una carta anónima al Garañón Supremo, amenazándolo con hacer públicas las fotos en las que aparecía acompañado de la ahora famosa presentadora de televisión si no ingresaba una suculenta suma de dinero en una cuenta suiza.

Lo que el señor Cometa no tuvo en cuenta fue que, tras ese soberano semental, no estaban solo los dos gorilas trajeados y encorbatados que habían revisado con tanta desidia la seguridad de aquella casa en Boadilla. Detrás del máximo responsable del Estado había toda una organización con gente muy bien entrenada y dispuesta a todo.

El caso es que, unos días después de enviar aquel anónimo, el famoso trapecista Serafín Cometa —el más prestigioso en su especialidad a nivel mundial— sufrió un trágico accidente durante la práctica de su profesión. En honor al artista circense, hay que decir que el suceso no fue fallo suyo —que por algo era el mejor—, sino que uno de los extremos del trapecio en el que debía aterrizar, tras varias piruetas y tirabuzones en el aire, cedió, provocando que aquel fuera el último vuelo del señor Cometa.

Un artista de su renombre no podía actuar con red. Así que, claro, allí quedó, en la arena de su circo aún ambulante, convertido en una bosta más de las que el espectáculo de elefantes que lo había precedido había dejado en la pista principal y que aún no había dado tiempo de recoger.

El suceso conmocionó al país. La capilla ardiente se instaló bajo la carpa del circo y atrajo colas interminables de una multitud que, más por morbo que por devoción, quería ver por última vez a aquel trapecista que había logrado enamorar a toda una musa sexual… y, de paso, a ver si había suerte y, además del cadáver, conseguían ver a tremenda mujer. No tuvieron suerte. Por motivos obvios, el ataúd permaneció cerrado, sin mostrar los restos hechos papilla del que había sido la cometa más rutilante del cielo. Y la Tremendita tampoco visitó aquel circo ambulante convertido en capilla ardiente durante las horas en que estuvo abierta al público. Eso sí, en la intimidad, miles de fotos llorando, vestida con elegantísimos y carísimos trajes de luto.

Con el fallecimiento de su esposo, lo primero que pensó la Pepa fue en deshacerse del circo, desvincularse totalmente de ese mundo y centrarse en su carrera como presentadora de televisión, miembro morboso de la jet-set y mito erótico del país. Y, a ser posible, deshacerse también del poderoso semental que, una vez colocada y famosa, ya no necesitaba para nada. Estaba cansada de él y pensaba que, si lo dejaba, no iban a despedirla de la tele con lo conocida que se había vuelto, mucho más aún tras la caída de Cometa.

Pero tras la primera reunión con el contable, se dio cuenta de que aquello no iba a ser tan fácil. Las inmensas deudas y el estado a medio construir del circo estable hacían que la empresa resultara muy poco atractiva para posibles inversores. Entonces se acordó del seguro de vida de su marido. Con lo que le dieran, después de un accidente tan

trágico, y poniendo ella algo más, seguro que podría enterrar, además de a su esposo, su vínculo con el mundo circense.

Pero tampoco fue posible. Al parecer, el inspector de la aseguradora alegó que el trapecio había sido manipulado, pues había encontrado en uno de los cables cortes limpios, realizados con algún tipo de herramienta. Si hubiese sido un accidente, la ruptura habría sido abrupta e irregular, no recta, lo que correspondía a una acción premeditada. Se planteó demandar a la compañía, pero el Servicio Secreto declaró confidencial el informe del perito, así que esa vía tampoco era factible. Los rumores sobre todo aquel extraño asunto llegaron a las redacciones de muchas revistas, pero al tratarse de materia reservada, tampoco pudieron publicar nada, como les recordaron mediante llamadas anónimas desde la Agencia de Seguridad del país.

La Tremendita estaba desesperada. Después de todo lo que había sacrificado, y cuando por fin se veía libre y millonaria gracias a aquel fatídico accidente, resulta que seguía igual de atrapada que antes, y encima con un montón de deudas que no sabía cómo quitarse de encima. Pero hojeando los amplios reportajes con fotos a todo color del entierro de su marido que salían en todas las revistas, se dio cuenta de que muchas de esas mismas publicaciones, casi cada semana, incluían amplias noticias sobre distintos eventos benéficos que organizaban sus nuevas colegas de la jet. Que si una cena a beneficio de unos huerfanitos, que si un concierto por los damnificados de unas inundaciones... y ahí fue cuando se le ocurrió la solución.

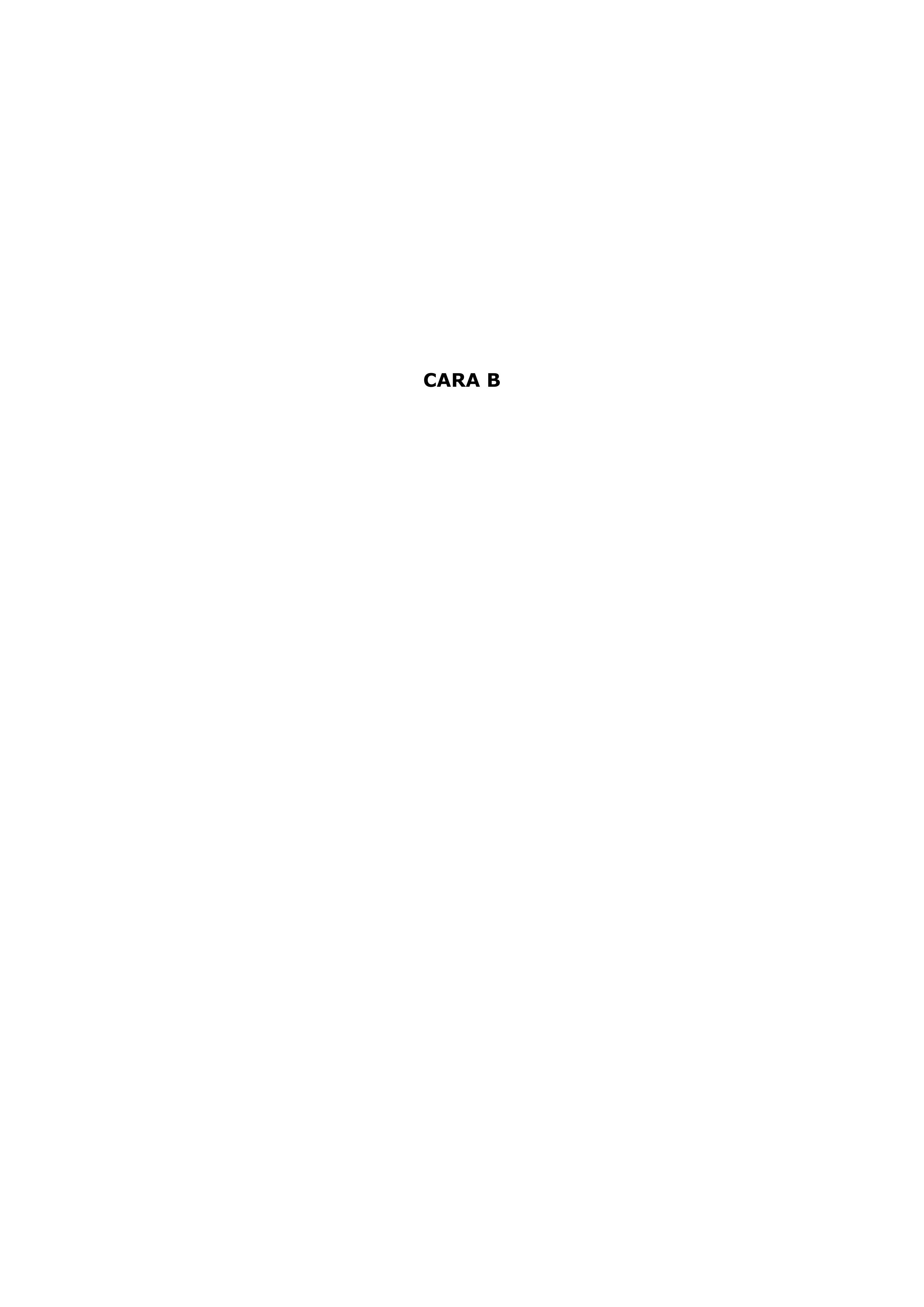
El espectáculo fue grandioso, y los mejores artistas circenses del mundo accedieron a participar de forma gratuita. Todo lo que hiciera falta, a beneficio del señor Cometa. Desde el Reino Unido vinieron los hermanos Henderson, dos funambulistas capaces de bailar, cantar, hacer malabarismos y prácticamente cualquier cosa sobre un cable a dos metros del suelo. También participó Pablo Fanque, un payaso suizo de origen venezolano, tan famoso que había sido nombrado Embajador de la Infancia por UNICEF. Y eso solo por citar un par de ejemplos, porque la lista era interminable.

Quien no participó, evidentemente, fue la Tremendita. Ese día a ella le tocaba estar en el palco, presidiendo tremendo evento benéfico. Y lo hizo de forma magistral, a medio camino entre viuda doliente, artista rutilante, mujer agradecida y conmovida, y, casi casi, primera dama del país. A su derecha, presidiendo también un acto de tal relevancia, él: el máximo responsable del país, que eso era lo mínimo que podía hacer por ella. Ese día fueron casi una pareja real. En los extremos del palco, dos hombres musculados, enormes como armarios empotrados,

vestidos con trajes elegantes que parecían a punto de estallar por las costuras, y con gafas ahumadas que impedían ver la expresión de sus rostros. Lo único visible era la boca que, si uno se fijaba bien, mostraba una sonrisa entre el sarcasmo y el placer.

Para decepción del Gran Estadista, el máximo responsable operativo del Servicio Secreto, Nacho Nieto, requisó las copias de las imágenes que le habían enviado con sus ejercicios gimnásticos junto a la ya famosa presentadora de televisión. Alegó motivos de seguridad. En la soledad de su despacho, las miraba una y otra vez. La versión no oficial que circulaba dentro de la Agencia de Seguridad era que lo hacía para detectar qué podía haber fallado y así corregir posibles errores en el futuro. Pero el caso es que esos ejercicios de visualización siempre los realizaba en solitario y, al terminar, mostraba una sonrisa sin rastro de sarcasmo y con mucho de placer.

Lo que nadie le requisó al Gran Garañón fueron las primeras imágenes que la Tremendita le había proporcionado al poner en marcha el Plan A, aquel en el que solicitaba un programa en la tele. Él también las contemplaba en la soledad de su despacho y, cada vez que lo hacía, era para él un motivo de orgullo y satisfacción.



CARA B

1. - DENTRO DE TI, FUERA DE TI

La primera vez que el Robert, “el Pinchos”, oyó hablar de la enfermedad fue en casa del Marcelo. El Robert había comenzado a comprarle hace años, cuando el otro era aún un mindundi que trapicheaba al por menor. Se lo presentó el Luiso y, desde entonces, si podía y el mono no le apremiaba, le compraba siempre a él. Bueno, lo de "a él" era un decir, porque el Marcelo se había convertido en uno de los tipos más poderosos y peligrosos del mundillo de las drogas de la ciudad, y a quien realmente le compraba desde hacía tiempo era a un mandado, a un mierdecilla de camello que trapicheaba solo para el consumo, pero que el jaco venía del Marcelo, eso lo sabían hasta las monjitas que iban al barrio a hacer sus obras de caridad.

Ahora iba a meterse siempre solo, que el Luiso y el Cigüeño hacía tiempo que la habían palmado por un mal viaje de esos que se dan de vez en cuando. Había rumores de que había sido cosa del Marcelo, que les había pasado caballo de pura raza por haberle hecho alguna putada en algún negocio. A él eso ni le iba ni le venía, podía ser que los otros se hubieran pasado con la dosis, que siempre habían sido unos ansias, y delante de un buen pico perdían la cabeza. Él, por si acaso, nunca hacía negocios directamente con el Marcelo, que eso de mezclar el placer con el trabajo siempre acababa chungo.

La prueba de que el Marcelo era todo un emprendedor, y del porqué había llegado a lo más alto, era lo que había montado allí en la barriada. Una especie de club social, un chabolo con sofás, sillones y camastros que además tenía un radiocasete para poner música, y una estufa catalítica para que no se murieran de frío en invierno, y a la que, en cuanto se le acababa el gas, el vigilante del garito enseguida cambiaba la bombona. Que aquellos sofás y colchones hubieran sido cogidos de la basura y estuvieran desvencijados, con el relleno al aire y llenos de todo tipo de bichos, eso era lo de menos. Que las pulgas le llenaran de picotazos y le chuparan la sangre, él ni se daba cuenta, bastantes picotazos llevaba ya en el cuerpo para ponerse melindroso con los de los bichos. Que el radiocasete hubiese sido robado de un coche, ¿a él qué más le daba?, lo importante era que era un aparato de puta madre que se escuchaba de cojones. Como no lo habían sacado de su coche, a él la procedencia se la pelaba. En esos días, ¿quién no había reventado alguna vez la ventanilla de algún buga para quedarse con el loro? Si el dueño lo dejaba puesto, se lo merecía por gilipollas. Y lo más de puta madre era lo de la estufa, que eso de poder meterse calentito era un lujazo, y si al final del viaje te entraba la modorra y te echabas un sueñecito, nadie te iba a decir nada. Así que todo era fetén: tú te podías meter tranquilito, sin miedo a que ni la pasma ni los fachas vinieran a joderte, no tenías que buscarte un sitio para dormir en un

parque o en un portal, y el Marcelo tenía una clientela fija y fiel que le duraba vivita y coleando más que la media.

Ese día, cuando el Pinchos escuchó hablar de aquella enfermedad nueva, era de mañana. Cuando llegó, solo había en el local un colgao que, vete tú a saber por qué, en vez de musiquita, había puesto la radio con las noticias. Puede ser que fuera por la hora, o que el vigilante del Marcelo hubiese puesto la radio para oír el informativo y el otro, al llegar y con las ganas de meterse, ni se molestara en sintonizar una cadena musical o en poner una cinta. Él tampoco se tomó la molestia, se fue directo a un sillón orejero de skay rojo que había en una esquina, su favorito cuando no quería dormirse, y allá empezó a prepararse el chute. Se estaba anudando la goma en el brazo cuando empezaron las noticias del mediodía. Ese día, en vez de hablar de política, como hacían siempre, se pusieron a hablar de un actor de Hollywood. Por lo visto, el tipo había pillado una enfermedad nueva superchunga, mortal de necesidad. Lo más gracioso es que el tipo, que estaba de toma pan y moja, mazas que no veas, y que tenía a todas las gachís loquitas por él y podía tener a la piba que se le antojara, resultaba que era maricón, y que había pillado la enfermedad precisamente por eso, por ser maricón. Parece ser que se la pasaban unos a otros al darse por el culo. Bueno, la radio lo dijo con otras palabras, pero al Pinchos le quedó claro que era por eso. Por lo que contaban, la nueva enfermedad venía de unos simios de África y había pasado al hombre cuando uno de esos degenerados se lo había montado con uno de esos monos. El Robert se descojonaba: había que estar muy desesperado para hacer que un orangután te diera por el culo. Que se jodieran, con la manía que les tenía a todos los maricones. Si ahora venía una enfermedad que se los llevaba por delante precisamente por eso, por ser bujarras, que no se quejaran, y a ver si así aprendían a dejar de darse por culo unos a otros como si fueran monos, nunca mejor dicho.

Octavio se enteró de la existencia de la enfermedad más o menos por esas fechas, pero de una forma totalmente distinta. Octavio era de mediana edad, culto, sensible, soltero, homosexual y promiscuo. No tenía pareja fija precisamente por eso, porque le gustaba demasiado el sexo. También le gustaba tener pareja, amar y sentirse amado, despertarse cada día con la misma persona a su lado, alguien a quien apoyar y que le apoyase, con quien hacer planes a medio y largo plazo; no solo de dónde ir a pasar el próximo puente, si a la playa a disfrutar de unos días al sol, comiendo paella y dando paseos al borde del mar, o a la montaña, disfrutando del aire fresco, comiendo potajes y haciendo senderismo. Lo había intentado y siempre salía mal, por su culpa y sus ansias. Era incapaz de ser fiel a sus parejas, siempre

acababa engañándolas y ellos siempre acababan pillándole, y la cosa siempre terminaba en drama, y él lo pasaba fatal. Lo pasaba mal por el sentimiento de culpa que le invadía, pero también por la pérdida del otro, que, aunque fuera por culpa suya, la fase del desamor le dolía, y mucho. Por eso estaba pasando por una etapa de soltería premeditada y de una promiscuidad también buscada. Había decidido tener todo el sexo que pudiera, hasta hartarse, y, una vez que acabara harto, entonces tal vez sí podría alcanzar la deseada estabilidad. Y como vivía solo y era guapo, educado, elegante, y tenía un estilazo de caerse de espaldas, pues lo de tener todo el sexo que quisiera le estaba resultando increíblemente fácil.

Un día, en uno de los locales que solía frecuentar, se ligó a un ejecutivo valenciano. Bien vestido, algo prepotente y maleducado, ni guapo ni feo, de mediana edad como él, casado, que no se había quitado ni la alianza, y con un par de hijos. No es que le atrajera demasiado, pero al público habitual del local ya se lo tenía trillado y a este se le notaba demasiado que andaba de paso, el típico profesional en viaje de trabajo que aprovecha la oportunidad para echar una cana al aire y desfogarse. Y, típico de Octavio, en cuanto le echó el ojo, aunque el otro no fuera gran cosa, ya no podía volver a casa sin conquistarlo. Y lo cierto es que le resultó sumamente fácil. Es lo que pasa con las aves pasajeras, que solo tienen un par de noches como mucho y no las quieren desaprovechar. Para hacer honor a la verdad, Octavio fue el que dio el primer paso y se acercó al visitante a ofrecerle una copa. El otro aceptó encantado, comprobando en primera persona que lo que se decía de la vida nocturna de la capital era aún mejor en la realidad. Era la primera vez que la empresa le mandaba a unas reuniones fuera de Valencia y se había documentado un poco, preguntado a amigos de toda confianza y a algún ligue ocasional que él sabía que de vez en cuando venían a la gran ciudad en busca de aventuras, pero que tan solo a los diez minutos de entrar en el local ya estuviera triunfando, le pareció como de película. Por eso enseguida tomó la iniciativa, empezó a rozar la mano de Octavio cuando la alargaba para coger la copa y dar un trago, y, como Octavio se dejaba hacer, pasó a agarrarle esa misma mano y hacer manitas como si fuesen dos adolescentes, para enseguida abrazarlo por la cintura.

Así que no dio tiempo ni a que se terminaran la primera copa, y enseguida Octavio propuso que se fueran a su apartamento, que vivía ahí al lado. Se fueron caminando, abrazándose y comiéndose mutuamente la boca cada dos pasos y, así, tardaron en llegar su buena media hora, cuando no estaban a más de diez minutos.

Una vez allí empezaron a desnudarse mutuamente como posesos, pero en cuanto el otro le quitó la camisa, se quedó parado en seco, mirándole de una forma rara, y le preguntó a bocajarro:

—Oye, ¿tú no tendrás la enfermedad?

—¿Qué enfermedad? ¿De qué hablas? Te aseguro que estoy sanísimo.

—¿Seguro? La enfermedad esa de la que ahora habla todo el mundo, la del actor ese de Hollywood. El SIDA, creo que se llama.

—¡Qué va, qué va! Tú tranquilo, que yo no he estado en California en mi vida.

—¿Y ese sarpullido?

—¿Qué sarpullido?

—Ese que tienes en la piel, en la tetilla izquierda, al lado del sobaco.

Octavio se miró, y era cierto que en la parte superior de la mama izquierda había un sarpullido que él juraría que no tenía esa mañana cuando se había duchado. Al menos, no se había dado cuenta.

—No sé, será una reacción alérgica.

—¿Una reacción alérgica? ¿A qué?

—No sé, ni idea... Mira, hoy he comido en el japonés del Wellington. No sé si has ido, es espectacular, te lo recomiendo. El caso es que he comido muchas cosas que nunca había probado, como el wasabi. A lo mejor es una reacción alérgica al wasabi, que ya sabes que es muy fuerte.

—No sé, no sé... Dicen que es muy contagiosa y mortal de necesidad. Mira, muchas gracias por todo, pero yo casi prefiero irme.

—Hombre, no seas así. ¡Con lo bien que íbamos! ¡Por un sarpullido de nada!

—Un sarpullido de nada, pero es que al bichito no se le ve, y la enfermedad es realmente jodida, y los sarpullidos son uno de los síntomas.

—Bueno, pero seguro que tiene más síntomas. ¿Qué otros síntomas tiene?

—No sé, ahora mismo no me acuerdo, pero lo de los sarpullidos en la piel, ese seguro, que eso se me quedó grabado.

—Mira, si quieres, y así te quedas más tranquilo, haz una inspección por todo el cuerpo y verás que está todo en orden.

—No, lo que recomiendan es el uso de condón. Si quieres que sigamos, mejor con condón, por si acaso.

—Pues no sé si tengo... Espera, que busco.

Octavio estaba casi seguro de que no tenía, pero se puso a buscar por el piso para hacer el paripé, a ver si así, mientras buscaba, se le ocurría alguna cosa que pudiera convencer al otro.

—Pues ahora no encuentro. Es que hacía mucho que no ligaba y, claro... —puso como excusa, cuando lo cierto es que el valenciano era el tercero de esa semana y aún estaba a jueves—. ¿Tú no llevarás alguno en la cartera?

—¿Yo? ¡Cómo voy a llevar! Si me los encuentra mi mujer, me mata.

Entonces Octavio se acordó de su última pareja y miró en el cajón de la mesilla de noche de la izquierda, la que usaba su ex, y allí, afortunadamente, había una caja. Sólo quedaban tres, pero para esa noche serían suficientes. Rezando porque estuvieran en buen estado, Octavio se los alargó al levantino con una sonrisa de satisfacción. Abrieron el primero y, aparentemente, estaba en condiciones de uso: la goma no estaba pasada, no había ningún agujero, y hasta mantenía la pequeña película lubricante que traía de fábrica.

Así que, una vez solventado el problema del preservativo, continuaron con lo que estaban haciendo. Al valenciano se le olvidó totalmente la posible enfermedad y se entregó sin condiciones, como siglos antes lo había hecho su ciudad natal al Cid Campeador. Así que, finalmente, la gomita quedó fuera de su envoltorio, pero sin usar.

El Robert llevaba unos días sintiéndose raro. Se encontraba siempre cansado, aunque se pasase los días tirado en los cartones en un rincón de la Red de San Luis que se había agenciado. Tenía fiebre y diarrea, que ya de por sí es bastante malo. Para los que viven en la calle, tener que buscar cada dos por tres un sitio discreto donde poder cagar era un coñazo. Pero lo peor de todo eran unos bultos que le habían salido en las axilas y en las ingles. Una cosa rara de cojones, que le tenía muy preocupado.

Así que un día, camino de lo del Marcelo, se paró en el puesto de información que tenían montado los del programa de la metadona. Había allí un par de enfermeras protegidas por un par de pitufos, para que la gente del Marcelo no las echara a hostias, como hicieron las primeras veces que intentaron montar el chiringuito, hasta que les pusieron protección. Ahora los dos mundos convivían sin molestarse:

en primer lugar, por los guripas, pero sobre todo porque los camellos habían comprobado que el proyecto municipal para intentar sacar a los yonquis del mundillo de la droga apenas les quitaba clientela.

Eran sólo dos enfermeras, pero algo podrían decirle sobre lo que le pasaba y darle alguna recomendación. Vamos, más que él seguro que sabían.

Y vaya si sabían. Vamos, que en cuanto les contó los síntomas y les enseñó los bultos, lo tuvieron claro.

—Robert, te vamos a dar un volante para que te acerques al hospital y te hagan unas pruebas. Hazlo lo antes posible.

—Joder, ¿tan grave es?

—Nosotras no somos médicas, no podemos diagnosticar. Allí te dirán.

—Pero por el careto que habéis puesto, algo os oléis. Coño, decidme qué es, que me estáis dejando mosqueado.

—Es algo serio, más no te podemos decir. Pero vete al hospital lo antes posible. Ahora mismo, mejor que mañana. Ah, y ni se te ocurra compartir jeringuilla. Eso se ha acabado. Para ti y para todos. Díselo a todos tus colegas. Es algo muy importante, Robert.

El Robert fue al hospital, pero primero se pasó por "el club social" del Marcelo, que por muy grave que fuera la cosa, porque fuera un poco más tarde y no inmediatamente no iba a pasar nada, tampoco se iba a morir esa misma tarde. Donde el Marcelo se estaba calentito. Ese día tenían puesta una cinta de Los Chunguitos. ¡Cómo molaban Los Chunguitos! Hablaban de cosas que se entendían. Compró su dosis habitual y usó una jeringuilla que había por allí, a disposición del personal, porque él en ese momento no tenía otra cosa y, total, ¿qué le iba a pasar por meterse en la vena un trozo de aguja metálica? Peor eran lo de las chinches y las pulgas, y de eso no habían dicho nada las supuestas enfermeras.

Vamos, si cada uno iba a tener que ir cargando con su propia jeringuilla, apañados estábamos. ¿Dónde se había visto eso? ¿A dónde íbamos a llegar con tanta modernidad y tanta gilipollez? La jeringuilla se compartía de toda la vida. Así había sido desde que el Robert había comenzado a meterse, y no veía motivos para tener que cambiar esa costumbre. Menudo coñazo si no.

Octavio se quedó mosca con lo de la enfermedad que le había comentado su conquista levantina. El sarpullido no sólo no desaparecía,

sino que le iban saliendo nuevos, y lo del japonés y la alergia no se lo creía ni él, que se lo había inventado sobre la marcha para que el otro no se le escapara, que aquel día había comido el menú del día en el bar de abajo de la oficina. Además, a medida que pasaba el tiempo, se iba encontrando peor. No sabía muy bien definir lo que le pasaba; era como un gripazo, pero diferente.

Empezó a prestar atención a las noticias que daban los informativos sobre la nueva enfermedad y se dio cuenta de que, efectivamente, se trataba de algo serio. Así que, a los tres días, se fue a la consulta de un médico privado que cubría su seguro. Le conocía desde hacía tiempo y tenía mucha confianza con él.

Le contó al doctor sus preocupaciones y cómo se sentía, y el médico le pidió que se quitara la camisa para hacerle una exploración. Aunque no iba en ayunas, ante los temores de Octavio, le extrajo sangre en ese mismo momento para mandarla a analizar. El resultado llegó a los tres días. Cuando lo llamaron por teléfono desde la consulta para darle una nueva cita y comunicarle los resultados de la analítica, no quisieron adelantarle nada, ni siquiera si eran buenos o malos, o si todo estaba dentro de la normalidad. Ahí ya se puso en lo peor.

Después, en el gabinete, el médico ni se atrevió a decírselo directamente: se limitó a darle la hoja con los resultados. Ahí no se decía claramente, la palabra SIDA no se mencionaba de forma explícita, lo que aparecía en su lugar eran las siglas VIH, pero dentro de la complejidad ininteligible de la jerga médica, la cosa estaba clara. Si estuviera sano o tuviera una enfermedad de las de toda la vida, no se habrían andado tanto por las ramas.

Octavio sintió una profunda tristeza, sintió miedo, mucho miedo, sintió una preocupación inmensa, pero lo que sintió con más fuerza fue rabia. Una rabia tremenda que lo llenaba por completo. ¿Por qué él? ¿Qué había hecho él de malo? Sí, le gustaba el sexo y era promiscuo, ¿y qué? ¿Qué tenía eso de malo? Era su cuerpo y su vida, ¿es que no tenía derecho a disfrutarla? Con todo lo que había sufrido en su infancia y adolescencia por su homosexualidad, y de adulto, cuando por fin había conseguido librarse de ese yugo y llevar la vida que él había elegido, ¿ahora esto? Parecía una maldita plaga bíblica. Y encima a él, que era una buena persona, que no hacía mal a nadie, ni con su orientación sexual ni con nada, es más, que ayudaba en todo lo que podía a quien se lo pedía.

Y lo que más rabia le daba era que no hubiera podido hacer nada por evitarlo. Nadie los había prevenido, la enfermedad era desconocida. ¿Desconocida? Vamos, hombre, seguro que alguien había tenido noticias de ella hace ya algún tiempo y podía haber lanzado algún

aviso. Que, si no llega a ser por el actor famoso, se seguiría sin hablar de ella, y los homosexuales seguirían contagiándose unos a otros alegremente. Total, ¿qué eran ellos para la sociedad? Una panda de maricones que no le importaban a nadie, y que para muchos no eran más que unos degenerados. Así había sido siempre y así iba a seguir siendo. Ah, pero no, eso no iba a quedar así. Él no se iba a resignar. Se acabaría muriendo, pero no iba a cargar con eso él solito.

Al Robert, cuando le dieron el diagnóstico, le costó entenderlo. En el hospital le dieron una charla de la que no entendió nada, así que se volvió a pasar por donde la metadona para que las enfermeras se lo aclararan. Y las enfermeras le dijeron lo mismo que el médico del hospital, pero de una forma muy clarita. Sí, tenía esa nueva enfermedad, ese SIDA del que tanto se hablaba ahora, la de los maricones. Resulta que no era sólo de maricones, que también afectaba mucho a los drogadictos porque se transmitía por los fluidos corporales. Resulta que esos eran los líquidos que tenemos en el cuerpo, no sólo la lefa, sino también la sangre.

Por eso era importante no compartir jeringuilla y usar preservativo, porque —según las enfermeras— cada vez que se pinchaba y luego otro usaba la misma jeringuilla, o cada vez que echaba un polvo sin condón, transmitía la enfermedad al otro.

Sobre si se iba a morir, las enfermeras respondieron con un discurso del que no había forma de aclararse: que si investigación en nuevas medicinas, ensayos clínicos para descubrir vacunas, y mucha mierda como esa que no iba a ningún lado. Así que Robert, que no era muy listo, pero tampoco tan tonto, y aunque tuviera las neuronas hechas papilla de tanto cabalgar a lomos de los mejores jacos, lo tuvo claro: sí, la iba a palmar.

Al principio se quedó bloqueado, pero cuando asimiló la noticia, se cogió un cabreo de mucho cuidado. Empezó a blasfemar e insultar a los maricones de mierda y a arremeter contra el poco material que había en el puesto de la metadona. Los pitufos tuvieron que intervenir y lo echaron de allí con cajas destempladas. Mientras se iba, las enfermeras no dejaban de gritarle que, por Dios, no compartiera jeringuilla y que usara siempre preservativo. Pero vamos, que por él eso no iba a quedar así. Se iban a enterar esos putos bujarras.

En los locales de siempre, a Octavio cada vez lo miraban de una forma más rara. Se había corrido la voz de su enfermedad y la fraternidad homosexual había desaparecido de golpe. Las miradas habían pasado

del miedo al desprecio, y del desprecio casi al odio. Iba a tener que cambiar de ambiente antes de que la cosa se volviese imposible y ocurriera algún incidente violento.

Al poco de entrar ya estaba pensando en irse. Total, ¿para qué quedarse? Pero justo cuando se iba a marchar, vio al fondo del local a un desconocido, y para allá que se fue, que no estaba el mercado como para ir desperdiciando oportunidades. Lo cierto es que el otro no pegaba en ese ambiente ni con cola: tenía un aspecto zafio que tiraba de espaldas y no cabía duda de que se trataba de un yonqui, pero bueno, no estaba del todo mal. Delgado hasta lo imposible y con unas greñas desmadejadas, no dejaba de tener un aire a lo Mick Jagger. Lo peor era lo de ir mal afeitado y los dientes que le faltaban, que eso le daba una grima que se moría. Quién se lo iba a decir a él, que se había ligado a los tipos más elegantes de Madrid, Barcelona y Málaga.

Bueno, si quería vengarse y compartir el bichito, habría que hacer de tripas corazón; si se ponía exquisito, no iba a ir a ningún lado. Pero a este no se lo llevaba a casa ni loco. Sólo le faltaba que más tarde, cuando al otro lo diagnosticaran, hilara cabos y volviera a pedirle explicaciones. Y aun sin la enfermedad, a semejante colgado no se lo llevaba a casa ni loco: era una apuesta segura de que le desvalijaran el piso. Con semejante elemento, tocaba ir a un hotel.

Octavio se despertó a mitad de la noche; el otro dormía roncando como un desaforado. Se vistió sin hacer el menor ruido y se fue caminando hacia su apartamento. Mientras andaba, no se sintió especialmente bien; todo lo contrario. El frío nocturno y el silencio de la ciudad a esas horas hicieron que se sintiera vacío.

Cuando el Robert se despertó, el otro ya se había marchado. De puta madre: así no tenía que verle el jepeto otra vez ni volver a darle charla. Total, como el otro había pagado la habitación cuando llegaron al hotel, por él, como si se había suicidado. Y lo mejor de todo es que el desayuno estaba incluido. A ponerse las botas en el bufé del hotel y así no tenía que pensar en comer en el resto del día.

Antes de bajar al comedor, se dio una buena ducha, que ya llevaba varios días sin probar el agua caliente. En la habitación había unos albornoces que pesaban lo suyo de lo gordos que eran, pero no tenía forma de disimularlos y pasarlos por la entrada, que había ido con lo puesto y no tenía ni el macuto del ejército que solía llevar consigo. En el comedor sí que se hizo un par de bocatas con los panecillos, quesos y embutidos que había. Los camareros lo miraron raro, pero ni uno solo de ellos tuvo cojones de llamarle la atención.

Cuando salió a la calle, se sentía eufórico. No solo le había pasado el bicho a un bujarrón, sino que encima había dormido a cuerpo de rey, había desayunado por tres, y para colmo se llevaba un par de bocatas. Y lo mejor de todo es que la experiencia hasta le había gustado. Esa misma noche volvía al garito ese. Decididamente, estos maricones eran gilipollas.

2. - CUANDO TENGA SESENTA Y CUATRO AÑOS

Rogelio apenas durmió aquella noche y se levantó aún mucho más temprano de lo que era habitual en él. Aunque siempre era muy sigiloso, y Consuelo, su mujer, ya estaba acostumbrada a sus madrugones, ella ese día se medio espabiló cuando su marido salió de la cama. Posiblemente tampoco habría conciliado muy bien el sueño con todas las vueltas que él había estado dando durante toda la noche, que ni un niño pequeño en la noche de Reyes.

—¿Dónde vas tan temprano?

—¿A dónde voy a ir? Desayuno y salgo pitando para el trabajo, que hoy quiero llegar pronto para comprobar que todo está en orden.

—Pero qué angustias eres, si no es hasta la hora de la comida.

—Sí, pero todo tiene que estar perfecto, recuerda que va a ir hasta el propio don José María.

Su mujer se dio la vuelta para intentar seguir durmiendo, y él se encaminó refunfuñando hasta la cocina. ¿Qué sabría ella? Mira que había intentado explicárselo durante las semanas previas, pero ella no quería entenderlo. Aún no comprendía que lo poco o mucho que tenían en esta vida se lo debían a don José María, y don José María había confirmado su asistencia, así que, en este último día suyo en la empresa, él no podía fallarle.

Cuando llegó a la sede central, las puertas aún estaban cerradas. Miró por los cristales ahumados para ver si lograba ver a los de seguridad y que le abrieran, aunque fuera antes de tiempo. Algún beneficio debía de tener llevar en la compañía desde su fundación, hacía más de veinte años allá en Jerez, cuando estos descerebrados con uniforme y porra ni podían imaginar la que se estaba liando. Pero no consiguió ver a ninguno. Golpeó el cristal con la llave del portal de su casa, a ver si así, con ese soniquete metálico, llamaba la atención de alguno, pero ni con esas. Seguro que estaban todos metidos en despachos y salas de reuniones echándose un sueñecito. Tenía que acordarse de quejarse antes de irse. Aunque los servicios de seguridad los prestara una de las subsidiarias del grupo, eso no significaba que no debieran ser de primera calidad.

Miró el reloj y aún quedaban más de 45 minutos para que fuera oficialmente la hora de apertura del edificio, así que cruzó la Castellana y se fue a dar un paseo por los Jardines del Descubrimiento, a ver si así se relajaba. Se sentó en uno de los bancos y se encendió un cigarrillo mirando las dos torres que su patrón había construido en pleno centro de Madrid. Se acordó de la originalidad que había tenido

al empezar la construcción por el último piso, como queriendo llevar la contraria a los que decían que no se podía empezar la casa por el tejado. Pero no era una extravagancia, no, de eso nada. Era un mensaje alto y claro de que él y su grupo empresarial podían lograr todo aquello que se propusieran. Que los que lo consideraban tan solo un simple bodeguero andaluz, un meapilas a más no poder que había triunfado solo por el apoyo del régimen, estaban equivocados. Muy equivocados.

Y empezó a acordarse de la primera sede del grupo, en el paseo de la Alameda, y de cuando don José María en persona le pidió que fuera su chófer, y de cuando más tarde le contó, en un viaje a Sevilla, que iban a mudar la sede a Madrid. Ni le preguntó si él se quería mudar, eso era algo impepinable: si las oficinas centrales del grupo y don José María se iban a Madrid, él se iba con ellos. No había otra. Y más tarde, cuando don José María le pidió que pasara a ser su hombre de confianza para hacer los encargos más delicados y dejara el volante de una vez por todas, porque eso de estar todo el santo día en el atasco o en la carretera no era vida.

Y, entre recuerdo y recuerdo, se dio cuenta de que ya se había fumado medio paquete y que mejor sería comprar otro, que el día iba a ser muy largo. Ya eran las ocho menos veinte, o sea, que tan solo quedaban cinco minutos para que abrieran las puertas de la sede, en la torre de la derecha, la que daba a la Castellana. Así que se levantó y se dirigió con paso ligero hacia el semáforo con Serrano, que al otro lado había un quiosco que vendía tabaco.

Llegó justo a y cuarenta y seis. Un minuto de retraso, pero bueno, eso no era nada. La puerta continuaba cerrada. Empezó a mirar a través del cristal ahumado y seguía sin verse a nadie. ¿Sería posible? Si estaba dicho que se abría a menos cuarto, pues se abría a menos cuarto. Lo importante no eran esos pocos minutos que podían pasar, lo que estaba en juego era el buen nombre y el prestigio de seriedad de la empresa.

Comenzó a golpear otra vez con el llavero, ahora de forma más fuerte e insistente. Ya tenía todo el derecho del mundo. Al poco apareció el vigilante, con andar apresurado y como abrochándose el pantalón. ¿Sería posible tamaña desfachatez? ¿Y si fuera un ministro el que estuviera llamando a la puerta? ¡A dónde habíamos ido a parar!

El de seguridad era un hombre bajito y bastante enclenque. El traje le venía grande y le daba un aspecto desgarbado. Llevaba el pelo largo y grasiento y, para colmo, estaba mal afeitado, con una barba como de un par de días. Ángel se llamaba. No, si ya lo tenía calado a ese petimetre. Por fin le abrió la puerta. Cuando pasó a su lado, el otro

comentó bajito, pero lo suficientemente alto como para que Rogelio lo oyera:

—¿Dónde irá este con tanta prisa? Ni que hubiera un incendio.

A punto estuvo de darse la vuelta y decirle un par de verdades a ese tontaina, pero se contuvo. ¿Para qué? No merecía la pena. No iba a permitir que ese imbécil le estropeara uno de los días más importantes de su vida.

Cuando llegó al último piso, a la planta noble, aún estaba todo a oscuras, así que encendió todas las luces para que, cuando fuera llegando el resto del personal, la encontraran ya convenientemente iluminada. Se dirigió a su despacho, que era una pequeña habitación al fondo, a la derecha de la antesala de las secretarias. No tenía ninguna ventana y estaba al lado de los cuartos de baño, por eso los otros conserjes se metían con él diciéndole que ese cuarto estaba destinado a guardar escobas y fregonas. ¿Qué sabrían ellos? Lo que tenían era una envidia que se los comía, porque él era el único, entre todo el personal administrativo, conserjes y secretarias, que tenía despacho propio. Bueno, él y doña Alicia, claro, que para algo era la jefa de secretarias y la secretaria personal de don José María: no se podía acceder a él sin pasar primero por ella.

Dejó la bufanda y el abrigo en el perchero que había en la pared del fondo, se sentó en su silla de oficina y contempló la mesa. Estaba limpia, impoluta. La cesta donde le dejaban las órdenes de entrada estaba vacía, ya que él mismo se había encargado de que no quedara ningún asunto pendiente después de su jubilación. En una de las esquinas, a la izquierda, había un teléfono. A punto estuvo de descolgar para llamar a los proveedores a los que había encargado la comida, pero a esa hora no iba a encontrar a nadie.

Casi todo lo había pedido a empresas del grupo, faltaría más: pedir cosas a la competencia era impensable. El vino, de una de las bodegas de la casa, que para eso era el ramo con el que habían empezado. Los aperitivos y embutidos, a otra de las empresas de don José María, que había sido la primera línea de negocio con la que comenzaron la expansión. Los dulces y pasteles del postre, de otra de las subsidiarias, que eso no podía faltar. En lo único en lo que había sido infiel era con el plato principal, que lo había encargado en un restaurante vasco cercano.

Doña Alicia le había dicho que no se complicara la vida, que si pedía un plato de cuchillo y tenedor iba a ser mucho follón, que mejor todo el menú fuera a base de quesos, jamones y medias noches, y así la gente podía estar de pie todo el rato y entrar y salir según lo necesitaran.

Pero ni hablar. Él no podía irse dándole a don José María un simple aperitivo. Además, seguro que los chismosos iban a salir con el cuento de que era para ahorrar, y lo iban a llamar tacaño para arriba. De eso, nada: tenía que haber un plato principal. Y para un plato contundente, algo vasco: chuletón o kokotxas de merluza, a elegir. Total, iba a ser en la sala de juntas y ahí, el que quisiera, se podía sentar. Claro que eso había provocado que el número de invitados fuera muy reducido, pero eso a él le daba igual.

En esas estaba cuando oyó pasos y voces que se acercaban desde el ascensor. Al poco tiempo, don José María cruzó la antesala acompañado de don Cosme, el director financiero. Los dos iban hablando acaloradamente y, con paso rápido y sin decir ni buenos días, se dirigieron hacia la sala de reuniones de la Junta Directiva. ¡Qué raro! Algo grave debía de estar pasando. Don José María era muy madrugador, ¡pero no tanto!, y además, que llegara antes que doña Alicia era algo realmente excepcional. Que él recordara, algo así no había pasado nunca.

No había terminado de tener ese pensamiento cuando escuchó los pasos enérgicos de la jefa de secretarias, andando aceleradamente, y dirigiéndose a la mesa desde la que ejercía su trabajo, negando o concediendo el acceso al gran jefe.

A los pocos minutos, solos o en pequeños grupos, comenzaron a llegar los miembros de la Junta Directiva, todos apresurados. Algunos se limitaban a dar los buenos días, otros ni eso. Las puertas de la sala de juntas permanecieron cerradas, pero, aun así, sin poder distinguir lo que decían, se escuchaban voces acaloradas discutiendo, seguidas luego por largos silencios. No pudiendo resistir la extrañeza y la curiosidad, se acercó a doña Alicia y le preguntó:

—Buenos días, doña Alicia, ¿está todo bien? ¿Ocurre algo?

A lo que ella, con una cara de funeral que daba más miedo que pena, respondió:

—Ahora no, Rogelio, ahora no.

Así que volvió a su cuartito/despacho y, sin tener realmente nada que hacer, se puso a esperar a que la mañana fuera avanzando y a que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no le estropeara su gran día, que definitivamente no había empezado como él esperaba. Aunque, aun así, lo más importante seguía siendo la empresa y lo que don José María pudiera necesitar. Así que ahí se quedó, en su puesto, al pie del cañón hasta el último momento, por si había algo en lo que pudiera ayudar.

Las diez era la hora de apertura, tanto de la empresa de aperitivos como del restaurante, así que ya podía llamar sin ningún problema. Empezó por la primera, que, además de encargarse de los embutidos, el queso y las medias noches, al ser también del grupo, se iba a encargar del vino y de los postres. Al enterarse de que era para una persona que trabajaba tan estrechamente con el presidente y fundador del holding, se mostraron de lo más colaboradores. De hecho, cuando les dio la dirección de entrega, se quedaron bloqueados y rápidamente se ofrecieron a dar el servicio de forma gratuita. Pero él se negó rotundamente, vaya que si se negó. Nunca se había aprovechado lo más mínimo de su posición de privilegio en la empresa, como para empezar a hacerlo ahora. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

A la primera llamada, aunque dejó que el tono del teléfono sonara más de diez veces, no atendió nadie. Pues sí que empezamos bien. En el segundo intento, cuando iba ya por el octavo tono y estaba a punto de colgar, alguien atendió con el aliento entrecortado. Que sí, que no se preocupara, que todo estaba anotado y preparado. Que sí, que a la una en punto estarían allí. Que, sin ningún problema, estaban prácticamente al lado, en la calle Goya, y que, aunque a esa hora aún no había tráfico, saldrían con tiempo de sobra para que don José María no tuviera que esperar.

En el restaurante sí que respondieron enseguida y a la primera llamada. Claro que, con lo que había tardado en la primera gestión, ya pasaban más de veinte minutos de la hora. Allí fueron mucho menos corteses, incluso algo groseros, pero le aseguraron que llegarían a las dos en punto sin falta. A él le daba igual que la gente lo considerase un pesado y lo tratase con descortesía, incluso con falta de educación. Trabajar para un gran hombre era lo que tenía, y él estaba acostumbrado a que la gente no se diera cuenta de que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para que todo saliera bien, aunque eso implicase ser repetitivo.

Cuando colgó después de la segunda llamada, se dio cuenta de que la reunión en la sala de juntas seguía, y que, por las voces amortiguadas que llegaban hasta él, el ambiente parecía continuar tenso. ¡Qué cosa tan rara! Sin duda, estaba ocurriendo algo extraño. Se levantó y se acercó al despacho de doña Alicia, no fuera a ser que hubiese algo que necesitasen de él y, concentrado en sus propios asuntos, no se hubiese dado cuenta. Vaya por Dios, ¡a ver si iba a estropear una carrera impecable en el último momento!

—Buenos días, doña Alicia, ¿hay algo que necesiten de mí?

Ella, con un semblante de una seriedad y preocupación como él no había visto nunca, casi sin mirarlo le repitió:

—Ahora no, Rogelio, ahora no.

Volvió a su despachito y se sentó a ver pasar el tiempo. Pero lo que no pasaba era nada. El cónclave de los directores seguía a puerta cerrada, y doña Alicia permanecía en su mesa de cancerbera con una expresión como si estuvieran operando a su padre a vida o muerte en el cuarto de al lado. De vez en cuando la llamaban desde dentro pidiéndole documentos que debían necesitar; ella los buscaba inmediatamente y los entregaba con premura, sin detenerse a comentar nada, sin gastar ni una broma, ni mostrar la más mínima cortesía.

A mediodía empezó a preocuparse seriamente. Los directores seguían encerrados y ni siquiera pararon para rezar el Ángelus, cosa que don José María hacía todos los días religiosamente. Un día, incluso en una cita en Zarzuela, detuvo una reunión con el Rey para hacerlo. A lo que el monarca comentó: "Qué cachondo el bodeguero este, y eso que se dedica a vender vino". Comentario al que don José María no replicó, pero que luego, en el coche, cuando estaban los dos a solas, no pudo evitar soltar una perla:

—Estos Borbones no cambiarán nunca, siempre interesados sólo en el sexo y el dinero; la religión les importa un comino. Ya se han olvidado de que este país fue fundado por las mismísimas y santísimas majestades católicas. Espero que haya aprendido que algunos aún tenemos valores cristianos. Claro que, como estos en realidad descienden de esos cochinos de los franceses...

Pero lo peor de todo es que justo después del Ángelus era la hora que él tenía prevista para empezar a colocar todo en la sala: cubiertos, platos, vasos…

A la una y media le iba a dar un síncope, así que, a riesgo de resultar inconveniente, se volvió a acercar a la mesa de doña Alicia.

—Doña Alicia, disculpe, ¿usted cree que les queda mucho?

Ella, con muy malos modos, le respondió:

—No lo sé, Rogelio, no lo sé. Queda lo que tenga que quedar.

—Ya… Es que, si no empiezo con lo mío, no voy a llegar, y luego habrá retrasos.

La jefa de secretarias levantó la vista y, mirándolo por encima de las gafas, le preguntó medio pasmada:

—¿Lo tuyo? ¿Pero qué es lo tuyo? ¿De qué estás hablando, Rogelio?

—De mi jubilación, ¿se ha olvidado de que es hoy? Usted y don José María me confirmaron su presenc…

No pudo continuar porque ella lo interrumpió con un chillido:

—¡Pero bueno, Rogelio! ¿Tú crees que estamos para jubilaciones?

—Pero… ¿qué es lo que pasa?

—¡Joder, Rogelio! ¿Tú en qué mundo vives? ¿No te has enterado de que nos van a expropiar?

—¿Que nos van a qué? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Y eso es grave?

Doña Alicia levantó aún más la voz:

—¿¡Cómo que quién!? ¡El gobierno, joder, el gobierno! ¡Que nos quitan todo, que nos roban, Rogelio, que nos roban! El trabajo de toda una vida… Claro, ¿qué se puede esperar de un gobierno que no es más que un hatajo de rojos? No soportan que un católico serio y recto tenga éxito en los negocios y se lo quitan todo. Todo. Se lo quieren quedar para ellos, los muy desgraciados.

En ese momento, don Cosme abrió la puerta de la sala y dijo:

—Silencio, que lo van a anunciar.

Doña Alicia encendió la radio y pudieron escuchar al ministro de Economía informando sobre la resolución de un consejo de ministros extraordinario, que había decretado la expropiación inmediata de todo el holding empresarial. Él, debido a los tecnicismos, no entendió mucho, pero por el llanto inconsolable en el que prorrumpió doña Alicia, junto con el ambiente fúnebre que se apoderó de la sala, se dio cuenta de que, efectivamente, aquello era peor que un fallecimiento, y que, sin duda, ese día no se iba a celebrar ninguna fiesta de jubilación.

Fue como si hubiese caído una bomba atómica en la planta: se hizo el silencio más absoluto. Don Cosme volvió a entrar en la sala con un andar cansino, como si en esos breves minutos hubieran pasado más de veinte años, y cerró la puerta tras de sí. Doña Alicia comenzó a gimotear y a musitar: "Sinvergüenzas, ladrones…". Él se quedó grogui, como si le hubieran golpeado con un mazo en plena cabeza. Regresó a su cuartito andando muy despacio, pero ni siquiera era consciente de que se estaba moviendo. Al llegar, se sentó y se quedó con la mirada perdida, sin saber muy bien qué tenía que hacer.

Pasado un tiempo, se dio cuenta de que doña Alicia tenía razón: ese día allí no se iba a celebrar ningún homenaje de jubilación a nadie. Tenía que llamar a los proveedores antes de que salieran de sus respectivos sitios. Al igual que por la mañana, primero llamó a la empresa de vinos, embutidos y aperitivos del grupo. Llamó hasta tres veces y, por mucho que dejó sonar el teléfono, nadie atendió. Después

llamó al restaurante vasco. Allí sí se lo cogieron enseguida. Entendían el problema, pero a esas horas, con todo ya comprado y los platos a medio preparar, le tendrían que cobrar el importe íntegro acordado. Ni le importó ni le preocupó. ¿A él qué más le daba? Al lado de todo lo que estaba pasando, eso no era nada. Ni se le ocurrió pedir que, ya que pagaba, le llevaran la comida a casa para repartirla entre vecinos y amigos.

Se quedó hasta media tarde. A esa hora, las cosas seguían más o menos igual: los gerifaltes reunidos y enclaustrados, y doña Alicia en su sitio trabajando. Esa mujer siempre hallaba alguna tarea que hacer. Él pensó que allí ya no pintaba nada. Cogió la bufanda y el abrigo del perchero de la pared del fondo, se los puso y se fue hasta el despacho de la jefa de secretarias a despedirse.

—Adiós, doña Alicia. Yo ya me voy.

La otra ni le respondió, ni levantó la mirada. Descendió en el ascensor. En el vestíbulo del edificio los de seguridad eran distintos a los de esa mañana; ya no estaba el canijo del pelo grasiento. Un silencio propio de un claustro lo llenaba todo. Cuando salió a la calle, ese silencio quedó roto por un enjambre de periodistas que se abalanzó sobre él. Debían de estar allí para recoger impresiones de primera mano de alguien de dentro. Pero debía de tener una pinta de mindundi de tirar para atrás, porque no insistieron mucho y enseguida lo dejaron en paz.

Cuando llegó a su casa, enseguida escuchó los gritos de su mujer desde el cuarto de estar, que estaba al fondo:

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

Ni se dignó a contestar y se fue directo al cuarto a descalzarse, ponerse la ropa de andar por casa y las zapatillas. Consuelo apareció enseguida, expectante.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? Cuenta, cuenta.

A lo que él respondió a voz en grito:

—¡Pero bueno! ¿Tú te crees que hoy era día para jubilaciones?

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Joder! ¿Tú en qué mundo vives? ¿No te has enterado de que nos han expropiado? Claro, seguro que has estado todo el día viendo tu programa de cotilleo de la guarra esa de la Tremendita. ¡Que le han quitado todo, Consuelo, todo! ¡Que lo han dejado sin nada!

Todo esto lo gritaba como un poseso, algo que su mujer no recordaba haber visto nunca en él, siempre tan correcto y educado. Visto lo visto,

decidió no insistir, se dio la vuelta y se marchó a su sala a seguir viendo la tele. Mientras andaba por el pasillo, iba pensando:

—Pues sí que estamos bien con la jubilación… Si esto va a ser así todos los días, voy apañada.

3. - RITA LA AMOROSA

Tan solo llevaba puesta una camiseta interior blanca de manga larga, un pantalón de chándal gris y unas zapatillas de felpa para estar en casa. Tenía una media melena de un pelo negro muy rizado, en caracolillos, que le llegaba hasta los hombros. El contraste del cabello oscuro con unos ojos verde claro la hacía muy atractiva. A primera vista, esos ojos le daban el aspecto de ser una mujer cariñosa y apasionada, pero, al mirarlos detenidamente, si uno se fijaba bien, se daba cuenta de que, en realidad, esos ojos eran fríos como la muerte.

El piso, en una callejuela del barrio de Tetuán, era lúgubre y triste, lleno de humedad. Los muebles eran feos y baratos. Una librería de formica y un sofá de skay verde eran las piezas principales de la sala. El sofá tenía algunas quemaduras de cigarrillo y un par de desgarrones por los que asomaba la gomaespuma del relleno. Para lo que era, tampoco se podía esperar más; al fin y al cabo, se lo dejaban usar de forma gratuita una militante de extrema izquierda que simpatizaba con la causa vasca.

Ella estaba de pie, mirando por la ventana al patio interior, donde estaban los tendederos repletos de ropa y adonde también daban las cocinas de las viviendas. Por ese mismo patio salían todos los olores de lo que se cocinaba en cada uno de los pisos: repollo, fritanga, pescadilla…Olores de cocina humilde que quedaban impregnados en la ropa y que, las personas luego llevaban consigo por toda la ciudad delatando su origen modesto.

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Aitor entraba en el piso y cerraba la puerta detrás de él. Así que, cuando escuchó su voz a la espalda, se sobresaltó.

—Ah, hola. ¿Ya estás aquí? No sé por qué pensé que llegarías más tarde.

—No tenía nada que hacer allá arriba, así que preferí salir pronto para estar aquí cuando tú llegaras. Así podemos mandar el informe antes, si hiciese falta. ¿Qué? ¿Cómo lo ves?

Él era de estatura media, más bien tirando a baja, y, desde luego, menor que ella. Con un esqueleto bien formado y una complexión atlética, sin embargo, estaba más bien flaco. Tenía el pelo negro cortado muy corto, casi al rape; unos ojos también negros y penetrantes, y una mandíbula cuadrada. Su aspecto serio casi intimidaba.

—No sé, no termino de verlo claro. Es cierto que hay poca seguridad comparado con otros sitios aquí en Madrid. Se nota que, al estar en un

pueblo a las afueras, están confiados y no esperan que allí pase nada. En la fachada principal sería difícil porque la acera es ancha, no hay sitio para aparcar y hay un par de garitas con reclutas haciendo guardia en todo momento. Pero las calles laterales están poco vigiladas, tan solo alguna patrulla que pasa cada mucho tiempo, y se puede aparcar muy cerca de las paredes del edificio. Desde ese punto de vista, sería fácil.

—¿Entonces?

—No veo clara ni la vigilancia previa para planificarlo todo ni la salida.

—¿Y eso?

—La previa, por lo que te contaba. La calle de la fachada principal, aunque tiene tráfico, al ser ancha se ve bien desde las garitas de entrada, por lo que es un cante y es fácil que se acaben coscando, aunque sean reclutas sin gran preparación. Y la salida, pues parecido. Lo bueno es que está cerca de la antigua autopista, que hasta hace poco pasaba por el centro del pueblo. Lo malo es que es la única forma de salir, bueno, eso o carreteras locales, por lo que les va a ser fácil montar una operación jaula y cazarnos como conejos.

—Bueno, siempre podemos utilizar un temporizador.

—Ya, pero ya sabes los riesgos de un temporizador.

—Bueno, eso no es cosa nuestra. Nosotros informamos al Comité Central de cómo está la cosa, y ya nos dirán qué quieren que hagamos.

Y, mientras terminaba esta frase, cogió la mano de su interlocutor con cariño y, al acabar de hablar, acercó su rostro y comenzó a besarle con delicadeza, pero también con pasión. Con mucha pasión.

Después de una larga y exhaustiva primera tanda de besos, ella se apartó ligeramente y, mirándole directamente a los ojos, le susurró:

—¿Ves por qué quería llegar antes?

Nacho Nieto ya no llevaba ese tipo de casos. Hacía ya mucho tiempo que no se ocupaba de misiones de campo, que no hacía de enlace. No era el tipo de tarea que correspondía al responsable de operaciones de los servicios secretos, el número uno desde el punto de vista técnico, junto con el responsable de información. Su labor era la coordinación, la supervisión, pero no los aspectos operativos. No tenía tiempo para eso y, además, era demasiado peligroso.

Pero cuando Alfonso Pimienta, el hijo del sargento del mismo nombre, se lo pidió, no pudo resistirse. Era tan injusto lo que le había ocurrido a ese hombre, a esa familia… Bueno, en realidad, a todos los que, sin quererlo ni beberlo, se habían visto implicados en aquella charlotada. El hijo era un buen agente, muy bueno, mucho mejor que el padre, y mira que eso era difícil. Pero no podía evitar estar preocupado por él. Su situación familiar —aunque el chaval nunca lo quisiera reconocer— y su deseo interno de limpiar el nombre del padre podían llevarlo a cometer errores graves que le costasen muy caros. Y, a tenor de lo que le había informado esa tarde, era muy posible que ya hubiera cometido ese error.

Pimienta había pedido verlo porque, según él, era preciso empezar a preparar el operativo. Los planes del atentado estaban muy avanzados. La orden de actuar podía llegar en cualquier momento, incluso en el mismo envío que la carga explosiva, y eso les dejaría sin margen de maniobra. Tal como estaba planificado, no solo iba a costar muchas vidas militares, sino también muchas de civiles que no tenían relación alguna con el ejército. Gente normal y corriente: trabajadores, amas de casa, y posiblemente muchos niños. Esos canallas iban a atentar en una zona de mucho tránsito, a la hora de salida de un par de colegios cercanos, para así dificultar la puesta en marcha de la operación jaula. La deriva enloquecida de esos malnacidos iba a más; hasta que no consiguieran cargarse la democracia y provocar otra guerra civil, no iban a parar.

Menos mal que el ejército estaba aguantando de manera ejemplar. Bueno, había algunos exaltados que, en los cuartos de banderas y en las cantinas de los cuarteles, se llenaban la boca con bravatas, pero en general, a juicio de Nieto, el compromiso del ejército con el país estaba siendo el que tenía que ser.

Montar el operativo, impedir el atentado y detener al comando no era lo que más le preocupaba. La información que les estaba pasando el hijo de Pimienta era oro de veinticuatro quilates, venía de primera mano, y eso les permitiría preparar la operación sin el más mínimo error. Lo que realmente le inquietaba era el tiempo que faltaba hasta que llegara ese momento... y, sobre todo, el método que Pimienta había utilizado para obtener esa información. ¡Nada menos que liarse con Rita "la Amorosa", la jefa del comando!

Pimienta le había argumentado que, de haberla rechazado, el problema habría podido ser aún mayor. Y razón no le faltaba. Además, no era la primera vez que la tal Rita —una de las terroristas más sanguinarias que se podían imaginar y que, precisamente por eso, había llegado hasta donde había llegado, a pesar de ser mujer— se liaba con algún

miembro del comando. De ahí su apodo. Pero era mala suerte que justo se hubiera encaprichado de Pimienta. Él tendría que haberse dado cuenta antes y no permitir que las cosas llegaran tan lejos.

Cuando se quedó sola, Rita se sumergió por completo en sus pensamientos. Llevaba de nuevo la camiseta interior de manga larga y el pantalón gris. Era ropa cómoda y, en caso necesario, con echarse el chambergo por encima podía salir rápido a la calle sin llamar demasiado la atención. Estaba sentada en el espantoso sofá desfondado, con una taza de café en las manos, aunque lo cierto es que el café era lo de menos. Ni siquiera lo saboreaba al beberlo. Podía haber sido té o agua, que le habría dado igual. Su mente daba vueltas, una y otra vez, a la misma idea.

En realidad, llevaba tiempo dándole vueltas, pero desde que salió de Donostia lo hacía con mucha más intensidad. Había algo que no terminaba de cuadrarle, algo que le hacía sentirse incómoda. Y eso, antes de una acción tan importante como la que iban a ejecutar, no era nada bueno.

Es cierto que Aitor llevaba ya bastante tiempo en la organización, y también que había sido ella quien dio el primer paso para enredarse con él. Pero, aun así... Que las referencias de su infancia fueran tan difusas ya era motivo de desconfianza. ¡Qué conveniente que se hubiera criado en un pueblecito perdido de Alemania, donde no había nadie que pudiera poner la mano en el fuego por él! Hablaba de contactos con la organización hermana de la Baader-Meinhof, de haber estado en círculos simpatizantes, pero todo sonaba vago, impreciso.

Su acento en euskera estaba muy logrado, pero, en el fondo, seguía teniendo un deje a maqueto. Había que prestar mucha atención, pero ahí estaba. Es cierto que haber crecido fuera del entorno vasco podía justificar cierto matiz al hablar, pero ese no era el problema. El problema era que hablaba demasiado bien... pero con ese soniquete a españolazo.

Además, había lagunas en su historial desde que empezó a operar con ellos en Madrid. Había momentos en los que ella no sabía con certeza dónde había estado. Él siempre tenía alguna excusa vaga: que si los atascos, que si se había perdido, que si tomaba precauciones para evitar ser seguido. Nada concreto, pero todo eso, sumado, la incomodaba.

Podía consultar con la dirección, pero ya le habían dejado claro, al informarle que Aitor sería el responsable de logística e información del comando, que era alguien de total confianza, que se habían hecho

todas las comprobaciones necesarias. También podía cancelar la operación por su cuenta y riesgo. Para eso tenía galones… y cojones. Se abriría un procedimiento interno, sí, una investigación, pero eso no le preocupaba.

Que se hubiera liado con un miembro del comando, pese a las instrucciones expresas, no tenía demasiada importancia. Era el pan nuestro de cada día. No iban a salir a ligar por ahí: sería mucho más peligroso. Y tampoco iban a estar a pan y agua; reprimir el deseo era peor, aumentaba la tensión. ¿Que se había liado justo con el sospechoso? Bueno, podía justificarlo: lo hizo para disipar dudas... o para confirmar sospechas.

Y si no compartía esas sospechas con la dirección, sería aún peor. Podrían acusarla de encubrir a su amante. Alguien lo haría. Seguro que Iñaki, que llevaba tiempo poniéndola a parir y soltando por ahí que era una puta, una facilona. Aún no había superado que lo mandara a tomar por culo después de lo de la cafetería de Durango. ¿Qué se creía ese imbécil? ¿Que se casaría con él de blanco, tendría hijos, y lo esperaría en casa con la cena después de colocar bombas o pegar tiros?

Hay que joderse con los revolucionarios de boquilla, que luego tienen el planteamiento más burgués en cuestiones de pareja. Muchos no soportaban que una mujer pudiera hacer el trabajo tan bien o incluso mejor que ellos. Y todavía había quienes pensaban que, en la organización, las mujeres estaban sólo para labores secundarias.

Uno de los problemas de cancelar la operación era que la organización necesitaba un golpe grande. ¿De verdad pensaban esos canallas que con la guerra sucia los iban a achantar? De eso nada. Por cada uno de los nuestros, diez de ellos. Más plomo, eso hacía falta.

Siempre podían llevar a cabo la acción y, una vez al otro lado de la frontera, compartir con la dirección sus sospechas. Total, si Aitor hubiera querido entregarlos, ya habría tenido oportunidades. Si aún no lo había hecho, era por algo: o porque buscaba una pieza mayor, o porque, tal vez, realmente era un gudari como había que ser. Y, después del atentado, estaría tan implicado como los demás. No, un txakurra no habría llegado tan lejos. Imposible.

Mientras estaba absorta en sus propios pensamientos un grupo de operaciones especiales de la Policía Nacional se preparaba en el rellano de la escalera. Todos iban embozados, llevaban chalecos antibalas, y los dos primeros sujetaban un ariete de acero especialmente diseñado para derribar cualquier puerta.

Nacho Nieto accedió a las instalaciones de la Audiencia Nacional por el garaje, en un coche con cristales ahumados y matrículas dobladas. Había desplegado un dispositivo de “la casa” a lo largo de todo el recorrido y se habían peinado los alrededores de la Audiencia para asegurarse de que nadie supiera que él estaba allí en ese momento.

Si llegaba a saberse, si alguien siquiera sospechaba que se había entrevistado personalmente con uno de los detenidos del comando, eso sería una sentencia de muerte. No para él, claro. Para Alfonso Pimienta. ETA nunca lo perdonaría. Lo perseguiría hasta las puertas del infierno para cazarlo, si hacía falta.

Era a primera hora de la noche. También se había asegurado de que en ese momento no hubiera en el edificio ningún abogado defensor, ni nadie del entorno abertzale. Aun así, el riesgo existía: algún empleado de la Audiencia, el Secretario de Sala, el propio juez… Pero en esa profesión siempre había que asumir riesgos. El riesgo cero no existía. Y los empleados de la Audiencia eran grandes profesionales, como ya habían demostrado innumerables veces… y seguían demostrando cada día.

Lo esperó en una de las salas de interrogatorio. La entrevista podía haberse celebrado en alguno de los despachos del edificio —incluso el propio juez le había ofrecido el suyo—, pero era mejor así, que pareciera uno más de los interrogatorios a los que eran sometidos esos hijos de puta en las primeras horas tras su detención.

Pimienta llegó esposado, escoltado por dos policías nacionales. Lo sentaron en su sitio y, cuando estaban a punto de asegurar las esposas al dispositivo de sujeción de la mesa, Nieto los detuvo.

—Eso no va a ser necesario.

—Como usted ordene, señor.

Y dejaron al detenido con las esposas puestas, pero sin encadenarlo a la mesa de interrogatorios.

—Señor, ¿está seguro de que no quiere que permanezcamos en la sala durante el interrogatorio?

—No, de verdad, muchas gracias. Pueden abandonar la sala.

—Como usted quiera, señor.

Salieron de la habitación sin añadir una palabra más. Para ellos también iba a ser un interrogatorio más dentro de la operación. Cuanta menos gente estuviera al tanto, mejor. Le sabía mal desconfiar de dos miembros de las fuerzas de seguridad que tanto estaban sufriendo la

barbarie de esos canallas; se merecían saber que se estaba haciendo todo lo posible. Pero era mejor así. De todas formas, que el número dos de los Servicios Secretos quisiera interrogar a uno de los etarras recién detenidos ya era bastante significativo.

En cuanto se oyó la puerta cerrarse a las espaldas de los dos policías, una gran sonrisa iluminó el rostro de Alfonso Pimienta. Otra, aunque más discreta, se dibujó entre la barba canosa de Nacho Nieto. Se levantaron y se aproximaron el uno al otro. Nieto le dio un abrazo fuerte y sincero. Pimienta, con las manos esposadas, se dejó abrazar. Después de unos segundos, Nieto lo soltó y cada uno volvió a su sitio. El director de operaciones de "la casa" fue el primero en hablar.

—Enhorabuena. Has hecho un gran trabajo. Tu padre puede estar muy orgulloso de ti. Voy a asegurarme de encontrar un método seguro para que se entere de lo que has hecho, de lo que has conseguido, de todas las vidas que has salvado y de los canallas que han caído gracias a que te has jugado el pellejo.

—Muchas gracias, pero tan solo he cumplido con mi deber.

—No me vengas ahora con falsas modestias. Has hecho mucho más que eso y tú lo sabes. Has cumplido, y con creces, todo lo que me prometiste el primer día que hablamos.

—No lo he hecho yo solo. Ha sido también gracias a tu apoyo y al trabajo de toda "la casa". Muchas gracias por confiar en mí.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿En qué país te apetece vivir?

Pimienta puso cara de desconcierto; aquello lo pilló por sorpresa.

—Perdona, no entiendo. ¿De qué estás hablando?

—No te puedes quedar por aquí, sería muy peligroso. Lo normal, una vez que se terminan este tipo de operaciones, es crearos una identidad falsa y mandaros al extranjero, muchas veces como personal de seguridad en una embajada o consulado. Dime, ¿dónde te gustaría? Con lo que has hecho, podemos mandarte donde tú quieras sin problema. Nadie va a poner el menor pero.

—¿Cómo que fuera? Yo no quiero irme fuera.

—Venga, que te estoy hablando de Río, Bangkok, La Habana… Imagínate, allí, con tu juventud y lo fuerte que estás, vas a ser el rey del mambo. Si prefieres algo más civilizado: Washington, Ottawa, Canberra… O algo exótico: Tokio, Pekín… Sitios como Londres, Roma o París, no. No porque no te lo merezcas, sino porque están demasiado cerca.

—No, no. De eso nada. Esto no ha terminado, esto está empezando. Ahora es cuando viene lo bueno.

Ahora fue Nieto quien puso cara de no comprender.

—¿Cómo que no ha terminado? Claro que ha terminado. El atentado ha sido abortado, el comando desarticulado, y todo gracias a ti. Tú ya has cumplido con tu trabajo.

—No. Ahora se me juzga y se me condena. Cumplo la pena y vuelvo al lío.

—Estás loco, no sabes de lo que estás hablando.

—Claro que lo sé. Piénsalo bien: sería la jugada perfecta. Tú sabes mejor que nadie que los etarras en prisión están mucho mejor que los presos comunes. No están hacinados, comen bien, tienen acceso a estudios, biblioteca, instalaciones deportivas… todo para que Amnistía Internacional no ponga peros. Yo solo he realizado tareas de información, no tengo antecedentes, no he cometido actos violentos. La pena va a ser baja. Y cuando salga, imagínate: después de haber pasado por la trena resistiendo como un león, van a confiar plenamente en mí. En vez de un comando, podemos empezar a pensar en desmantelar toda la organización.

Nieto se quedó bloqueado por un instante, pero, acostumbrado a lidiar con todo tipo de situaciones y a pensar rápido, reaccionó enseguida. Empezó a evaluar los pros, los contras y las posibilidades de lo que Alfonso Pimienta acababa de proponer. Al principio no lo veía nada claro, pero solo la hipótesis de llegar a tener a alguien infiltrado con la plena confianza del Comité Central era demasiado tentadora. Y los argumentos de Pimienta no estaban nada mal tirados.

—¿De verdad estarías dispuesto a pasar por la cárcel y, aún más, a volver a infiltrarte?

—Claro que sí, ya te lo he dicho. Tú me has preguntado "¿ahora qué?", pues ahora eso.

—Déjame darle una vuelta. De momento no hay prisa en sacarte de aquí. Cuando tenga las cosas más claras, volvemos a hablar.

Pero la idea de una posible caza mayor ya estaba carcomiendo por dentro al impecable cazador que era.

Rita estaba aislada en una celda desde la que no se veía ni oía nada. Acababa de ser detenida y aún no había sido interrogada por nadie, ni se había entrevistado con un abogado de la banda, ni había

comparecido ante ningún juez. Por ello, imaginaba que estaba en la Audiencia Nacional. Por lo que se rumoreaba internamente en la banda, sabía que las hostias, los malos tratos y la privación del sueño no tardarían en comenzar. De hecho, le extrañaba que aún no hubieran empezado. De momento, la habían tratado con una corrección exquisita. Eso solo podía significar que querían que se confiara. Pero iban dados.

Llevaba puesta una camiseta interior blanca, pantalón de pijama gris y zapatillas de andar por casa. Y eso le jodía. Coqueta a más no poder, en eso no había pensado. Y los hijos de puta de los txakurras no le habían dado tiempo ni de pedir nada: cuando se quiso dar cuenta ya estaba detenida y dentro del furgón policial. Nunca pensó que pudieran actuar tan rápido.

Otra cosa que la tenía realmente inquieta era no saber qué había pasado con Aitor. Cuando los detuvieron en el piso franco solo estaban Josu, Peio y ella. Aitor había salido a hacer una de las últimas comprobaciones en la zona donde pensaban colocar el coche bomba. Así que no tenía noticias de él. ¿Lo habrían detenido también? ¿O se iban a confirmar sus peores sospechas y se trataba de un infiltrado? ¿Se la habrían colado a la banda a pesar de todas las comprobaciones?

Bueno, eso decían los del Comité Ejecutivo: que se comprobaba todo al detalle. Pero la verdad es que cada vez andaban más escasos de personal. A medida que intensificaban la estrategia del plomo, se hacía más difícil encontrar gudaris de verdad.

Si realmente se trataba de un poli, eso sí que la iba a joder de verdad. Y mucho más porque no iba a haber forma humana de que Iñaki no se enterara. Aunque, bien pensado, eso de haberse tirado a un españolazo… no dejaba de tener su morbo.

4. - BUENOS DÍAS, BUENOS DÍAS

Ese era el momento que más le gustaba de la misa a Doña Consuelo. Y lo cierto es que al padre Miguel el acto de la epíclesis le quedaba realmente solemne, soberbio, una casi podía ver al Espíritu Santo revoloteando alrededor del Santísimo Sacramento. Con lo alto que era, el haz de luz que entraba por la vidriera que había en la pared posterior del altar, pasaba rozando su coronilla para acabar iluminando la Sagrada Hostia, dotando tanto al sacerdote como al pan recién consagrado de un halo divino. Ni siquiera el ruido y los gritos de toda la chiquillería del barrio jugando en el solar que separaba a la iglesia del colegio consiguió enturbiar ese momento. Probablemente estarían esperando a que terminara la misa, ya que seguro tendrían alguna actividad con el cura, siempre organizando cosas para la chavalería y así tenerles alejados de las calles.

El Padre Miguel era ayudado por Rafaelito, el pequeño de los Barriga. Después de lo sucedido a esa pobre familia el sacerdote había cogido a ese niño bajo su protección y cuidaba de él con verdadero interés. Pobrecito, siempre había sido un niño sonriente y alegre, sin embargo, últimamente estaba siempre triste y sombrío. Se había vuelto hasta asustadizo.

El caso es que esos dos juntos, en el altar, le parecían a Doña Consuelo dos auténticos ángeles, haciendo honor a sus nombres. ¡Qué buena pareja hacían! A Doña Consuelo no le extrañaría si en el futuro Rafaelito decidiese seguir los pasos de su mentor y acabara ingresando en el seminario. Ella pensaba que eso sería lo mejor que le podía pasar a esa familia.

Cuando Don Miguel empezó a emplear la formula “"La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíri…” Doña Consuelo se levantó como impulsada por un muelle y con paso decidido y lo más rápido que podía se dirigió a la sacristía, quería estar allí cuando llegara el párroco. Justo estaba cruzando la puerta que daba acceso a la misma desde el pasillo lateral de la iglesia cuando se oyó aquello de “Demos gracias a Dios”.

Al poco llego el sacerdote seguido del monaguillo. El chaval llevaba una cara triste que asustaba. Doña Consuelo no lo podía comprender, con todo lo que el cura se estaba volcando con ese niño. Aunque por otro lado era comprensible, con las penurias que había pasado esa familia.

- Buenos días, Padre.

- Buenos días, Doña Consuelo. Me va a tener que disculpar, pero hoy no tengo tiempo para atenderla, tengo a todos los chiquillos del

barrio esperando en el patio para que los lleve a Cercedilla, vamos a hacer el Camino Smith.

- Pero es importante Padre.

- Ellos también son importantes Doña Consuelo. Son el futuro, imagínese si son importantes.

El cura se quitó la estola y se la paso al niño para que la doblase y la guardase en uno de los cajones del amplio armario de la sacristía. Sin importarle que Doña Consuelo estuviera delante, empezó a quitarse la casulla por encima de la cabeza. La mujer se sintió incómoda y retiró la mirada, eso de ver a un hombre quitarse piezas de ropa delante de ella le parecía que tenía algo de pecaminoso. Ya sabía ella que debajo de la prenda litúrgica el sacerdote llevaba sus ropas de calle, pero aun así…los gestos de desvestirse estaban ahí.

- Es importante padre, se trata de Lola, la hija de los Pimienta,…

- Ahora no Doña Consuelo, ahora no.

Mientras seguía hablando el sacerdote se acercó a una puerta vertical del armario de donde saco una percha para colgar la prenda.

- Pero es que dicen que la han visto en Cataluña en una…

Y ahí Doña Consuelo se calló, no sabía cómo referirse al lugar donde habían visto a la chica delante del niño. ¿Prostíbulo? ¿Casa de citas? Sólo de pensarlo se puso colorada y volvió a mirar hacia el suelo. Y claro, perdió su oportunidad.

- Doña Consuelo, ya le he dicho muchas veces que, aunque lo haga usted con buena intención, no debe usted meterse en la vida de los demás.

- Pero es que yo pensaba que tal vez usted pudiera…

- ¿Qué quiere usted que yo haga? ¿Qué me presente yo allí, en ese lugar? ¿Se imagina usted un cura en un sitio así? La de chismes que se levantarían si llegara a saberse. Y como se lo iba a explicar yo al arzobispado.

- No sé, pensé que tal vez usted podría hablar con el párroco de la zona y que él fuera hasta allí a ocuparse de la machucha.

- Doña Consuelo si la chica está allí contra su voluntad, eso es responsabilidad de la policía, y si está allí por su voluntad, entonces es cuestión de ella haciendo uso de su libre albedrio. Ya no estamos en los tiempos de Maria Magdalena Doña Consuelo.

A medida que hablaba con la mujer le pareció llevaba la cara excesivamente maquillada. A don Rogelio se le debía haber escapado la mano otra vez, desde que se había jubilado la tenía excesivamente larga. Ya había hablado con él en una ocasión, pero sin que el viejo arrogante mudase sus modos violentos ¿Qué más podía hacer él? Lo que ocurría dentro de un matrimonio era una cosa exclusiva del marido y la mujer, y él, poca cosa más podía hacer.

Dando la espalda a la mujer se dirigió a la puerta que comunicaba con la vivienda del párroco, que estaba anexa a la iglesia. Mientras se alejaba se despidió.

- Hasta el lunes Doña Consuelo, que ahora tengo una treintena de chavales de los que ocuparme. Venga Rafael, que tus amigos nos están esperando y aún me tienes que ayudar a cambiarme de ropa para la excursión.

Mientras se alejaban a la mujer le pareció que el niño iba como con desgana, aún peor, como si acompañar al padre le supusiera un enorme suplicio. La vieja no puedo evitar pensar, “pobre angelito, no sé da cuenta de la suerte que tiene de que este santo varón se ocupe de él, desde luego, el mundo está lleno de desagradecidos”.

5. - EL SARGENTO PIMIENTA (BIS)

Pimienta estaba sentado en la terraza del bar, debajo de una parra, tomándose su café, su coñac y fumándose uno de los cigarros que sus compañeros de Canarias le seguían mandando religiosamente. Aún quedaban más de cuarenta minutos para la hora en la que todos los días echaban su partida, pero a él le gustaba llegar pronto para así poder estar un rato consigo mismo, disfrutando de cosas simples, que eran las mejores de la vida. Y más en primavera, que Pepe ponía unas mesas afuera, en la puerta, y se estaba mejor que en brazos.

A lo lejos vio venir a Barriga con su paso cansino. Qué raro, si ese solía llegar tarde... algo querría. Cuando llegó a su lado, le soltó:

—Bienaventurados los que dan de fumar a un gorrón, pues estarán acompañados en el cáncer de pulmón.

—Barriga, no tuvo gracia la primera vez que soltaste esa chorrada, y sigue sin tenerla.

—Pues a mí sí me la hace.

—Bueno, en cualquier caso, ya podrías comprarte tú tus propios cigarros, que la vida no está para ir pagando vicios ajenos. Y alguien que no es capaz de pagarse sus propios vicios, ni es hombre ni es ná.

—Anda, anda, que te salen tiraos de precio, y los que vende Pepe son veneno puro.

—Cómo me salgan de precio es cosa mía, pero con esa excusa todos me sableáis, y así no me salen a cuenta.

Pese a sus quejas, le alargó el paquete de cigarros canarios a su compañero, junto con su mechero Zippo de toda la vida, el que llevaba grabado el escudo de la benemérita.

Barriga sacó uno de los puritos, lo encendió y cerró el encendedor con un giro de muñeca que provocó un chasquido en la tapa. De las tres sillas libres que había, se sentó en la que quedaba enfrente de Pimienta. Así ya estaban colocados para cuando comenzara la timba.

Dio una calada larga al cigarro y expulsó el humo azulado lentamente, recreándose en el sabor del tabaco. Cuando terminó, fue enseguida al grano.

—Qué, imagino que ya te habrás enterado.

—¿Ya me habré enterado de qué? Yo no me he enterado de nada.

—Joder, si lo han dicho en el Telediario.

—Sí, pero ya sabes que me gusta llegar aquí pronto a disfrutar de mi soledad antes de que lleguéis los pesados y me la jodáis... cosa que tú acabas de hacer, por cierto. Y aquí fuera no se oye el sonido de la tele.

—Coño, pues que el Gobierno le ha concedido el indulto.

—¿Qué le ha concedido el indulto a quién? Como no seas más claro... yo no soy adivino.

—¿Pues a quién va a ser? Al general.

—Vamos, no me jodas... lo último que me faltaba por oír en toda esta charlotada.

—Pues sí, como te cuento. Parece ser que por motivos de salud.

—¿Motivos de salud? ¡Motivos de salud, mis cojones! Ya verás como ése tarda su tiempo en palmarla.

En eso, salió Pepe del bar llevando una bandeja con otro coñac y otro café. Era un hombre más bien alto, tirando a grueso. Lo primero en lo que uno se fijaba en él, se quisiera o no, era en una berenjena que ocupaba el centro de su cara haciendo las veces de nariz. Llevaba un pantalón negro y una camisa blanca, las dos prendas de mala calidad. La camisa, llena de pelotillas y lamparones, parecía el mantel de una mesa en la que acabara de comer espaguetis a la boloñesa un niño de seis años. El pantalón estaba igual de sucio, pero, debido al color, no se notaba tanto. Con razón le llamaban "el Guarreta", el apelativo no era una simple gracia.

Al verle venir, los dos sargentos se callaron inmediatamente. El camarero colocó el café y el coñac delante de Barriga.

—Coño, Pepe, así da gusto... como los grandes señores en los sitios de lujo, que te sirvan sin necesidad de que uno tenga que pedir.

—Si quieres, me lo llevo.

—No, hombre, no, que solo era una broma.

—Bueno, pues a mandar, y que sea poco.

Cuando volvió a entrar en el bar, Barriga retomó la conversación.

—Bueno, si lo dicen, por algo será. No creo que vayan a inventarse una cosa así en algo tan serio. Además, imagino que habrá informes médicos en los que se basan.

—Anda, no me seas ingenuo. ¿Informes médicos? —Con la mano izquierda, que la derecha la tenía ocupada con el puro, que no soltaba para nada, aunque en la esquina de la mesa tenía un cenicero de cristal

ámbar, levantó la copa y dio un pequeño sorbo—. Además, me da igual. Un jefe es un jefe. Y un buen jefe tiene que quedarse hasta el final, mientras en el campo de batalla quede alguno de sus subordinados. Tiene que guardar siempre una lealtad ejemplar hacia sus hombres. Verás como no lo rechaza, porque en su mano está rechazarlo.

—Y ahora, ¿quién es el ingenuo? Esa gente no rechaza nada. Y lo de quedarse hasta el final como el capitán de un barco... eso solo pasa en las películas. ¿A que Napoleón no se quedó hasta el final en el campo de batalla de Waterloo? Pues eso. Siempre encuentran razones importantes para que el mandamás se ponga a salvo.

—¿Mandamás? ¿Qué mandamás?

—Ya empezamos.

—Hombre, tú me dirás. Desde que murió el Caudillo, todo el rato con rumores de golpe de Estado por parte de los del búnker, que si esto, que si lo otro. Que si los cuartos de bandera están moviditos, que si se está yendo demasiado lejos, que si no van a tragar con lo de la legalización del Partido Comunista… Y al final, el golpe lo dan los dos generales más monárquicos de todo el país. ¡Vamos, no me jodas!

Según hablaba, se iba poniendo nervioso y, aunque el puro era de buena calidad, con el tembleque de la mano acabó derramando sobre la pechera de la camisa la ceniza que se había acumulado en la punta del cigarro.

—Y mira lo que tardó en salir a dar su famoso mensaje, cuando ya estaba claro que solo apoyaba una región militar y eso no iba a salir.

—Ya, ¿y qué ganaba con todo eso, si ya estaba en el trono, sentado y coronado?

—Pues porque, cuando quiso darse cuenta, le habían convertido en un simple florero, y él quería mandar. Claro que, como el pobre es tonto perdido, no se dio cuenta de que para mandar hay que tener algo de seso, y no estar todo el día pensando en putas y en cómo llevarse la pasta gansa.

En esto llegaron Cipriano y Manolo, la pareja contraria. Tan ensimismados estaban en su conversación que no se dieron ni cuenta de su llegada hasta que estaban al lado de la mesa. Con estos dos, aunque civiles, tenían más confianza que con Pepe. Además, el coñac ya había hecho su efecto inhibidor, así que siguieron con la discusión como si nada.

Cipriano era de estatura media, delgado, llevaba unas gafas cuadradas de montura metálica. Con el pelo escaso y rizado, y una sonrisa

perenne que hacía que uno, al verle, no pudiera evitar acordarse del Pájaro Loco. Hiciera frío o calor, siempre llevaba un chambergo barato y desgastado, color violeta, que chocaba un poco al verlo. Uno no se esperaba ver a un hombre ya mayor usando colores tan atrevidos.

Manolo era más bien bajito y fuerte, con facciones marcadas y mandíbula bien definida, ojos claros y mucho pelo, ya completamente blanco. Había trabajado de cajero en Banesto y, aunque tenía un aspecto serio y siempre vestía de forma sobria, ese día llevaba un chaleco amarillo que hacía daño a los ojos.

Manolo se sentó a la derecha de Barriga y Cipriano a la de Pimienta, ocupando así el orden en el que solían sentarse cuando jugaban. Manolo sacó una bolsa con amarracos que volcó en el centro de la mesa, y una baraja con más mugre que la que tenía la camisa del Guarreta, y se puso a barajar las cartas.

El primero en intervenir fue Cipriano:

—¿Qué?, estáis hablando de lo del indulto, ¿no?

—Pues claro, ¿de qué va a ser si no? —respondió Barriga, volviéndose para mirarle.

—¿Y?

—Pues nada, que éste se ha rebotado y sigue insistiendo en su teoría de la conspiración.

Pimienta saltó como un resorte:

—¡Joder, tú me dirás! Ya es mucha casualidad: indultan justo al hombre de confianza del supuesto "Elefante Blanco". Pues eso, blanco y en botella. Como premio por haberse quedado calladito durante el juicio y no haber pringado a su jefe.

—Bueno, en el juicio no se probó nada de eso.

—¡Pues claro que no se probó, como que no se investigó!

Manolo, que había estado callado hasta ese momento, aprovechó para meter baza:

—Oye, Pimienta, ¿y es cierto eso que se rumorea de que había civiles entre vosotros?

—¡Claro que había! Yo vi, con estos ojitos que se han de comer los gusanos, como poco a uno, cuando fui a por tabaco a la cantina del Congreso.

—¿Y no sería uno de vosotros, que pilló la salida en estampida hacia el Congreso vestido así, y no tuvo tiempo de ponerse el uniforme?

—¡No, no! De eso nada. Que a mí ese tipo no me sonaba de nada, y yo me conozco a casi todo el mundo en el cuerpo.

Habiendo discutido esto ya más de mil veces entre ellos dos, y conociendo los argumentos de Pimienta, Barriga permanecía callado.

—¿Y qué pintaban ahí?

—¿No lo sabes? Si lo sabe todo el mundo.

—Pues no, ni puta idea.

—Pues parece ser que era del Servicio Secreto. Pero eso es otra de las cosas que no se tocó en ese paripé de juicio.

—¿Y qué hacía ahí uno del Servicio Secreto? Ganas de que les pillaran si algo salía mal.

—Por lo visto, lo que se dice por ahí, es que llevaba un maletín lleno de decretos ya firmados por el Zángano, para que se ejecutaran inmediatamente en cuanto se formara el Gobierno de Concentración. Y de que les pillaran, nada. Mira cómo luego se ha tapado. Lo que se cuenta en Radio Macuto es que le sacaron del país inmediatamente en coche, le llevaron a Italia, y de ahí a una de las oficinas que los de "la Casa" tienen en Sudamérica.

—¿Y quién es el Zángano?

—Coño, ¿quién va a ser? El Campechano. El que se tira a "la Tremendita" con el dinero de todos los españoles. Que así, yo también follo.

—¡Qué cachondo! Bueno, volviendo sobre los del Servicio Secreto, salir de dudas es muy fácil, joder. Tan solo tienes que preguntárselo a tu amigo.

—¿A qué amigo?

—Coño, al Nieto ese, al jefe de tu hijo. ¿No dices que es un jefazo entre los espías? Pues que él te diga.

A Pimienta le cambió la cara y, apuntando con el dedo índice a Manolo, le espetó con gesto serio:

—A mi hijo, y lo que haga o deje de hacer, no se le nombra. Ya sabes que eso no me hace ni puñetera gracia.

Cipriano, viendo que la cosa se calentaba, y con su sempiterna sonrisa pícara, decidió intervenir para relajar el ambiente:

—Bueno, ¿y a ti qué? Qué lo mismo te da que indulten al general ese...

—¡Que lo mismo me da! ¡Coño! Nos jodieron la vida y ahora, tanto el Zángano como él, los dos de rositas.

—Bueno, tampoco os jodieron tanto la vida, que al final sí que se portaron con vosotros. Que con lo de la exención de responsabilidades para tropa y suboficiales, no tuvisteis ni pérdida de empleo ni separación de servicio.

—Ya, pero hemos quedado marcados para siempre. Dentro del cuerpo como unos pringados, y fuera, como unos fachas cavernícolas. Y, además, que nos llevaron engañados y obligados, y eso me jode. No se lo perdonaré nunca.

—Pues dicen que lo de que se respetara a los suboficiales tus compañeros te lo deben a ti.

Y ahí fue Barriga el que saltó:

—¡Vamos, lo que faltaba para el duro! ¿Y eso? Ahora resulta que le vamos a tener que estar todos agradecidos a este.

—Pues que, como hizo tan buenas migas con el "Chuletón de Ávila", dándole de sus puritos y haciéndole de chico de los recados, el otro, a cambio, pidió que la responsabilidad se quedara en los oficiales.

Y Pimienta replicó:

—Se quedó a nivel oficial porque, te repito una vez más, que a nosotros nos cazaron al lazo y nos llevaron engañados.

—Bueno, bueno, no te cabrees. Oye, y al final, ¿quedaste con él para echar un mus o no?

—Pues no debieron quedar, porque a mí no me ha avisado nunca para ninguna partida —terció Barriga.

Cipriano, guasón como siempre, quiso hacer sangre en la herida y respondió:

—Bueno, es que si te lleva a ti de pareja sabe que pierde seguro. A lo mejor te puso los cuernos y quedaron para jugar como pareja contra el Campechano y el Elefante Blanco.

—¡Vamos, hombre! Le he aguantado muchas cosas, pero me hace eso... y eso sí que no se lo perdono.

—Pues por eso no te lo ha contado.

Pimienta, viendo que el Cipri le había dado un giro a la conversación, decidió sumarse a la guasa:

—Pues seguro que ese, como pareja, es mucho mejor que tú. ¡Que me haces cada una...! Vamos, con el Chuletón de pareja, a estos dos pipiolos nos los merendamos con patatas.

—Coño, Pimienta, pues tráetelo un día, ¿no sois tan amigos? —añadió Cipriano de coña.

Manolo, viendo que la cosa no daba más de sí, repartió cartas y dijo aquello que todo musolari ha oído mil veces: “Corrido y sin señas”. Con lo que la conversación terminó sin que nadie añadiera ni una sola palabra más, y los cuatro se concentraron en una de las cosas más importantes que hay en esta vida: intentar ganar al mus a la pareja contraria, a ser posible humillándola, para así poder reírse de ella una vez terminada la partida.

6. - UN DÍA EN LA VIDA

Nada más salir al patio, lo primero que hizo Aitor fue mirar hacia el rincón donde solían colocarse “los suyos”; era algo que ya hacía de forma automática. Y, efectivamente, allí estaban, como siempre, en el mejor lugar de todos: a la sombra, lejos de la cancha de baloncesto y donde soplaba la brisa. Mira que en esa prisión estaban encarcelados los peores criminales del país: asesinos de ancianas, atracadores violentos, narcotraficantes de la peor calaña. Pero, aun así, ninguno de ellos se atrevía a disputarles ese rincón privilegiado.

Aunque no le apetecía lo más mínimo, se encaminó hacia el grupo. Maldita la gracia, pero ¡qué remedio! No tenía otra. Mientras cruzaba el patio, le pareció que un narco al que llamaban "el Marcelo", con fama de violento, lo estaba observando desde la valla del fondo. Qué tontería, se estaba emparanoiando. ¿Qué iba a querer ese canalla de él? Por mucha fama que tuviera Marcelo de ser de la peor especie, con ellos no se atrevían a meterse.

Llegó hasta el grupo y allí estaban todos: Iñaki, Peio y toda la banda. Cada día se le hacía más difícil. Mira que Nieto le había ofrecido un traslado a una prisión donde hubiera menos de ellos y menos peligrosos. Que, con los motivos por los que le habían condenado, nadie se iba a extrañar. Pero de eso, nada: las cosas o se hacían bien o no se hacían. A una prisión de ese tipo, más tranquila, sólo mandaban a los próximos a la reinserción y al arrepentimiento de sus acciones, y eso era lo contrario a lo que él quería si aspiraba a infiltrarse hasta la cúpula. Los malos ratos que pasaba los compensaba pensando en lo mucho que iba a poder contribuir cuando saliera. Quién sabe, tal vez hasta se podría conseguir el desmantelamiento total. Y si no eso, por lo menos, descabezarles y forzarles a una negociación desde una posición de debilidad.

Al llegar allí, lo de siempre: que si iban a dar un golpe definitivo que obligaría al gobierno a soltarles, que cada vez quedaba menos para la victoria final, que si cada vez tenían más apoyo por parte de la comunidad internacional... Tonterías. El caso es que, por mucho que presumieran de gudaris, la mayor parte de la conversación era en español y sólo soltaban alguna cosa suelta en euskera. Como siempre, le pareció que Iñaki estaba muy agresivo con él. Siempre tenía esa sensación. Ni caso. Normal, después de que se hiciera vox populi lo suyo con Rita. No aguantó mucho y, al poco, se inventó una excusa para largarse.

Cuando se dirigía hacia la puerta de las zonas comunes, donde estaba la biblioteca, le pareció que el tal Marcelo seguía observándolo sin

perderse ni uno de sus pasos. Hasta juraría que, en un momento dado, hizo una seña.

Lo que no vio, porque estaba a sus espaldas, fue un gesto previo que Iñaki había hecho con la cabeza. Sí oyó el balón de baloncesto acercarse hacia él botando fuerte, y vio cómo pasaba a un par de metros. Oyó unos pasos corriendo detrás del balón. No vio el pincho que el que corría sacaba de uno de sus bolsillos. Sí notó cómo se lo clavaban por la espalda.

No oyó cómo Iñaki le decía a Peio: "Muerto el txakurra, se acabó la rabia." Tampoco oyó, porque ya no le era posible, cómo saltaba la alarma de la prisión.

Una de las costumbres del Mafaldo era mirar en el buzón para ver si había cartas, a pesar de que nunca nadie le escribía y aunque ya lo hubiese mirado hacía un rato. No fallaba: si entraba en el edificio, nada más entrar en el portal, iba a la pared de la izquierda y miraba en el buzón antes de dirigirse a las escaleras para subir hasta el piso. Ese día sí, había carta. Y del Ministerio de Educación. A punto estuvo de rasgar el sobre allí mismo, pero hubiera sido infringir otra de sus reglas: las cartas se abren en el piso, no vaya a ser que se pierda algún papel.

Cuando entró en casa, su madre se encontraba, como siempre a esas horas, en la cocina, preparando la comida. No le dijo ni hola y se dirigió hacia su cuarto. Cerró la puerta e intentó abrir el sobre con los dedos, pero fue incapaz. Cogió un boli BIC, lo introdujo por uno de los extremos y tiró. Le daba mucha rabia ser incapaz de abrir los sobres sin romperlos de esa forma, pero bueno, al menos la comunicación oficial estaba entera.

Temblándole la mano, sacó la carta y, en ella, leyó que sí: que le habían dado la beca que había solicitado para estudiar Teleco en la Politécnica. Cuando acabara, podría trabajar para la NASA o, quién sabe, diseñar equipos de sonido como los que usaban los Rolling.

Desde el cuarto que había para salir de la cárcel, devolver los documentos de identidad a los visitantes y hacer una última comprobación de que todo estaba en orden y que no llevaban nada que los reclusos les pudieran haber pasado durante la visita, le llamaron un taxi. No era lo habitual, pero él era él. La carrera le iba a costar una pasta gansa y ahora, precisamente, no estaba en su mejor momento económico, pero no importaba. Eso iba a cambiar en breve, y él, de

ninguna manera, iba a ir en transporte público el día que recuperaba su libertad.

El Marcelo se bajó del taxi y contempló la fachada del edificio que había sido su oficina. Comprobó que tenía el mismo aspecto que el día que lo detuvieron: el de irse a caer en cualquier momento. Aunque el barrio sí estaba pasando por un proceso de lavado de cara, cambiando las aceras e instalando mobiliario urbano con pinta de moderno.

Al entrar en el portal se acordó del colgado aquel que intentó buscarle las vueltas suicidándose de una sobredosis allí mismo. El Luiso, o algo así. Menudo mierdecilla. Pero, lo cierto es que le echó un par de huevos.

Subió las viejas escaleras de madera con paso decidido, lo que provocó que algunos escalones crujieran bajo sus pies. Cuando llegó al último piso, sacó la llave y, al abrir la puerta, las bisagras chirriaron como dándole la bienvenida. Se dirigió a su escritorio y se sentó en la silla giratoria. Se volvió para mirar por la ventana que tenía a su espalda y contempló las calles y el bullicio del centro de la ciudad. Respirando profundamente, permaneció así unos instantes. Se dio la vuelta para mirar al frente y descolgó el teléfono que tenía a su derecha, comprobando que había línea. Aún no lo habían cortado. Era hora de volver al trabajo, y lo primero era recuperar su territorio. Marcó un número que había memorizado y que correspondía a un teléfono del País Vasco francés. Le tenían que devolver el favor. Luego él les iba a tener que pasar un tanto de las ganancias, pero no le importaba. Con esos socios, a ver quién era el guapo que se atrevía, de ahora en adelante, a volver a crearle problemas.

Ese día, Rosa, la Botijo, llegó pronto a casa. Era el primer día de clase, y ese día no hacían mucho: tan solo presentarse a los alumnos, contarles por encima el temario, y listo. De hecho, la mitad de los alumnos ya sabían de qué iba la cosa, y la mayoría hacía pellas. Eran pocos los que aparecían. Los Vega habían pasado a COU; en septiembre les habían aprobado todas no porque se lo merecieran, sino como estrategia: a ver si terminaban de una vez, salían del instituto y dejaban de crear problemas. El Mafaldo había aprobado la selectividad con una muy buena nota y esperaba que le hubieran dado la beca que necesitaba para estudiar ingeniería, que era lo que deseaba. Le echaría de menos. De los dos grupos nuevos de tercero, nada que destacar. Luego habría de todo, como siempre: buenos alumnos, gamberros, pasotas… Lo bueno de tercero es que era optativa, y los chicos cogían la materia con ilusión. Eso de que en tercero ya se separaran en

ciencias y letras estaba muy bien; los alumnos se sentían importantes eligiendo las materias que querían cursar.

En el claustro de profesores seguían, más o menos, los mismos. Lucio en matemáticas, Requejo en latín, Conchita en lengua, y el cretino de Martínez Vallejo también en matemáticas. El instituto estaba en una zona un poco a desmano y en un barrio no muy allá, por eso no era muy demandado; solo le interesaba a los profesores que, como ella, vivían cerca.

A la niña había comenzado a llevarla a una señora del barrio que cuidaba de muchos más críos. Era un esfuerzo económico, pero no muy caro, mucho más barato que una guardería, y así se evitaba tener que ir todos los días hasta casa de su madre. ¡Qué ganas tenía de que tuviera ya edad para empezar preescolar y poder matricularla en el colegio público!

Aún era pronto; podía ir a buscar a la cría y llevarla al parque. Pero, en cambio, ese día decidió ser un poco egoísta y acercarse a casa, donde estaría sola, servirse un vino y escuchar un poco de música mientras leía un libro. Hacía tiempo que no tenía un rato para ella misma, y se lo merecía.

Cuando llegó, todo estaba manga por hombro. La sala, llena de juguetes de la cría tirados por el suelo. En el dormitorio, la cama sin hacer y la ropa de su marido dejada de cualquier manera. En la cocina, no es que los platos del desayuno estuvieran sin lavar: también estaban los de la cena del día anterior, con restos de salsa de los macarrones que habían comido. Y eso le daba un asco tremendo.

Así que empezó arreglando el dormitorio. Le dieron ganas de dejar la ropa de su marido tirada tal y como estaba, pero eso le daba más trabajo que hacerlo bien. Después ordenó la sala y, cuando le tocó lavar los platos, ni se planteó lavar solo los suyos y los de la niña. Lavó todos del tirón, con el piloto automático puesto. Al final tuvo que darse prisa con los últimos cacharros, o llegaría tarde a buscar a la cría.

Lucía estaba sentada en el retrete, con las bragas por los tobillos, las rodillas bien abiertas y la mano derecha entre las piernas. Lo único que se oía era su respiración y el sonido del pis cayendo en el agua del váter. Cuando terminó, sacó la mano y miró el dispositivo que sujetaba. Nada. Normal, no podía ser tan rápido; tendría que esperar. No sabía cuánto, porque no se había leído el prospecto del aparato, pero imaginaba que el resultado tardaría en aparecer al menos unos diez minutos.

Ahora no sabía qué hacer con aquello. ¿Lo podría enjuagar en el lavabo? A lo mejor el agua del grifo falseaba el resultado. Pero dejarlo así, todo pringoso, le daba un poco de asco. Se volvió a arrepentir de no haberse leído el prospecto, pero lo importante era lo importante. Así que lo dejó sobre la tapa de la cisterna, se secó la vagina con un trozo de papel higiénico y lo tiró al retrete. Se puso en pie, se subió las bragas y bajó la falda, tiró de la cisterna, se lavó las manos y cogió el maldito test.

Fue hasta su cuarto. Aunque estaba sola en casa —ya se había encargado de escoger un momento en que no hubiera nadie—, llevó el aparato escondido en la manga de la rebeca, por si acaso alguien de su familia había vuelto y ella, ensimismada en lo suyo, no se había dado cuenta.

Se tumbó en la cama, abrió el cajón de la mesilla de noche y dejó allí el test. Sacó el walkman y se puso a escuchar música. Puso una cinta de Nacha Pop que le había pasado el Mafaldo. Él decía que eran el mejor grupo de la movida, pero a ella le seguían gustando más Los Secretos, que cantaban cosas más románticas; los otros eran muy intensos. Le dio igual, porque no se podía concentrar, así que lo mismo le hubiera dado una música que otra. Cuando habían pasado unas tres canciones, pensó que ya debería haber pasado el tiempo suficiente. Sacó la prueba y la miró de nuevo. Sí, no había dudas: ahí estaba la rayita rosa que, aunque no se hubiera leído el prospecto, sabía muy bien que eso indicaba un positivo.

En lo que tampoco tenía dudas era en lo que iba a hacer. Aún se acordaba de la experiencia con Lola, de aquel piso de los horrores de Vallecas y de aquella vieja con aliento fétido. No, gracias. Soltera, pues soltera. Y con su bebé, y con mucho orgullo. ¿Que iba a ser duro? Seguro. Pero ella podía con eso y con mucho más. Iba a darlo todo por esa criatura. Era un poco pronto, pero ya sabía hasta los posibles nombres. Si era niño, Jorge, como su hermano. Y si era niña, Marta, como su hermana. Eran las dos personas que más quería en esta vida y estaba segura de que la iban a ayudar todo lo que pudieran. Que estaría soltera, sí, pero no estaba sola. Además, eran dos nombres bien bonitos, para que luego, durante la niñez, no le pusieran motes, que no hacía ninguna falta y a ella no le gustaban nada.

Lola recorrió aquel pasillo por primera vez desde aquel día en que la habían traído a la fuerza hasta ese lugar, y lo hizo sin sentir la más mínima emoción. Se plantó delante de la puerta y la observó durante un par de segundos. Nada. Seguía sin sentir nada, y desde dentro no llegaba ningún ruido, ni el más ligero sollozo o gemido. Sacó la llave

que le habían dado, la metió en la cerradura, la giró y abrió la puerta con determinación.

La mujer —bueno, casi una niña— estaba tirada sobre el colchón, y tanto ella como el colchón estaban llenos de mugre y sangre reseca. Estaba como ida, como si estuviese en otra dimensión. Tenía el cuerpo lleno de moratones, los labios reventados, los ojos hinchados y restos de sangre por todos lados, pero especialmente en la vagina y en el ano.

Ahí Lola sí que sintió un pequeño pellizco en el alma, pero enseguida se repuso. No se podía permitir ninguna sensiblería que echara a perder la costra protectora anti-sentimientos que había construido alrededor de su corazón y que tanto trabajo le había costado crear. Así que, con una voz neutra pero decidida, le soltó aquellas palabras que solo había escuchado una vez, pero que se le habían quedado grabadas en la memoria:

—Hola, Mercedes. Yo soy Lola. Esto ya se ha acabado. Ahora te voy a contar lo que tienes que hacer si no quieres volver por aquí.

El programa de televisión no era gran cosa, pero tenía una gran audiencia, por varios motivos. Primero, porque la televisión pública aún era la única que había en el país, así que las familias que se quedaban en casa los sábados por la noche no tenían más remedio que sintonizarla. Eso o hablar entre ellos, con lo que las cifras de audiencia eran espectaculares.

Segundo, el formato era novedoso. Hasta entonces, esa noche había estado reservada a un concurso. Pero, no se sabe por qué —si por un estudio de mercado, si por dárselas de originales, o por intentar innovar ante la inevitable próxima aparición de la televisión privada—, era la primera vez que esa noche se dedicaba a un programa del corazón.

Y tercero, porque iba después del inevitable partido de fútbol del fin de semana. Así, los dos miembros del matrimonio quedaban contentos y ninguno se podía quejar. Primero se veía a veintidós jóvenes en calzoncillos corriendo detrás de un balón, y después, las últimas noticias del mundo del cotilleo.

Las presentadoras eran dos. Una, morena, distinguida, fina como una copa de cava, discreta. La otra, rubia, explosiva, racial. Esta segunda no era otra que "la Tremendita". El contraste entre "la Tremendita" y la otra presentadora era chocante. La segunda transmitía clase y

sofisticación; la primera, exuberancia y sensualidad. Estaba todo pensado: así, los dos miembros del matrimonio quedaban contentos.

Las noticias se trataban de forma discreta, con una pretendida elegancia y, por supuesto, sin entrar en aspectos sórdidos. La gente de la que se hablaba eran personajes de la noche marbellí, miembros de la incipiente aristocracia que pretendía ocupar un lugar en la recién restablecida monarquía y, por supuesto, la familia real. Mucha familia real. En tono de publirreportaje: que si habían ido a esquiar a no sé dónde, que si habían participado en no sé qué cena benéfica, que si habían recibido y ofrecido una cena a un dictador árabe, podrido de dinero, por supuesto.

Ese día, la segunda mitad del programa había tratado del rey, que había participado en una regata que, por supuesto, había ganado y, después, demostrando lo humilde que era, se había entregado el trofeo a sí mismo y había accedido a cenar con las mayores fortunas del país, propietarios de los mejores yates.

Ese día, al acabar el programa y mientras la Tremendita se estaba desmaquillando en su camerino, su colega entro en el mismo sin llamar, cosa sorprendente, porque entre ellas no se tragaban. Sin saludar y sin preámbulos, se dirigió a la ex artista de circo y ex reina del destape:

- No quiero ni saber las guarrerías que le hacías mientras estabas con él para conseguir que te haya colocado aquí. Eso no es cosa mía. Pensar que habéis estado juntos me da un asco que me muero, que aún hueles a mierda de elefante. Pero que sepas que ahora estás conmigo y que, como te vuelvas a acercar a él, aquí, tan fina como me ves, te agarro de los pelos y te arrastro por todo el estudio para que todo el mundo sepa lo puta que eres.

Y se fue igual que había entrado, sin decir nada.

Lógicamente a la Tremendita le entraron unas ganas tremendas de reencontrarse con su antiguo amante. Contacto directo ya no tenía, porque habían cambiado el número del teléfono directo, y en Palacio parecía que había ordenes de que no pasaran sus llamadas. Ella no tenía constancia de eso, pero no era tonta y las últimas veces que había llamado le habían dado escusas idiotas y prometido que darían el recado, pero luego nunca pasaba nada. Pero había una forma, claro que había una forma. Sólo tenía que hablar con Nieto, su contacto en el Servicio Secreto, y seguro que él sabría cómo organizar un encuentro discreto.

Octavio estaba agotado, exhausto, ya sólo era un pellejo cubriendo un saco de huesos, ya no le quedaba ni una gota de fuerza en su cuerpo. Había cooperado con el equipo médico que le estaba tratando en el Hospital Médico San Carlos en todo lo que le habían pedido y se había apuntado voluntario a todas las pruebas experimentales y ensayos que le habían ofrecido. Pero ya no podía más, ya estaba convencido de que lo mejor que le podía pasar era morirse. Así que, cuando ese día en la consulta el médico le ofreció ingresarle, en cierto modo sintió un alivio. El médico habló de un tratamiento novedoso que requería de hospitalización, pero él, en su fuero interno, sabía que ya no iba a salir de allí, y eso suponía un alivio para él.

Acompañó a la enfermera por los pasillos del Hospital hasta que llegaron a la Unidad de Hospitalización para los enfermos de VIH. La sanitaria le condujo entre las habitaciones hasta que abrió una de las puertas que había a la izquierda. Era una habitación compartida, eso ya se lo había advertido el doctor y a él, en realidad, eso le importaba bien poco. Total, para morirse. Así por lo menos no iba a estar solo en esos últimos momentos. La cama al lado de la ventana estaba libre y preparada para acogerle, en la cama más cercana a la pared había un hombre que claramente estaba en los últimos momentos de su vida.

La enfermera le dio su pijama y salió de la habitación para que se pudiera cambiar. Pero antes de hacerlo, la poca curiosidad que aún le quedaba pudo más que cualquier otra cosa y se acercó hasta la cabecera de la cama de su compañero de cuarto para al menos saber con quién iba a compartir la barca de Caronte.

El hombre estaba extremadamente delgado, aún más que él, y eso ya era difícil. La máscara de un respirador artificial le tapaba la mitad de una cara mal afeitada, pero se podía vislumbrar un pelo con entradas, una nariz aguileña, unas ojeras enormes y moradas, y unos pómulos que de lo marcados que estaban parecía que de un momento a otro iban a rasgar la piel. Con los ojos cerrados, y a pesar de la ayuda artificial, al hombre hacía grandes esfuerzos por llevar algo de aire a sus pulmones.

Octavio se quedó mirándole un rato, esa cara le sonaba de algo. No recordaba de qué, pero él conocía a aquella persona. Y eso le impedía alejarse, desvestirse y ponerse el pijama, aun sabiendo que le enfermera no tardaría en regresar.

El agonizante, como intuyendo su presencia en la cabecera de su cama, haciendo un esfuerzo sobre humano abrió lentamente los ojos y clavó en él su mirada. El moribundo debió reconocerle, porque un temblor invadió sus brazos y sus manos, y, sorprendentemente, un brillo

inesperado para alguien que está en los aledaños de la muerte, iluminó sus ojos.

Y en ese instante Octavio lo localizo sin ninguna duda, pese a lo deteriorado que estaba. Ese era el quinqui con el que se había acostado, el último ser humano con el que había mantenido relaciones sexuales, la última persona a la que había abrazado y que le había abrazado. Y entonces sintió pena, una inmensa pena, por el agonizante y por él mismo.

Rogelio estaba comiendo mientras miraba el Telediario. Era una de sus manías, en esa casa se comía con el Telediario y, cuando daban noticias del Gobierno Socialista, el no dejaba de soltar invectivas e insultos, poniendo todo perdido con salivazos de la sopa o perdigones de albóndigas. En eso apareció en pantalla el blanco de sus iras preferido, el Ministro de Economía, que era al único al que Rogelio odiaba aún más que al Presidente de Gobierno. Él empezó con su retahíla de improperios aún sin saber de que estaban hablando. De pronto, del fondo de la sala desde la que el ministro estaba haciendo sus declaraciones, apareció un hombre con una tarta en la mano y, antes de que los guardaespaldas pudieran reaccionar, la estampo en la cara del político y, dándose la vuelta se dirigió a cámara para lanzar una proclama reivindicativa.

No era posible, ¡aquel hombre era Don José María! ¡Su antiguo patrón! Rogelio se quedó con la boca abierta sin darse cuenta de que la sopa se le estaba escurriendo y estaba empapando la pechera de su camisa. Empezó a aplaudir y a reírse como un loco mientras le decía a su mujer chillando.

- Mira, Consuelo, mira, ¡es Don José María! Muy bien, muy bien.

Parecía un fanático del futbol cuando su equipo marca un gol.

Consuelo estuvo a punto de decirle que maldito el caso que le había hecho Don José María desde el día que se había jubilado, pero prefirió callarse, mejor que se dedicara a gritar a la tele y a aplaudir como un loco, a que usara las manos para otras cosas menos agradables y que los gritos fueran dirigidos a ella.

El Padre Miguel estaba esperando en la puerta de las aulas que la parroquia tenía para actividades diversas como cursos de orientación al matrimonio, charlas, o cuartel general para la “Operación Kilo”. Era el primer día de clase de la catequesis para niños que harían la Primera

Comunión esa primavera, y él estaba allí para dar la bienvenida a las madres y conocer a los chiquillos, los cuales, por su edad, aún no iban a misa ni participaban en las actividades parroquiales, por lo que, a muchos, a pesar de que sabía de su existencia, no les había vuelto a ver desde el día de su bautizo. Las madres venían de una en una o, como mucho, de dos en dos, llevando a los chiquillos de la mano. Los niños, ese primer día, solían venir contentos ya que, sabían de sobra que el día de su Primera Comunión sería una fiesta grande donde vendría mucha gente, hasta parientes que vivián en ciudades lejanas, y, lo que más les importaba a ellos, que les harían muchos regalos, aún más que en un día de reyes.

Don Miguel saludaba a las madres con amabilidad, y dando un cachete a los niños, los animaba a que ocuparan uno de los pupitres del aula, y hacía una marca en la lista con los nombres de los chavales del barrio que ese año cumplían diez años. Cuando, según sus notas llegó el último de los chiquillos, despidió a la madre, cerró el cuaderno, y se giró para entrar en la clase y comenzar con la preparación de los chavales para el sacramento. En su cara se dibujaba una gran sonrisa. Entre la chavalería de ese año había auténticos querubines, y, esperaba no equivocarse mucho en que, con un poco de suerte y con sus habilidades naturales, alguno de ellos acabaría convirtiéndose en su monaguillo de confianza.

Nacho Nieto aparcó al otro lado del descampado donde. según le habían informado, estaba la terraza del bar donde Pimienta iba todos los días a echar la partida. Le habían dicho que a primera hora el sargento estaría solo, y así era, sentado en una de las mesas que había bajo una parra. Prefería ese lugar a la casa del suboficial, porque así no tendría que enfrentarse a la madre. Si dar a un padre la noticia del fallecimiento de un hijo era una de las tareas más duras a las que tenía que enfrentarse en su trabajo, dar esa misma noticia a una madre era algo absolutamente devastador.

A lo lejos, desde al asiento del conductor, estuvo un buen rato observando al buen hombre que, tranquilamente, estaba disfrutando de su café, su copa de coñac barato, y el purito que los amigos le mandaban desde Canarias, saboreando las cosas simples de la vida, sin poder imaginarse que en breve su vida se iba a convertir en una pesadilla. Lo peor de todo era que, en esos casos, no se podía hacer ninguna ceremonia oficial, ni condecorar al fallecido, ni siquiera dar el cuerpo a la familia. Esas arpías criminales no podían tener la certeza de que tenían razón, se tenían que quedar con la duda para que, en el futuro, si volvían a tener sospechas de un posible infiltrado, les

resultara más difícil tomar la decisión de “la ejecución”, como ellos llamaban a lo que habían hecho con Alfonso Pimienta. Claro que, para esas alimañas, matar era la cosa más fácil del mundo.

Cuando ya no pudo retrasarlo más o iban a llegar los compañeros de partida, salí del coche y fue caminando despacio hacía la mesa que ocupaba Pimienta. Cuando aún le quedaba un buen trecho el sargento miró en su dirección y le reconoció. Nieto se detuvo un momento, pero el suboficial no hizo ningún gesto, se limitó a desviar su mirada, a dejar el puro en el cenicero y a dar un trago a su copa.

Nieto retomó su camino, pero al poco tiempo, y cuando aún le quedaba un trecho, por el lado opuesto del descampado apareció otro hombre caminando con aspecto cansino y dirigiéndose hacia la terraza del bar. Era Barriga. El responsable de los Servicios Secretos se había demorado demasiado regodeándose en su angustia, y eso era algo que en su profesión no se podía permitir. Se estaba haciendo viejo para ese trabajo.

Pimienta también vio a su amigo. Apoyándose en los reposabrazos de la silla, la empujo hacía atrás y se levantó con torpeza. Con pasos vacilantes, sollozando, se dirigió hacia su pareja de mus. Cuando llegó hasta él le abrazó con fuerza, como si fuese el último abrazo que fuera a dar en esta vida, y comenzó a llorar desconsoladamente. En un principio Barriga se quedó desconcertado, sin saber que hacer, pero entonces vio a Nieto a unos metros de ellos, y entonces comprendió y devolvió a su compañero de tantas aventuras y desventuras el abrazo que estaba recibiendo, con la misma fuerza o aún más.

Desde unos metros y durante unos instantes Nieto les observó y comprendió que el mensaje estaba pasado. Se dio la vuelta y emprendió con pasos penosos el camino de regreso hacía su coche. Decididamente, hay días en esta vida que no merecen la pena de ser vividos.


GUARDIA